

JOSÉ M^a CASTILLO

HUMANIZAR A DIOS

EL PADRE

EL HIJO

EL ESPÍRITU **SANTO**

EDICIONES MANANTIAL

Reservados todos los derechos.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de Manantial.

© José María Castillo

© Copyright de la obra: **Manantial Comunicaciones, 2005**
Central:

MANANTIAL

Apartado de Correos 15225

29080 MÁLAGA – SPAIN

Email: info@editorialmanantial.com

www.editorialmanantial.com

Delegación en el Caribe (América Central):

MANANTIAL-SHEMA

Santo Domingo (República Dominicana)

Coordinación de la colección: Antonio J. Muñoz

Diseño de la portada: Antonio Muñoz

Maquetación: Benito Acosta

I.S.B.N.: 84-89557-42-X

Depósito Legal: MA -1759-04

Impresión: COFÁS

Impreso en España – *Printed in Spain*

*Al Centro Monseñor Romero,
de la UCA (El Salvador),
donde redacté estas páginas
y donde comprendí mejor
cómo se lee y se vive el Evangelio*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
PADRE	13
I - ¿Quién conoce a Dios?	14
II - La complicada relación con el Padre	18
III - Se acabó el Dios que amenaza	22
IV - El Dios que acoge al perdido	26
V - Se acabó el Dios que paga según los méritos	31
VI - Dios no quiere que sus hijos sufran	35
VII - Dios es siempre bueno	44
JESÚS DE NAZARET	51
I - ¿Quién fue Jesús de Nazaret?	52
II - Jesús y Dios	65
III - Dios entra por los sentidos	77
IV - Jesús, persona y proyecto	90
V - Matar al fariseo	107
EL ESPÍRITU SANTO	131
I - Las dificultades	132
II - Lo que, ante todo, debe quedar claro	135
III - Espíritu de Dios, espíritu del hombre	139
IV - El espíritu profético	144
V - Lo fascinante y lo extraordinario	149
VI - ¿Dónde está el Espíritu Santo?	153
CONCLUSIÓN	157

INTRODUCCIÓN

Este libro no es un tratado (sencillo y al alcance de cualquiera) sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Lo que aquí se pretende es que los cristinos podamos entender algo mejor *cómo es el Dios en el que creemos*). La cosa no es fácil. Primero, porque Dios no está a nuestro alcance. Nadie lo ha visto. Y nadie sabe, ni puede saber, cómo es exactamente. Porque Dios, por definición, es el “Trascendente”, es decir, que nos “trasciende”. Y eso significa que está más allá de todo lo que nosotros podemos comprender con nuestra limitada capacidad de saber y de entender. Pero, además de eso, a los cristianos se nos complica más todo este asunto. Porque cualquier ser humano, cuando pronuncia la palabra “Dios”, en realidad está pronunciando una palabra que tiene muchos significados. Los entendidos le llaman a eso una palabra “polisémica”, que quiere decir lo que acabo de indicar: una palabra que tiene significados, a veces, enteramente distintos. Por ejemplo, es evidente que, en las “guerras de religión”, que antiguamente eran frecuentes, los contendientes de ambos bandos no podían tener en sus cabezas el mismo Dios. Porque Dios no se puede poner a luchar contra Dios. Parece lógico decir que, en aquellas guerras, los que luchaban y se mataban “por Dios”, sin duda alguna es que creían en “dioses” distintos. Y sin ir tan lejos, en la reciente guerra de Irak, tanto Sadan Hussein como Bush invocaban a Dios para arengar a sus tropas. Es claro que, cuando esos dos individuos pronunciaban la palabra “Dios”, se referían a “dioses” que poco o nada tienen que ver el uno con el otro.

Es comprensible que este problema se pueda plantear a propósito de Sadan (un musulmán) y de Bush (un cristiano). Pero lo que mucha gente no se imagina es que a los cristianos nos puede

pasar algo parecido. Porque nosotros, pongamos por caso, vamos a misa. Y allí nos leen lecturas del Antiguo Testamento. En esas lecturas se habla de Yahvé. A continuación nos leen el Evangelio o alguna otra lectura del Nuevo Testamento. Y entonces ya no se habla de *Yahvé*, sino del *Padre*, del *Hijo* (aquel hombre que fue Jesús) y del *Espíritu Santo*. Y entonces, lo que ocurre es que mucha gente sale de misa hecha un lío y, además, sin darse cuenta del lío que lleva en la cabeza. Porque es evidente que el Dios nacionalista, el “Señor de los ejércitos” y, a veces, el Dios violento, que se lee en algunos textos del Antiguo Testamento, no coincide con el Padre del que habla Jesús, ni se parece casi en nada a lo que hacía y decía el mismo Jesús.

Al decir esto, no se trata de que los cristianos nos pongamos a discutir con los judíos sobre la idea de Dios que predica el judaísmo, por una parte, y el cristianismo, por otra. De esa manera, caeríamos de nuevo en los enfrentamientos religiosos y en las “confrontaciones”, cosa que Dios no quiere, ni puede querer, de ninguna manera. Al contrario, lo que se pretende, en este libro, es que intentemos tener las ideas claras (en cuanto eso es posible) sobre el asunto de Dios. Para que así nos podamos entender mejor todos y nos llevemos bien todos, sea cada cual de la religión que sea.

En los escritos del Nuevo Testamento, se habla, como sabemos, del Padre, del Hijo y del Espíritu. Eso no quiere decir que los autores del Nuevo Testamento tuvieran ya muy claro lo del Misterio de la Santísima Trinidad. Ni aquellos autores, ni los cristianos de los primeros siglos, sabían mucho sobre ese Misterio. Baste pensar que, tres siglos más tarde (durante todo el siglo IV), hubo en la Iglesia discusiones muy fuertes sobre cómo había que entender lo de la Santísima Trinidad. Y fueron discusiones tan serias, que fue necesario convocar dos concilios ecuménicos, el de Nicea (año 325) y el de Constantinopla (año 381), para poner algo de claridad en este tema. Sin contar los intereses políticos que en todo aquello se mezclaron, ya que aquellos concilios fueron con-

vocados, no por los papas de entonces, sino por el emperador Constantino (Nicea) y por el emperador Teodosio (Constantinopla), que se dieron cuenta de que, en las discusiones teológicas, estaba en juego la unidad del Imperio.

Pero no es esto lo que aquí nos interesa. En el evangelio de Juan hay unas palabras que nos tienen que hacer pensar: “A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único del Padre es quien nos lo ha dado a conocer” (Jn 1, 18). Con esto, el Evangelio nos quiere decir que Dios no está a nuestro alcance, o sea que supera nuestra capacidad de comprensión. Y por eso nadie lo puede conocer. ¿Cómo podemos, entonces, saber cómo es Dios? No cualquier Dios, sino precisamente Dios *tal como se nos ha revelado en Jesús, el Hijo único del Padre*. Pues bien, para saber eso, el único camino que tenemos es *conocer a Jesús*. Por eso, el mismo Jesús le dijo a uno de sus apóstoles: “Felipe, el que me ve a mí está viendo al Padre” (Jn 14, 9). Es decir, *ver a Jesús es ver a Dios*. O sea, en Jesús aprendemos la manera de pensar de Dios, lo que le gusta y lo que no le gusta a Dios, las costumbres de Dios y sus preferencias. *Todo lo que nos puede interesar sobre Dios, lo tenemos y lo encontramos en Jesús*.

De ahí, la sorprendente afirmación que nos dejaron los evangelios de Mateo y Lucas: “al Padre lo conoce sólo el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11, 27; Lc 10, 22). Porque, en definitiva, *Jesús es la revelación de Dios*, como afirma, de manera solemne, el comienzo de la carta a los hebreos (Heb 1, 1-2).

Ahora bien, todo esto, en última instancia, lo que nos viene a decir es que el Dios en el que creemos los cristianos se tiene que entender a partir del misterio de la encarnación. Ese misterio se ha interpretado normalmente como el misterio de la *divinización del hombre*. Lo cual es verdad. Pero, tan cierto como eso es que el misterio de la encarnación es también el misterio de *humanización de Dios*. Y esto quiere decir que nosotros los cristianos creemos en un Dios que *se ha fundido y confundido con lo humano*. No sólo con la humanidad de Jesús, sino con todo lo que es verdaderamente humano. Lo

cual significa que Dios vio que, para traer salvación al mundo, *tenía que humanizarse*. Dios vio que no había otro camino para dar vida y vida abundante en esta tierra nuestra y más allá de esta vida. En lugar de despreciar lo humano, se fundió con lo humano. Eso es lo que hizo el Hijo único del Padre, al no aferrarse a su categoría de Dios, sino que, al contrario, “se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos” (Fil 2, 7).

Los cristianos y las cristianas, los hombres y las mujeres de todo el mundo que nos consideramos creyentes, todos tenemos la apremiante necesidad de *humanizar a Dios* en nuestras creencias y en nuestros comportamientos. El Dios que han presentado, y siguen presentando, las religiones es, con frecuencia, un Dios demasiado des-humanizado. Porque es un Dios lejano, distante, incomprensible, amenazante y, a veces, una especie de rival celoso de todo aquello que a nosotros nos hace verdaderamente felices. Hasta el punto de que la fe en Dios y la esperanza en la “otra vida” se ha convertido, para mucha gente, en un peligro, una amenaza, algo a lo que se le tiene miedo. Y así andan las religiones y sus representantes. Cada día más desprestigiados, cada día menos respetados y menos creíbles en sus discursos religiosos. Pero no sólo eso. Lo peor de todo es que las religiones son vistas por muchas gentes como un auténtico peligro. Porque, efectivamente, de las religiones tradicionales han salido, y siguen saliendo, individuos y grupos fanáticos, que anteponen los *mandatos de la religión* a los *derechos de la vida*. Y sabemos que la consecuencia más trágica de eso es la *violencia religiosa*, cuyas manifestaciones más patéticas son el terrorismo suicida, las guerras de religión o los actos criminales que se cometen contra las mujeres, los homosexuales y otros grupos que, por motivos “religiosos”, son vistos como “peligrosos” por los dirigentes de algunas religiones.

Pero, sin necesidad de llegar hasta tales extremos de barbarie, cualquiera sabe perfectamente que, con demasiada frecuencia, los “hombres de la religión”, basándose en sus *sagradas obligaciones pastorales*, y utilizando el eterno *tema del pecado*, regañan,

prohíben, amenazan y denuncian a quienes no se someten incondicionalmente a los mandatos religiosos, por más que eso lleve consigo privaciones y hasta humillaciones que tienen como resultado, no sólo que la religión se hace odiosa para mucha gente, sino algo que es más grave, a saber: que *Dios resulta inaceptable*. Lo cual es fuente de ateísmo, en unos casos, o de indiferencia religiosa en grandes sectores de la población.

Por supuesto, en este pequeño libro no se pretende responder a esta compleja problemática. Lo que aquí se pretende es sencillamente hablar de Dios de una manera que resulte clara. Que sea también comprensible. Y, sobre todo, que exprese de forma sencilla lo que los evangelios nos quieren decir cuando, al hablar de Dios, lo hacen refiriéndose al *Padre*, al *Hijo* y al *Espíritu Santo*. Por supuesto, no vamos a discutir cómo se puede explicar que Dios sea uno y tres, a la vez. Lo que nos interesa saber es por qué a Dios le llamamos *Padre*, por qué se nos ha dado a conocer en su *Hijo*, y por qué se hace presente en el mundo y en la vida de cada ser humano por la fuerza del *Espíritu*. Nada más. Y nada menos que eso.

PADRE

1- ¿QUIÉN CONOCE A DIOS?

Mucha gente piensa que tiene muy claro lo de Dios. Me refiero a las personas que, no solamente están seguras de que Dios existe, sino que además afirman, sin lugar a dudas, que saben perfectamente quién es Dios, cómo es Dios, lo que le gusta a Dios, lo que hay que hacer para estar cerca de Dios, etc, etc. Naturalmente, los que (según se creen ellos) tienen todas esas cosas tan claras, aseguran también que ellos tienen respuestas muy firmes a las siguientes preguntas: ¿qué es conocer a Dios? ¿cómo es posible conocer a Dios? ¿desde dónde se puede conocer a Dios? ¿quién conoce a Dios? Repito: hay gente que, en cuanto escuchan alguna de estas preguntas, la que sea, no dudan ni un segundo. Por eso, los que tienen en su cabeza todas estas «seguridades», se consideran a sí mismos como personas «bien formadas», educadas «como Dios manda» y, desde luego, con una fe sólida y firme, la única fe que vale, «como tiene que ser».

Como es lógico, la primera impresión, que producen los que aseguran que tienen todo eso tan claro, es que son personas admirables y hasta envidiables. ¡Qué suerte! ¡Ver con tanta claridad lo que otros ven tan oscuro o incluso no lo ven de ninguna manera! Pero todo esto es la «primera impresión». Porque si todo este asunto se piensa más despacio, enseguida se da uno cuenta de que la cosa es mucho más complicada de lo que algunos se imaginan.

Por supuesto, no se trata de poner en duda si hay Dios o no hay Dios. El problema está en saber qué es eso de conocer a Dios. Y, sobre todo, cómo es posible conocer a Dios.

¿Por qué nos hacemos aquí estas preguntas? Según cuentan los evangelios, un día dijo Jesús: «¡Bendito seas, Padre, Señor del cielo y de la tierra!, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has dado a conocer a la gente sencilla» (Mt. 11,25; Lc. 10,21). Con estas palabras, Jesús quiso decir que eso de «conocer a Dios» es algo que se oculta a los «sabios» y «entendidos», mientras que (sorprendentemente) se da a conocer a la «gen-

te sencilla». O sea, según el criterio de Jesús, los que conocen a Dios no son los sabios y entendidos, sino la gente simple y sencilla. Porque de eso exactamente, del «conocimiento de Dios», es de lo que Jesús estaba hablando cuando dijo que ese conocimiento lo tienen sólo los sencillos (Mt 11.27).

Pues bien, lo que aquí interesa saber es a quién se refería Jesús cuando dijo que solamente los sencillos son los que conocen a Dios. El texto original de los evangelios utiliza la palabra griega *nepioi* (Mt. 11, 25; Lc. 10, 21) para referirse a esos «sencillos». Esa palabra se traduce literalmente al latín por *in-fantes*, o sea, literalmente los que «no hablan». Como es lógico, Jesús no se refería a los mudos, sino a «los que no tienen nada que decir» en este mundo. Lo cual es una forma muy clara de afirmar que a Dios lo conocen de verdad los que no tienen importancia ni influencia, los que no pintan nada en esta vida. Exactamente, los que se encuentran en el extremo opuesto a los sabios y a los entendidos.

Por esto se comprende que San Pablo, de acuerdo con lo que había dicho Jesús, llegue a asegurar que, para esto del conocimiento de Dios, no valen «las persuasivas palabras de la sabiduría humana» (I Cor. 2,4). Y la razón está en que, a juicio de San Pablo, cuando se trata de conocer y de hablar de Dios, no sirven para eso ni los «sabios», ni los «letrados» ni los «estudiosos de este mundo» (1 Cor 1, 20). Porque «lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a los sabios; y lo débil del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte; y lo plebeyo del mundo, lo despreciado, se lo escogió Dios» (I Cor. 1, 27-28).

En realidad, ¿qué significa todo esto? Significa, ante todo, que «conocer a Dios» es una cosa que no va, ni puede ir, por donde van los conocimientos de los sabios y de la gente entendida. Significa, en segundo lugar, que «conocer a Dios» es una cosa que (se explique como se explique) está presente allí donde hay «gente sencilla», personas que no representan nada en esta vida y que, por eso, nada tienen que decir.

Ahora bien, ¿qué es lo que tienen estas personas, que se da solamente en ellas y no está en los «sabios», ni en los «entendidos» ni en los que tienen importancia en este mundo? La respuesta es comprensible: los sabios y entendidos *tienen poder* y por eso son gente influyente; ellos son los que mandan o los que influyen en los que mandan. Por el contrario, la gente sencilla, los que no representan nada en esta vida, *tienen debilidad* y por eso no significan nada y pasan desapercibidos. Son los pobres, los ignorantes, los que carecen de casi todo.

Y aquí viene la pregunta que más nos interesa: ¿Por qué precisamente estas personas sencillas y que pasan por la vida como gentes sin importancia son los que conocen a Dios? Hay una cosa que salta a la vista en cuanto uno se hace esta pregunta. El conocimiento de los sabios es un conocimiento *adquirido*, mediante el estudio, el esfuerzo y el trabajo personal. Por el contrario, el conocimiento de Dios, que tiene la gente sencilla (los *nepioi*), es un conocimiento que les es *concedido*. Pero concedido, ¿por quién? Y además, concedido, ¿cómo? y ¿cuándo? El Evangelio, precisamente cuando habla de esto, dice que al Padre (o sea, a Dios) lo conoce sólo el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar (Mt 11, 27; Lc 10, 22). Por tanto, el conocimiento que tienen de Dios los sencillos y los humildes es un conocimiento que les ha sido dado por el Hijo, es decir, por Jesús. ¿Cómo y cuándo? No precisamente porque los sencillos y humildes son los que hacen estudios de teología y saben todo lo que se dice en los tratados bíblicos. Si el conocimiento de Dios nos viene y nos es dado por Jesús, eso quiere decir que ese conocimiento no está escrito en *las letras de un libro*, sino que está presente en *la vida de una persona*. La persona de Jesús de Nazaret.

Pero ocurre que a las personas no se las conoce *estudiándolas*, sino *conviviendo con ellas*. Eso es lo que le pasa a todo el mundo y lo que nos dice la experiencia. El problema está en que Jesús ya no está en este mundo. Y, por tanto, no podemos «con-vivir» con

él. Por eso, la pregunta más importante aquí es ésta: *¿cómo puedo yo hacer presente la vida de Jesús en mi vida?* Si la cosa se piensa despacio, sólo una respuesta parece razonable: *la vida de Jesús se hace presente en aquellos que intentan vivir como vivió Jesús*. O sea, pensar como pensaba él, tener los criterios que tenía él, tratar a la gente como la trataba él, frecuentar las amistades que frecuentaba él, vivir con la libertad con que vivió él. Y así sucesivamente. Todo esto, como es lógico, en la medida de lo posible y hasta donde alcanzan nuestra posibilidades.

Por otra parte, lo de los «sencillos» y «humildes» nos viene a decir que conocer a Dios no es asunto de ideas, de saberes y de teorías, sino que sólo es posible allí donde hay debilidad. ¿Por qué? Porque sólo donde hay debilidad es posible el cariño, la verdadera bondad y la ternura. «El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor» (1ª Jn. 4, 8). Pero la condición indispensable para poder amar es ser débil, sentirse débil. Porque «amar» es «necesitar» a quien se quiere. Sólo el «necesitado», el «débil», el «indigente» puede amar. Y por eso, sólo quien va así por la vida es quien puede conocer a Dios. De ahí que los «poderosos» de este mundo (en política, en religión, en sabiduría, en lo que sea) difícilmente pueden enterarse de quién es el Dios de Jesús y de cómo es el Dios de Jesús. Mientras que los que nada tienen que decir, esos son los que, con toda naturalidad, se enteran enseguida de lo que es Dios y lo conocen sin más problemas.

2. LA COMPLICADA RELACIÓN CON EL PADRE

A primera vista, decir que Dios es «padre», más aún, decir que Dios es «el Padre» parece una cosa, no sólo estupenda, sino lo más hermoso y más reconfortante que se puede decir en esta vida. Por eso, sin duda, tantas veces se nos ha dicho que la fe en Dios como Padre es lo más grande, y lo más consolador que hay en las enseñanzas de la Biblia y en la doctrina que predica la Iglesia.

Y es verdad. No cabe duda que resulta sencillamente maravilloso tener el firme convencimiento (por la fe) de que el Dios en el que creemos no es un juez que amenaza, ni un gobernante que castiga a los malos y a los buenos también, como se desquiden. Y menos aún es una especie de gran policía cuya misión es mantener el orden, para que cada cual esté donde tiene que estar. Saber que Dios es Padre es saber que Dios es Bueno.

Esto es verdad. Y, sin embargo, por poco que se piense en toda esta cuestión, enseguida se da uno cuenta de que afirmar que Dios es Padre es lo mismo que decir algo que tiene sus complicaciones. ¿Por qué?

Tal como normalmente funcionan en esta vida las relaciones entre un «padre» y su «hijo», sabemos perfectamente que el padre es, para el hijo, en primer lugar, *protección* frente a cualquier amenaza. Esto se nota mucho sobre todo cuando el hijo es pequeño. Porque entonces, naturalmente, el niño se siente más desprotegido. De ahí, el desamparo en que viven tantos niños de la calle, que quizá ni conocen a su padre y se sienten por eso más solos y más indefensos.

En segundo lugar, el padre es para el hijo *seguridad*. Y lo es por lo que se ha dicho hace un momento. Lo cual es decisivo en la vida de cualquier persona. Frente a tantas amenazas como hay en la vida, saber que hay alguien, con quien me puedo sentir

seguro, es determinante para que una persona se sienta bien y no acabe siendo un desgraciado.

En tercer lugar, el padre es para el hijo *explicación* de todo lo que el niño no sabe explicar. Por eso los niños, cuando empiezan a hablar, no paran de preguntar a sus padres. Como no saben casi nada, la explicación de casi todo la encuentran en el padre, que es el que sabe y da la razón de ser de las cosas y de lo que pasa en este mundo.

Por último, el padre es para el hijo *poder y autoridad*. Porque el padre es el que manda en la casa. Y, por tanto, el padre es el que ordena lo que hay que hacer. Y también el que prohíbe lo que no se debe hacer. Además, el padre censura al hijo que se porta mal. Y si es necesario lo castiga. Lo que significa que relacionarse con el padre es encontrarse, no sólo con el cariño, la bondad y la protección, sino también con lo que está prohibido, con lo que muchas veces está mal visto, y también con lo que merece un castigo.

Ahora bien, si las cuatro cosas, que se acaban de indicar (*protección, seguridad, explicación y poder*), se dan en la relación del hijo con el padre, es comprensible que semejante relación presente no pocos problemas en la intimidad de la vida de muchas personas. Porque, por una parte, todos los seres humanos necesitamos *protección, seguridad y explicación* de lo que no sabemos. Por eso el padre es alguien a quien tanto queremos y a quien tanto necesitamos. Pero, por otra parte, el padre es también *poder y autoridad*, que manda y prohíbe, que amenaza y castiga. Y la experiencia nos enseña que, con frecuencia, hay padres que castigan más de la cuenta o amenazan con tanta severidad, que los hijos sienten verdadero miedo o hasta terror ante la figura paterna. Pero todos sabemos hasta qué punto queremos ser libres y necesitamos libertad. De ahí que haya tanta gente que, al hablar de su padre o al recordarlo, sienten (confusamente y al mismo tiempo) un profundo amor y un extraño rechazo, un respeto íntimo y confusas ganas de ol-

vidar algo que no saben cómo explicar, pero que está ahí y lo llevan dentro.

Entonces, estando así las cosas, se comprende en qué consiste la complicada relación con el «padre». Porque el padre es alguien de quien no podemos prescindir. Pero, al mismo tiempo, es alguien que instintivamente rechazamos. Y es que, por una parte, nos da la seguridad que necesitamos. Pero, por otra parte, representa la prohibición y hasta la amenaza que tememos. Es verdad que hay personas afortunadas que han tenido la suerte de que su padre haya sido siempre bueno, cariñoso, cercano, comprensivo y hasta tolerante. Pero también es verdad que, no pocas veces, hay gente destrozada en su intimidad más secreta porque han tenido la desgracia de un padre duro y distante, incluso difícil, que se ha pasado la vida amenazando, prohibiendo y castigando.

Todo esto es de sobra conocido. Pero lo que mucha gente no se imagina es que la imagen del padre, en esta vida, determina decisivamente la imagen que cada uno lleva dentro sobre lo que es Dios como Padre. Por eso hay tantas personas a quienes les resulta un problema enorme creer en Dios como Padre que quiere a sus hijos. Y hasta hay personas que se sienten incapaces de creer en Dios. Porque hablarles de eso, es lo mismo que mencionar castigos y amenazas, censuras y privaciones de libertad. Cosas que uno no quisiera haber vivido y que posiblemente le producen dolor o quizá vergüenza.

Lo que pasa es que la mayoría de la gente no se atreve a hablar de estas cosas. Porque son cosas muy íntimas. Tan íntimas que muchas personas las viven como auténticos dramas, pero son incapaces de darse cuenta de lo que les ocurre. El problema está en que la relación con Dios como padre no puede funcionar con normalidad, mientras la persona no se aclare sobre estos asuntos tan profundos y tan íntimos en la vida de cualquier ser humano.

Esto supuesto, lo que nos queda por ver es cómo Jesús presentó a Dios como Padre, lo que dijo de ese Padre, y cómo tenemos que relacionarnos con Él.

Pero, antes de entrar en más detalles, es muy importante saber que Jesús, para referirse a Dios, utilizó siempre la palabra *Padre*. Sólo una vez, cuando estaba muriendo en la cruz, dio un grito y se dirigió al Señor del cielo y de la tierra, llamándole *Dios mío* (Mt 26, 46; Mc 15, 34). Pero sabemos que Jesús hizo eso porque, en aquel momento, estaba rezando con las mismas palabras que usa el Salmo 22, 2. Fuera de ese caso, Jesús siempre habló de Dios como *Padre*. O sea, que Jesús le cambió el nombre a Dios. En lugar de *Yahvé* o simplemente *Dios*, Jesús le llamó siempre con la palabra entrañable de *Padre*. Teniendo en cuenta una cosa que es clave: Jesús nunca se refirió a un Padre que manda o prohíbe, que amenaza o castiga. Jesús habló siempre del *Padre* como bondad y amor, como acogida y cercanía, como comprensión, respeto y tolerancia. Es lo que vamos a ver a continuación.

3. SE ACABÓ EL DIOS QUE AMENAZA

Para enterarse de que Dios es Padre y, sobre todo, para experimentar lo que eso representa en la vida de cualquier persona, lo primero que hay que hacer es quitarse de la cabeza las «falsas imágenes de Dios» que mucha gente tiene en su conciencia, en su intimidad más secreta. Y eso es necesario porque mientras uno lleve dentro esas falsas imágenes, no podrá relacionarse con Dios *como Padre*.

Pues bien, la primera «imagen falsa», que muchos cristianos tienen en su cabeza, es que Dios es una amenaza de la que hay que protegerse. Muchos papás les dicen a los niños pequeños: «¡No hagas, eso, que Dios te castiga!». Naturalmente, cuando un niño oye semejante cosa, lo primero que piensa es que Dios es una amenaza, o sea un peligro, para todo el que hace lo que no está bien, aunque sea una tontería sin mucha importancia, como les pasa con tanta frecuencia a los chiquillos. Luego, cuando pasa el tiempo, en las catequesis o en los sermones de las iglesias, los cristianos oyen predicaciones en las que les dicen que Dios nos va a pedir cuentas a todos. Y en esas cuentas tendremos que responder de todo lo malo que hemos hecho. Además, yo no sé por qué, muchas, muchísimas personas tienen la idea de que, cuando ocurre una desgracia (una enfermedad, la muerte de un ser querido, un accidente o un desastre natural), eso es un castigo de Dios. Pero, es claro, todos los que (de la manera que sea) piensan así, aunque no lo digan, en realidad están incapacitados para relacionarse con Dios como Padre. Porque, para quien piensa de esa manera, Dios es más un policía (o un juez) que un padre.

Por eso es absolutamente necesario acabar con la imagen del dios que amenaza. Y para ello, lo más útil es enterarse de lo que enseña la parábola de «los talentos» (Mt. 25, 14-30; Lc. 19, 11-27). Muchas veces se ha explicado esa parábola diciendo que

Dios le da a cada uno una cantidad determinada de bienes divinos y humanos, de cualidades, de gracias celestiales, en definitiva los «talentos», de los que tendrá que dar cuenta a Dios, hasta el último céntimo, el día que el Señor nos llame a eso, a que le rindamos cuentas. Está claro que, quienes interpretan la parábola de esta manera, entienden que, con esa historia, Jesús nos hace a todos un llamamiento exigente para que seamos «responsables» ante lo mucho que Dios nos quiere y que Dios no da y que, por tanto, nos va a exigir. Ahora bien, desde el momento en que la parábola se interpreta de esa manera, resulta imposible liberarse del Dios que amenaza. O sea, resulta imposible experimentar a Dios como Padre.

Pero afortunadamente la parábola no dice, para nada, que Dios sea una amenaza. Ni siquiera se refiere a que Dios nos vaya a pedir cuentas de lo mucho o lo poco que cada cual haya recibido en esta vida. Entonces, ¿qué es lo que la parábola enseña?

Todo depende de lo que le pasa al que recibió un solo talento. La parábola cuenta que ése fue el que mereció el castigo (Mt 25,30). Pero la cuestión está en saber por qué fue castigado tan severamente. Jesús lo explica con toda claridad y de manera admirable. Se trataba de un individuo que tenía el convencimiento de que el «Señor» de los talentos, o sea Dios, es «duro», de manera que «siega donde no siembra y recoge donde no esparce» (Mt. 25, 24). Dicho de otra manera, este individuo tenía una idea terrible de Dios. Y por eso, como es natural, «tenía miedo» y se fue a «esconder el talento debajo de tierra» (Mt. 25,24).

Ahora bien, eso precisamente fue su perdición. Con lo cual Jesús quiere decir, ante todo, que el miedo (incluido el miedo a Dios) paraliza, es decir, hace estériles a las personas. A eso se refiere Jesús cuando dice que el asustado, que recibió un talento, fue y lo escondió debajo de tierra. El Dios que amenaza es un Dios que bloquea y anula a las personas, a los grupos, a las comunidades, a las organizaciones.

Pero, sobre todo, lo que Jesús quiere enseñar, en esa parábola, es que quien lleva en su cabeza y en sus sentimientos a un Dios que mete miedo, ése está perdido. Y está perdido por dos razones:

1) porque no hará en esta vida nada que valga la pena, como acabo de explicar.

2) porque tener en la cabeza un Dios que pide cuentas, hasta el último detalle, es no conocer a Dios. O sea, el que se piensa que Dios es así, en realidad no cree en el Dios de Jesús, sino que cree en un ídolo que él se ha inventado. Porque ese Dios no existe.

Por lo tanto, la parábola de «los talentos» no es la parábola de la *responsabilidad* ante Dios, sino la parábola de la *confianza* en Dios. Lo cual no significa que le quitemos importancia a nuestras responsabilidades ante el bien o el mal que podemos hacer en la vida. Lo que pasa es que, cuando un padre quiere de verdad a sus hijos, no anda amenazando a todas horas con pedir cuentas y repartir castigos al que se descuida. Un padre, que de verdad es padre, no hace eso. Porque querer a alguien no es estar amenazando cada dos por tres.

Muchos cristianos dicen que Dios es Padre. Y rezan todos los días el Padre Nuestro. Pero todo eso son ideas. La pura verdad es que ni sienten, ni pueden sentir a Dios como Padre. Porque lo primero que hay que hacer para sentir eso es acabar con el Dios que amenaza.

Y todavía una cosa importante. Hay personas que, por la razón que sea, son gente que tienen poder y autoridad. Puede ser un padre con sus hijos, un gobernante con sus súbditos, un sacerdote con sus feligreses, un jefe con los que dependen de él. Y con frecuencia ocurre que a esas personas se les sube el cargo a la cabeza y se convierten en policías disimulados, que, «por amor», «por el bien de los demás» o por lo que a ellos se les ocurra, el hecho es que no paran de amenazar. Y además se sirven del sacrosanto nombre de Dios para imponer sus amenazas, es decir, su poder y

su autoridad. Los que se dedican a hacer eso son una de las mayores desgracias para la humanidad. Y son los que consiguen (a lo mejor sin darse cuenta) que cada día haya menos gente que crea en Dios como Padre.

4. EL DIOS QUE ACOGE AL «PERDIDO»

El verbo *perder* se suele usar para hablar de las cosas que no encontramos, ya sea porque se nos han extraviado o quizá también porque nos las han quitado. Cuando se aplica, no a «cosas» sino a «personas», nos referimos a alguien que se ha alejado o incluso se nos ha ido para siempre. Por ejemplo, cuando uno dice: «He perdido a mi madre», lo más seguro es que está aludiendo a que su madre se ha muerto. En cualquier caso, el verbo *perder* indica «extravío», «alejamiento», «distancia». Por eso, cuando nos referimos a alguien que vive de mala manera (por la razón que sea), decimos que vive como un «perdido» o que está en camino de «perdición».

Por desgracia, en esta vida hay muchas personas que andan así. Porque viven en camino de perdición. Y de los que viven así, se suele decir que son *unos perdidos*. Pues bien, ¿cómo se porta el Padre del cielo con los «perdidos»?

El evangelio de Lucas dedica un capítulo entero (el capítulo 15) a este asunto. El hecho es que, por lo que se dice al comienzo de ese capítulo, lo más seguro es que Jesús solía andar con malas compañías: «Todos los publicanos y los pecadores se le acercaban para escucharlo» (Le 15,1). Y además, Jesús los «acogía» y «comía» con ellos (Le 15, 2). O sea, Jesús convivía con la gente más «perdida» de aquel tiempo. Lo cual, como es lógico, era motivo de murmuración y de escándalo para las personas más «respetables» (fariseos) y también para los más «entendidos» (letrados) en asuntos de religión (Le 15, 2). Sin duda, a los fariseos y a los letrados no les cabía en la cabeza que Jesús estuviera hablando a todas horas de Dios como Padre y que, al mismo tiempo, se pasara la vida juntándose con los «perdidos». Dicho de otra manera, los «hombres de la religión» estaban convencidos de que Dios, por muy «padre» que sea, tiene que rechazar al que vive como un «perdido».

Y sin embargo, Jesús no se defiende de la acusación que hacen contra él los «respetables» y los «entendidos» en las cosas de Dios. Todo lo contrario. en lugar de defenderse, lo que hace el evangelio de Lucas es explicar que el Dios, en el que creían los fariseos y los letrados, no es como el Dios que anunciaba Jesús. Porque el Dios de fariseos y letrados es un Dios que *condena* a los «perdidos» de este mundo, mientras que el Dios que anunciaba Jesús quiere tanto a los «perdidos» que *no puede pasar sin ellos*, sea cual sea la razón por la que se pierden, incluso cuando se pierden por su propia culpa.

Para explicar esto, el evangelio de Lucas pone en boca de Jesús tres parábolas: la oveja perdida (Lc. 15, 3-7), la moneda perdida (Lc. 15,8-10) y el hijo perdido (Lc. 15,11-32). Las tres parábolas coinciden en una cosa: el pastor que pierde la oveja (Lc. 15,4), la mujer que pierde la moneda (Lc. 15,8) y el padre que pierde al hijo (Lc. 15, 32) son personas que *quieren tanto* lo que se les ha perdido, que no paran hasta que lo encuentran. Y cuando lo encuentran, les da tanta alegría (Lc. 15, 7 y 10), que todo termina en una gran fiesta, con comida abundante, música y baile (Lc. 15, 23-25). Lo que llama la atención, en estas historias, es que el Evangelio explica de esta manera *cómo es Dios*. Y entonces eso quiere decir que Dios no ve a los pecadores (Lc. 15,7 y 10) como personas *malas*, sino como personas *necesitadas* y *desamparadas*. O sea, son personas que no le causan a Dios ni rechazo, ni indignación, ni (menos aún) resentimiento. Todo lo contrario: cuando Dios, el Padre, ve de lejos al hijo, siente tanta emoción que el Evangelio dice literalmente que se le «conmovieron las entrañas» (Lc. 15,20). Dios siente lo más hondo y lo más fuerte que sentimos los seres humanos en esta vida *cuando queremos de verdad a alguien*. Eso le pasa a Dios con los «perdidos», por muy perdidos que estén en este mundo.

Pero, en esas tres parábolas, hay una cosa en la que no coinciden: la oveja y la moneda se pierden *sin culpa propia*, como es

natural. Por el contrario, el hijo que se va de la casa del padre (Lc. 15, 13), se va porque quiere. O sea, se pierde *por culpa suya*. Además, no sólo se va por su culpa, sino que además se lleva la mitad de la fortuna del padre (Lc. 15, 11-13), se va muy lejos de su casa (Lc. 15, 13) y allí se gasta todo el dinero «viviendo como un perdido» (Lc. 15, 13) y divirtiéndose en juergas con gente indeseable (Lc. 15, 30). Es la imagen trágica de un desgraciado que terminó viviendo peor que los cerdos, ya que no podía ni comer lo que se comían aquellos animales (Lc. 15, 16).

Pues bien, en una situación así, el evangelio dice dos cosas que resultan de tal manera impresionantes que no nos las acabamos de creer. La primera cosa es que el hijo perdido (el «pródigo», como se suele decir) se decidió a volver a la casa de su padre, no porque se «convirtió» (eso no se dice en la parábola en ninguna parte), sino porque «se moría de hambre» (Lc. 15, 17). Y eso es lo que explica el discursito que preparó (Lc. 15, 18-19), para que su padre no le diera con la puerta en las narices. Como es lógico, el muchacho, después de la faena que le había hecho a su padre, debía temer que ni se le recibiera en su casa. Pero no fue así. Porque la parábola cuenta que el *Padre* lo recibe con los brazos abiertos y se lo come a besos, sin dejarle ni que eche el discurso que traía preparado, ni le pide explicaciones, ni le pregunta dónde ha estado o por qué ha hecho lo que ha hecho (Lc. 15, 20-22). Es decir, al *Padre* no le interesan los *motivos* por los que el hijo vuelve a la casa. Lo único que le importa al *Padre* es el *hecho* de que el hijo está con Él. Y prueba de ello es que no le reprocha nada, ni le echa en cara lo mal que se ha portado. Todo lo contrario, encima de las barbaridades que ha hecho y de que ha tirado un capital de manera escandalosa, el *Padre* le pone la mejor ropa que tiene (Lc. 15, 22) y le organiza un banquete por todo lo alto (Lc. 15, 23).

Pero es más chocante la segunda cosa. El hermano mayor, «el bueno de la película», que siempre estuvo donde tenía que estar, cumpliendo con su deber al pie de la letra (Lc. 15, 29), es el que

termina, al final de la historia, recibiendo una reprensión (Lc. 15, 31-32). ¿Por qué? Porque el hermano mayor era, efectivamente, cumplidor y observante. Pero era un cumplidor *con espíritu y con mentalidad de fariseo*. Es decir, era un individuo que tenía conciencia de que él era el bueno. Y precisamente porque él se consideraba el bueno, de manera que estaba orgulloso de serlo, es por lo que *despreciaba al perdido* (Lc. 15, 28). Y debía sentir por él tal clase de desprecio, que ni lo llama «hermano» suyo, sino que le dice al *Padre*: «ese hijo tuyo» (Lc. 15, 30). Lo cual quiere decir que el hijo mayor era, por supuesto, un cumplidor y un observante perfecto, pero no se relacionaba con su padre *como con un Padre*, sino *como con un jefe, un amo o un patrono* al que hay que someterse, desde luego, pero también ante el que uno se puede quejar, si el jefe no le da aquello a lo que uno se piensa que tiene derecho. Por eso, ni más ni menos, el hijo mayor (el observante) le echa en cara al padre que no le ha dado ni un cabrito para merendar con los amigos (Lc. 15, 29).

La consecuencia que se sigue de todo esto es clara. Hay personas religiosas que son observantes hasta el último detalle. Son personas que precisamente porque se ven a sí mismos tan observantes, por eso se piensan que son los buenos y de ello se sienten satisfechos. Pero resulta que viven todo eso de tal manera que *desprecian profundamente a todos los que van por la vida como unos «perdidos»*. Y entonces, lo que realmente ocurre es que las personas, que piensan y sienten como el hermano mayor, por más observancias y más fidelidades que puedan presentar como “méritos” ante Dios, la pura verdad es que *no se han enterado de lo que es Dios*. Ni saben media palabra de *cómo es Dios*. Porque la pura verdad es que ni se han enterado ni saben que Dios es Padre. Y un padre se relaciona con su hijo, no por lo que hace o deja de hacer, sino «porque es su hijo». De manera que un padre, cuando *es padre de verdad*, quiere a su hijo siempre, por más «perdido» que el hijo esté o por más «perdido» que el hijo viva.

Lo que pasa, tantas veces en la vida, es que muchos de los que decimos que Dios es nuestro Padre, en realidad no hemos matado al fariseo que todos llevamos dentro. Y por eso nos parecemos más al hermano mayor, al «observante», que al hijo pequeño, al «perdido». Seguramente en eso está la gran dificultad que tenemos para comprender que Dios es Padre. Y, de rebote, por eso hay tanta gente «religiosa» que desprecia profundamente a todos los que nos parecen los «perdidos» de este mundo. En la vida hay muchas gentes que *tienen una fe ciega en Dios* y, si embargo, *son malas personas*. Porque el Dios que llevan en su cabeza y en sus entrañas no es el *Padre*, que nos reveló Jesús, sino el *Jefe Supremo*, que debe castigar a los que se portan como tienen que portarse los que no viven como viven los «modernos fariseos».

5. SE ACABÓ EL DIOS QUE PAGA SEGÚN LOS MÉRITOS

En la sociedad en que vivimos, casi todo el mundo tiene el convencimiento de que cada uno tiene derecho a que, en el trabajo que hace, le paguen lo que es justo. Es decir, estamos persuadidos de que cada persona debe ganar de acuerdo con lo que rinde en su trabajo. Y por eso hay gente que se queja, con toda la razón, de que le pagan menos (a veces, mucho menos) de lo que, en justicia, tendría que ganar. Por eso, con demasiada frecuencia, las relaciones entre los patronos (o dueños) y los trabajadores resultan demasiado conflictivas. La razón de los conflictos es, casi siempre, la misma: el que manda y tiene el dinero quiere que el que trabaja, trabaje más y así poder obtener mayor ganancia; mientras que el trabajador se suele quejar de que no le pagan de acuerdo con lo que hace y produce. O sea, cada uno busca su propio interés. Y como es muy difícil que los intereses de unos y otros vengan a ser los mismos, entonces, lo que se hace es echar mano del criterio que, a juicio de casi todo el mundo, resulta ser el más claro y el más razonable. Se trata del criterio que consiste en *pagar según el rendimiento* de cada cual en su trabajo. El que rinde más, *merece más*. De acuerdo con ese criterio, se establecen las leyes que determinan lo que cada uno tiene que ganar. Y si no hay leyes, de ese criterio echan mano los que contratan trabajadores a la hora de pagarles.

Todo esto parece tan natural, que, de acuerdo con lo que acabo de decir, se ha establecido que la mejor manera de entenderse las personas, y el único camino para que las cosas funcionen, es que a cada uno le pague *según sus méritos*, el que trabaja más, rinde más. Y el que rinde más en su tarea, tiene más méritos. Por lo tanto, ése es el que tiene derecho a ganar más.

Hasta aquí, todo esto nos parece completamente normal. De forma que estamos seguros de que las cosas no van bien precisamente porque en este mundo hay demasiada gente que no se ajus-

ta fielmente al criterio del rendimiento en el trabajo. Por eso hay tantos desgraciados, que se matan trabajando, y sin embargo ganan una miseria, mientras que por ahí vemos a individuos, que no dan golpe, y el hecho es que ganan millones, a veces muchos billones. Y eso, naturalmente, nos irrita y nos parece, con toda la razón del mundo, que es una injusticia que clama al cielo.

Sin embargo, todo lo que acabo de decir -que es tan razonable- tiene un inconveniente. Un inconveniente muy serio. El criterio según el cual la mejor manera de entenderse las personas es que a cada uno le paguen *según sus méritos* y de acuerdo con el rendimiento en el trabajo, es válido y funciona bien cuando se aplica a las *relaciones laborales*, es decir, las relaciones entre empresarios y trabajadores, entre patronos y obreros, entre dueños y empleados. Pero ese criterio no sirve, ni puede servir, para que funcionen debidamente las *relaciones personales*, es decir, cuando se trata de relaciones que no se basan en el interés y en la ganancia, sino en el amor y cariño. Por eso, sería un disparate que un padre o una madre se pusieran a calcular, cada día (al hacerse de noche), el «rendimiento» y los «beneficios» que su hijo les ha producido ese día, para determinar la cantidad de bondad, de cariño y de ternura que «se ha ganado» ese hijo al acabar la jornada. Si nos enteramos que un padre o una madre se relacionan así con sus hijos, diríamos que ese padre o esa madre han perdido la cabeza. Y, por supuesto, que no tienen corazón.

Bueno, pues eso que es un disparate tan enorme si se lo aplicamos a cualquier padre de este mundo, resulta que todos los días y a todas horas se lo aplicamos al Padre del cielo, a Dios mismo. De donde resulta que todos los días y a todas horas estamos diciendo que Dios va a premiar a cada uno «según sus méritos». O nos pensamos que hay que hacer tal obra buena o tal sacrificio «para que Dios me lo tenga en cuenta» o «para merecer más gloria en el cielo». Por eso hay gente «piadosa» que reza, que acude a las iglesias o que hace no sé qué penitencias o cosas parecidas, porque dicen que en tal sitio o ante tal imagen de una Virgen o de un santo «se

ganan» más «méritos» y, por lo tanto, más gloria y más cielo.

Lo repito: todo esto son verdaderos disparates. Y la prueba más clara está en el Evangelio. Concretamente en la parábola de los obreros que fueron a trabajar a la finca de aquel propietario, que salió a buscar jornaleros por la mañana temprano, a media mañana, al mediodía, a media tarde y ya cuando se ponía el sol (Mt. 20,1-15). La parábola cuenta que el dueño de la finca se puso de acuerdo, con los que fueron a trabajar por la mañana temprano, para fijar la cantidad que les tenía que pagar (Mt. 20,2). Pero resulta que, al final del día, cuando llegó la hora de pagar, empezó por los que habían ido al trabajo a última hora (Mt. 20,9). Lo cual fue motivo de protesta por parte de los que habían trabajado desde por la mañana, que naturalmente habían rendido más en el trabajo y, por tanto, se habían merecido ganar más dinero (Mt. 20,11-12).

La enseñanza genial de la parábola está en la respuesta que les dio el Señor a los que protestaban: «Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No te ajustaste conmigo en ese jornal? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último lo mismo que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera con lo mío? ¿o es que ves tú con malos ojos que yo sea generoso?» (Mt. 20, 13-15). La última palabra es la clave de todo lo demás. Dios *Padre* se relaciona con sus hijos, no desde el criterio del *mérito* según el rendimiento, sino desde *la generosidad*. El *Padre* del cielo no anda calculando lo que cada uno merece. Eso es una idea falsa que nos han metido en la cabeza. Y es, además, una idea que no ha servido nada más que para «deformar» la imagen de Dios que llevamos dentro. Mucha gente tiene puesta su fe en un Dios «deforme». Porque es un Dios que se parece más a un propietario, que ajusta cuentas con sus criados, que a un *Padre* que quiere siempre a sus hijos.

Las personas que tienen en su cabeza el *Dios-propietario*, que paga según los méritos y el rendimiento, no entienden ni pueden entender al *Dios-Padre* del que nos habla Jesús en el Evangelio.

Hay cristianos que van por la vida como «jornaleros», calculando lo que van a «ganar» y a «merecer». Y hay cristianos que van por la vida como «hijos» del *Padre* del cielo. Los hijos no piensan en ganancias y en merecimientos. Los hijos -si son hijos de verdad- sólo piensan en ser buenos, honrados, querer a su Padre y a sus hermanos. Lo que importa no son los «méritos», sino la «generosidad».

6. DIOS NO QUIERE QUE SUS HIJOS SUFRAN

En esta vida, como sabe todo el mundo, hay padres que son malas personas y hacen sufrir a sus hijos. Porque los tratan mal. Porque no les dan lo que necesitan, teniendo medios para dárselo. Porque los castigan o los abandonan. Por tantas cosas y por cosas tan desagradables que hasta da vergüenza decir lo que muchas veces pasa en la vida.

Esto supuesto, la pregunta que aquí nos hacemos es ésta: ¿se porta Dios así con sus hijos? O sea, ¿es Dios un padre que hace sufrir a los seres humanos?

Lo más seguro es que mucha gente se sentirá impresionada al leer estas preguntas. ¿Es que se puede poner en duda la bondad de Dios? ¿No es ya un enorme disparate el solo hecho de preguntarse si el Padre del cielo es tan malo como algunos de los malos padres que andan sueltos por este mundo? ¿No es incluso una blasfemia decir que Dios quiere que sus hijos sufran?

Desgraciadamente, por mucho disparate y por mucha blasfemia que todo eso pueda parecer, hay que hacerse muy en serio las preguntas que acabo de plantear. Porque es un hecho que a los cristianos se les enseña que Dios es un padre que quiere que sus hijos sufran. Y no hablamos aquí del infierno. Ni de la otra vida. Hablamos de lo que pasa en este mundo todos los días y a todas horas. Y hablamos de esto porque, mientras una persona tenga en su cabeza la idea de que Dios *quiere* el sufrimiento de sus hijos, es evidente que esa persona no puede entender que Dios es un buen padre. Por eso mucha gente piensa que Dios es Padre, pero no lo entiende. Ni puede entenderlo. Se comprende ahora lo importante que es hablar de este asunto. Y ponerlo en claro.

¿Por qué se dice que Dios quiere el sufrimiento humano? Porque en las enseñanzas de muchas religiones se dice que el «sacrifi-

cio» es el acto central de la religión, o sea el acto mediante el cual los seres humanos se acercan más y mejor a Dios. Y entonces, si eso es así, lo que en realidad dicen esas religiones es que la muerte de un ser vivo (eso es un «sacrificio») es lo que Dios quiere y lo que a Dios le agrada. En algunas religiones, se trata de la muerte de un animal, por ejemplo una vaca o un cordero. Pero ha habido religiones en que el «sacrificio» consistía en matar un ser humano. Y seguramente hay religiones que todavía hacen eso.

Entre los cristianos, todo esto se ha complicado mucho más. Porque el Nuevo Testamento interpreta la muerte de Jesús como un «sacrificio» (Ef. 5, 2; I Cor. 10, 14-22; 11, 26) mediante el cual Dios salvó a la humanidad entera. Y eso da pie a que mucha gente piense que el Padre del cielo quiere la muerte de su Hijo. O sea, eso da pie para que muchos se imaginen que Dios quiere el sufrimiento y la muerte. De manera que sufrir y morir es el camino más derecho para llegar a Dios.

Todo esto es terrible. Pero todo este asunto se complicó todavía más cuando algunos escritores cristianos, desde tiempos muy antiguos (desde el siglo III), se pusieron a decir que la muerte de Jesús fue la «satisfacción» que Dios necesitó para aplacarse y quedarse «satisfecho» por las ofensas (pecados) que los seres humanos cometemos contra ese Dios. La verdad es que la Biblia no dice en ninguna parte que Dios necesitara esa «satisfacción». Ni esta teoría de la «satisfacción» es una verdad de fe que los cristianos tenemos que creer. Pero el hecho es que hay predicadores que han enseñado esto al pueblo cristiano. Y hay sacerdotes que lo siguen enseñando. ¿Por qué se dice semejante cosa?

La teoría de la «satisfacción» fue un invento que hicieron antiguamente los romanos. En realidad, de eso habla ampliamente el Derecho Romano. En el siglo XI hubo un escritor que se llamaba Anselmo de Canterbury. Y este autor fue el que mejor aplicó la teoría de la «satisfacción» a la muerte de Jesús. La idea del Derecho Romano, y también de Anselmo, es que el que ofende a al-

guien, no sólo tiene que dar una satisfacción por la ofensa cometida, sino que, además, la satisfacción tiene que ser proporcionada a la gravedad de la ofensa. Ahora bien, la gravedad se mide por la dignidad del ofendido. Pero como resulta que, en el caso del pecado, el ofendido es Dios y, además, Dios es de una dignidad infinita, entonces nos encontramos con que el pecado es una ofensa infinita. O sea, el pecado es tan grande como Dios. Pero, si eso es así, lo que ocurre es que una ofensa tan grande como Dios sólo puede ser debidamente «satisfecha» por una persona que tenga la misma categoría de Dios. Y esa persona, entre los seres humanos, sólo ha sido y sólo puede ser Jesús, que, como hombre, «satisface» por los hombres, y, como Dios ofrece la «satisfacción» infinita (tan grande como el mismo Dios).

La verdad es que, a primera vista, todo lo que acabo de decir parece una cosa que está bien pensada. Lo que pasa es que, si uno se pone a reflexionar despacio en toda esta cuestión, enseguida se da cuenta de que esta teoría desemboca inevitablemente en tres consecuencias, que son tres disparates monumentales.

Primer disparate: se pervierte la idea de Dios. Porque si efectivamente fue el Padre del cielo el que decidió que su Hijo tenía que morir y, además, decretó tal muerte porque necesitaba la sangre de su Hijo para aplacarse en su ira, en su furor contra los seres humanos, inevitablemente de ahí resulta un Dios que es un auténtico esperpento. Porque si eso fuera así, entonces es que Dios es un sanguinario. Pero no un sanguinario cualquiera, sino un ser tan malvado que necesita la sangre de su propio hijo para quedarse tranquilo y en paz. Eso da miedo pensarlo. Porque eso querría decir que Dios es peor que las peores fieras. Los tigres y los leones no consienten que se les toque a sus cachorros. ¿Y Dios va a necesitar que maten a su Hijo para quedarse a gusto? Yo no creo, ni puedo creer, en semejante Dios.

Segundo disparate: se pervierte el significado de la salvación. Porque si la salvación que predica el cristianismo es así, eso no

tiene nada que ver con lo que enseña el Nuevo Testamento. En efecto, en los escritos del Nuevo Testamento se dice que Dios envió a su Hijo al mundo, no porque *estaba irritado* contra la humanidad, sino exactamente todo lo contrario: porque *amaba* de tal manera al mundo, que le entregó a su propio Hijo (Jn. 3,16; Un 4,9; Rom. 8,31-32). Además, si entendemos así la salvación, semejante salvación viene a ser un «ajuste de cuentas» entre Dios y Dios, entre el Padre y el Hijo. Por tanto, la salvación sería una especie de drama divino, en el que nosotros no tendríamos nada que ver ni participación alguna, y en el que sólo intervendríamos mediante nuestra obediencia ciega y resignada. De ser así las cosas, la salvación consistiría en que Jesús, a fuerza de tanto sufrir y de su misma muerte, cambió a Dios y lo convirtió de irritado en bondadoso y misericordioso. Pero todo eso es el disparate más grande que se puede imaginar. Porque Jesús ni cambió a Dios, ni Dios necesitaba cambiar. Jesús nos salvó porque nos cambió a nosotros con el ejemplo de su vida, de su pasión y de su muerte. El Nuevo Testamento dice que Jesús nos salva «mediante nuestra fe» (Hech. 15,11; Rom. 1,16; 10,10; I Cor. 1,21; 15,2; Fil. 1,27-28; 2Tim. 3,15; IPe. 1,9-10). San Pablo lo resume así: «Habéis sido salvados por la fe» (Ef. 2,8). Pero la fe es un acto y una manera de vivir que (con la gracia de Dios) ponemos y realizamos nosotros. Es decir, cada uno se salva en la medida, y sólo en la medida, en que se pone a vivir y actuar como vivió y actuó Jesús.

Tercer disparate: se pervierte la vida cristiana. Porque quien explica la muerte de Jesús diciendo que eso es lo que quiso Dios, en realidad lo que está afirmando es que lo que más acerca a Dios es el sufrimiento, el dolor, todo lo que nos humilla y nos fastidia. Y todo lo que hace que la vida resulte desagradable. Además, el que afirma todo eso, está diciendo también que todo lo malo y lo negativo, que hay en la vida, se tiene que *soportar con resignación* y hasta con alegría. Porque, por lo visto, *lo que más nos hace sufrir* a nosotros es *lo que más le gusta* a Dios. Eso -por más extraño que parezca- es lo que se le ha enseñado a los fieles. Aunque seguramente eso no se diga con esas mismas pa-

labras. Pero la pura verdad es que el mensaje que la gente ha recibido, en no pocos sermones y bastantes catequesis, es toda esta serie de disparates.

La consecuencia, que se ha seguido de esta manera de hablar de Dios, es que a la gente se le ha enseñado que lo mejor que se puede hacer en esta vida, es tener resignación y aguantarse cuando nos vienen las cosas mal. Eso está bien dicho y es lo que hay que hacer *cuando se trata de males que no se pueden remediar de ninguna manera*. Por ejemplo, si me pongo enfermo con un cáncer o si llego a viejo y ya no tengo fuerzas para hacer lo que me gustaría, lo razonable es saber soportar el sufrimiento y no amargarse uno, ni amargar la vida a los que están a mi lado. Pero otra cosa muy distinta es *cuando hablamos de males y desgracias que se pueden remediar*, incluso que se deben evitar. Por ejemplo, en este mundo hay ricos y pobres. Y sabemos que los pobres sufren y lo pasan mal porque los ricos tienen más de lo que necesitan y acaparan lo que les pertenece a los pobres para vivir dignamente. Y entonces, lo peor que se puede hacer (y se hace muchas veces) es decirle a la gente que Dios le pide *que soporte con resignación sus sufrimientos*. Eso se le ha dicho a los pobres miles de veces. Y con eso, lo que se ha hecho es poner a Dios al servicio de los intereses de los ricos. Es decir, de esa manera *se utiliza el santísimo nombre de Dios* para que los que disfrutan de este mundo, lo disfruten con tranquilidad y sin tener que sentirse molestos por la protesta de los que se mueren de necesidad.

Estas cosas se predicaban antiguamente diciendo que «el orden y la virtud son dos palabras que indican la misma cosa». Eso es lo que predicaba en sus sermones el padre Crasset, en Francia, en el siglo XVIII. Ahora bien, para que haya «orden» en la sociedad y, por lo tanto, para que haya «virtud», tiene que haber ricos y pobres. Porque si todos quisieran ser ricos, no habría para todos. Y además, para que haya «orden», es necesario que los pobres no pretendan ser ricos. En otras palabras, para que haya

«orden» es indispensable que cada uno se quede donde está, el pobre como pobre y el rico como rico. Todo esto es lo que se le predicaba a la gente antiguamente. Por eso, un predicador famoso, el padre Bourdaloue, decía en sus sermones: «Fue necesario que hubiera diversas clases sociales y, ante todo, fue inevitable que hubiera pobres, a fin de que existieran en la sociedad humana obediencia y orden».

Estas cosas no se suelen decir ahora como se predicaban hace dos o tres siglos. Pero se dicen de otras maneras, con más disimulo y, por supuesto, con más refinamiento. Por ejemplo, cuando nos indignamos porque los inmigrantes vienen buscando trabajo y, si no consiguen tener sus «papeles» como está mandado, decimos que vienen a perturbar el «orden» y que hay que echarlos de nuestro país. A fin de cuentas, echamos mano del «orden», o del «desorden», para justificar que los pobres sigan pasando hambre, mientras nosotros no sabemos ya qué comprar y qué comer para vivir mejor. Y lo malo es que al pueblo se le sigue enseñando que Dios nos manda vivir en obediencia y orden, soportando con paciencia y resignación la suerte que a cada cual le ha tocado en la vida. Por ejemplo, a los pueblos del Tercer Mundo se les dice que, si queremos que la «economía de mercado» funcione bien, no hay más remedio que aceptar las «reglas de juego» que imponen los países ricos a los países pobres. En definitiva, seguimos con el mismo discurso de los predicadores antiguos, aunque se diga lo mismo que se decía antes, pero usando otras palabras.

Y todavía, una cuestión importante que es necesario aclarar: si Dios no quiere que sus hijos sufran, entonces, ¿por qué hay terremotos y calamidades, enfermedades y desgracias, que tanto hacen sufrir a la gente? Esta pregunta se responde diciendo dos cosas: 1) La mayor parte de los sufrimientos se podrían evitar o, por lo menos, disminuir, si los que tienen el poder y el dinero tuvieran también voluntad de remediar esos males. Por ejemplo, un terremoto (de la misma intensidad) no causa las mismas desgracias y

los mismos muertos en California que en Centro América. Otro ejemplo: si todo el dinero que se gasta en inventar y fabricar armamentos de guerra, se gastara en inventar y fabricar medicinas, es seguro que ya se habría acabado con las enfermedades que causan más muertos. 2) En el mundo hay sufrimientos porque el mundo es como es, y no como a nosotros nos parece que tendría que ser. El mundo es limitado, es imperfecto. Por eso en el mundo hay limitaciones o sea sufrimientos. Todo lo que es vida, en este mundo, enferma, envejece y termina muriendo. Eso les pasa a los árboles, a los animales y a las personas. Es importante, es necesario, tener este sentido realista de la vida y de las cosas.

Pero, ¿no pudo Dios hacer el mundo de otra manera? Los sabios más sabios, que ha habido en la tierra, llevan muchos siglos haciéndose esta pregunta. Y nadie encuentra la respuesta que a todos nos deje tranquilos. Seguramente es que eso no tiene respuesta. Y, en cualquier caso, lo único que se puede decir con seguridad es que *el sufrimiento no está para que lo expliquemos, sino para que lo remedemos* o, por lo menos, para que lo hagamos más soportable y llevadero.

Sin duda, en todo esto nos damos de cara con un profundo misterio. Y lo más seguro es que el misterio está, no en «el problema del mal y del sufrimiento», sino en «el problema de la omnipotencia divina». ¿Es Dios omnipotente tal y como nosotros nos lo imaginamos? ¿Puede Dios hacer y deshacer las cosas de este mundo, tal como a nosotros se nos ocurre o nos conviene? Eso, nadie lo sabe. Ni lo puede saber. Porque *a Dios nadie lo ha visto jamás* (Jn. 1, 18). Dios no está a nuestro alcance. Por tanto, no sabemos, ni podemos saber, en qué consiste eso que nosotros llamamos la omnipotencia divina.

Y para terminar, una cuestión que a algunas personas les deja con cierta inquietud: ¿Quiso o no quiso Dios el sufrimiento y la muerte de Jesús? Hay que hacerse esta pregunta porque san Pablo dice que Dios «no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entre-

gó por todos nosotros» (Rom. 8,32). Y sabemos que Jesús, en la oración de Getsemaní dijo: «Padre, si quieres, aparta de mí este trago; sin embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Le 22,42). Entonces, ¿es que el Padre quería que Jesús sufriera? Cualquiera que lea los evangelios con atención, enseguida se da cuenta de una cosa que es fundamental: lo que Dios quería y quiere es *que se remedie o se alivie el sufrimiento*. Por eso, Jesús (que sabía esto muy bien) se puso a remediar males y desgracias: curando a los enfermos (aunque fuera en sábado), dando de comer a los que tenían hambre, diciendo a los ricos que ellos no podían entrar en el reino de Dios, perdonando a los pecadores, acogiendo a la gente sencilla, etc., etc. Y como hizo todo eso, que molestaba mucho a los que tenían el poder y el dinero, por eso persiguieron a Jesús y terminaron matándolo. En ese sentido (y *sólo en ese sentido*) se puede decir que Dios quiso la muerte de Jesús.

La conclusión final es clara; Dios no quiere que sus hijos sufran. De manera que *el único sufrimiento que Dios quiere es el que brota de la lucha contra el sufrimiento*. Es verdad que los autores del Nuevo Testamento echan mano, a veces, del lenguaje religioso de los «sacrificios» y de la «expiación», para explicar la muerte de Jesús en la cruz. Aquellos autores tuvieron que hacer eso porque, en las culturas antiguas, la muerte en una cruz era una maldición divina (Deut. 21, 23; Gal. 3, 13). Por eso los primeros cristianos tuvieron muchas dificultades para explicar que ellos creían en un «*Dios crucificado*». En aquellos tiempos, semejante afirmación no se podía aceptar. Esto explica que a los cristianos, en los siglos II y III, los tenían por «ateos». Por eso el Nuevo Testamento cambia el significado del «sacrificio» que han predicado las religiones. La carta a los Hebreos termina diciendo: «No os olvidéis de la solidaridad y de hacer el bien, que esos sacrificios son los que agradan a Dios (Heb. 13,16). *Hacer el bien* y ser *solidarios*, eso es lo que Dios quiere. Si de verdad es Dios, no puede querer otra cosa.

EL PAN DE CADA DÍA

*Primero sea el pan,
después la libertad.
(La libertad con hambre
es una flor encima de un cadáver).
Donde hay pan,
allí está Dios.
«El arroz es el cielo»,
dice el poeta de Asia.
La tierra
es un plato
gigantesco
de arroz,
un pan inmenso y nuestro,
para el hambre de todos. Dios se hace Pan,
Trabajo
para el pobre, dice el profeta Ghandi.
Que el pueblo tenga en sus manos
el pan de la Eucaristía,
puesto que el pueblo hace el pan.
La tierra y su esposo, el Hombre,
produzcan la Eucaristía,
culto vivo del Dios vivo.*

Pedro Casaldáliga

7. DIOS ES SIEMPRE BUENO

En el sermón del monte, dice Jesús: «Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para ser hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos. Si queréis sólo a los que os quieren, ¿qué recompensa merecéis? ¿No hacen eso mismo también los recaudadores («publicanos»)? Y si mostráis afecto sólo a vuestra gente, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen eso mismo también los paganos? Por consiguiente, sed buenos del todo, como es bueno vuestro Padre del cielo» (Mt. 5, 44-48).

Estas palabras de Jesús contienen tres grandes enseñanzas: 1) *Cómo es Dios*. 2) *Cómo tienen que ser los hijos de Dios*. 3) *En qué se nota que una persona es de verdad hijo de Dios*.

1. *Cómo es Dios*. Lo más claro, que hay en las palabras de Jesús, es que Dios es bueno. Además, Dios es bueno *siempre*. Y es bueno con *todos*, lo mismo con los malos que con los buenos.

Todo esto son cosas que nos gusta oír. Pero son también cosas que nos cuesta creer de verdad. Porque, desde que éramos pequeños, nos han metido otras ideas en la cabeza. Cuando yo era un niño, me enseñaron que Dios es un Ser Misterioso y Omnipotente, que castiga a los malos; y a los buenos también, como se descuiden. Naturalmente, cuando se tiene semejante idea sobre Dios, es poco menos que imposible creerse las palabras de Jesús en el sermón del monte.

Porque la enseñanza de Jesús afirma una cosa que nunca nos acaba de entrar en la cabeza. Cada mañana, cuando sale el sol, le da luz, calor y vida *lo mismo a la gente mala que a la gente buena*; lo mismo al sinvergüenza que al honrado, lo mismo al que se porta mal que al que se porta bien. Y de la misma manera, cuando vienen las lluvias, el agua le cae exactamente igual al ladrón que tiene una finca que ha robado, que al hombre bueno que se ha

ganado el pan con el sudor de su frente. Todo esto es tan evidente que a nadie se le ocurre pensar que, si se porta mal, a la mañana siguiente el sol no le va a dar en su casa o en su finca. Como a nadie se le pasa por la cabeza que, si comete un pecado, cuando se ponga a llover, el agua no va a caer en su jardín o en sus tierras. Jesús utiliza estos ejemplos tan sencillos para enseñarnos que *Dios no reacciona ante el mal o ante el bien como reaccionamos nosotros*. Dios siempre es bueno *porque está por encima del bien y del mal*.

Todo esto significa que *Dios nos quiere siempre*. Es decir, siempre tenemos asegurado el cariño de Dios. Ese cariño lo tienen asegurado lo mismo los malos que los buenos. Por lo tanto, el que se porta bien, *para que Dios lo quiera*, es una persona que vive engañada. Porque Dios quiere también al que se porta mal. No compramos el cariño de Dios con nuestras buenas obras. Dios es tan bueno que no anda fijándose en el que hace cosas buenas para quererlo o en el que hace cosas malas para odiarlo.

En el fondo, todo esto quiere decir que Jesús cambió el concepto de Dios. En los pueblos antiguos, Dios era bueno con los buenos y terrible con los malos. Sin embargo, en contra de esa mentalidad, Jesús nos dijo que están engañados los que tienen esa idea de Dios. Lo que pasa, por desgracia, es que todavía hay mucha gente que sigue creyendo más en los dioses vengativos y justicieros de los pueblos antiguos, que en el Dios Padre que nos enseñó Jesús.

2. *Cómo tienen que ser los hijos de Dios*. Es frecuente oír a muchas personas que dicen: «los hijos se tienen que parecer a su padre». Porque, como reza el refrán antiguo, «de tal palo, tal astilla».

Aplicando esta sabiduría popular al asunto que nos ocupa, todo eso quiere decir que *los hijos de Dios tienen que parecerse a Dios*. Concretamente, tienen que parecerse a Dios en la bondad, en el cariño, siempre y con todos, lo mismo con los malos que con los buenos.

Lo decisivo aquí es aplicarnos a nosotros lo que Jesús dice de Dios, cuando habla del sol y de la lluvia. Es decir, de la misma manera que a nadie se le ocurre pensar que a su casa no le va a dar el sol, si se porta mal con Dios, pues igualmente los hijos de Dios tienen que ser tan buenas personas que, quien se relacione con ellos, ni se le pase por la cabeza que «un hijo de Dios» va a reaccionar mal ante quien se porta con él de mala manera.

Yo comprendo que, si esto se piensa despacio, es una cosa que parece poco menos que imposible. Y la prueba está en el cuidado que hay que tener con tantos «hijos de... Dios». Porque son personas que, como te descuides, te la juegan. Y como les hagas algo que les molesta, ándate con cuidado, que, antes o después, te acordarás.

A mí me parece que el problema de fondo, que hay en todo esto, es una cosa que no nos acaba de entrar en la cabeza. Me refiero a lo siguiente: el cariño a los demás es una obligación. Pero, antes que una obligación, el cariño es una necesidad. Todos necesitamos querer. Y todos necesitamos que nos quieran. Eso es *una necesidad, para el ser humano, tan fundamental y tan básica como el respirar o el comer*. Nadie dice: «yo debo respirar», sino que si no respira, enseguida se le envenena la sangre y se muere. Pues *exactamente lo mismo* pasa con el que no quiere a nadie y no es querido por nadie: ése se envenena y va por la vida destilando veneno y envenenando a todo el que se roza con él. Por eso desgraciadamente, en este mundo, hay tanta gente envenenada. Y por eso hay tanto sufrimiento y tanta muerte.

Es un estúpido el que, por la mañana al levantarse, dice: «hoy *debo respirar bien*». Y es un estúpido también el que, por la noche al acostarse, se pone a hacer examen de conciencia, para ver si ha cumplido con la obligación de respirar «como Dios manda». Pues la misma estupidez nos tendría que parecer eso de hacer propósitos firmes de querer a los demás. Como es también una estupidez ponerse a pensar si me debo dejar querer por las personas con las que convivo. Al contrario: no sólo *tenemos que querer* (como tenemos que respirar), sino que al mismo tiempo *tenemos que hacernos querer*, o sea tene-

mos que vivir de tal manera que, no solamente *queramos*, sino que igualmente resultemos *amables*. De manera que los demás se relacionen con nosotros, como *buenas personas* y hasta como *personas entrañables*.

Cuando las cosas se ven y se viven de esta manera, uno se siente mejor. Y los que viven con uno se sienten más felices de haber nacido.

3. *En qué se nota que una persona es de verdad hijo de Dios.* Jesús dice: «Amad a vuestros enemigos... para ser hijos de vuestro Padre del cielo» (Mt. 5, 44-45). Se nota que una persona es hijo del Padre del cielo en que tiene bondad y cariño incluso ante sus enemigos y para sus enemigos. O sea, se nota que es hijo de Dios en que es una *buen persona*. Ahora bien, para que de alguien se pueda decir que es una buena persona, se necesita que tenga, por lo menos, estas tres cosas: a) *respeto*; b) *cariño*; c) *libertad*.

a) Tener *respeto* es aceptar las diferencias. Es decir, una persona respeta a los demás cuando acepta que los otros sean diferentes: que piensen de manera diferente a como cada uno piensa, que hablen de manera distinta, que tengan gustos muy diversos de los que yo tengo, que tengan otras creencias, otras ideas políticas, otra manera de ver la vida. O también que el otro sea de distinto país, de otro color, de otra cultura o simplemente de otra clase social. El que se pone nervioso en cuanto se encuentra con alguien que no encaja con sus gustos o sus intereses, no tardará mucho en faltarle al respeto. Y no conviene olvidar que una persona tiene tanto más peligro de faltar al respeto cuanto el *motivo*, por el que se distancia de la otra persona, es *más noble*. Cuando los motivos de diferencia son insignificantes, no hay mucho peligro de faltar al respeto en serio. Pero cuando los motivos son «serios», entonces las faltas de respeto suelen ser graves. Por eso, las diferencias de ideas políticas se prestan a faltas de respeto importantes. Y cuando se trata de diferencias religiosas, entonces la cosa es peor. Porque se puede llegar a declarar «hereje» al que no piensa como yo. Y eso es la mayor falta de respeto que se puede cometer en esta vida.

b) Tener *cariño* es sentir y vivir la *necesidad* de querer a los demás y de que los demás nos quieran. Ahora bien, sentirse *necesitado* es lo mismo que sentirse *débil*. Sólo Dios no necesita nada, ni necesita de nadie. Porque Dios es el que lo tiene todo y el que lo puede todo. Pero precisamente por eso, la fe cristiana nos enseña que incluso Dios, para manifestar su amor y para querernos de verdad, tuvo que *hacerse débil*. Cuando el Evangelio dice que «la Palabra se hizo carne» (Jn. 1, 14), en realidad lo que dice es que Dios se hizo debilidad y se manifestó como debilidad. Porque la palabra «carne» (*sarx*), en aquel tiempo, significaba «lo débil» de la condición humana (así en Mt. 26, 41; Mc. 14, 38). Y eso se realizó en la vida de un hombre que nació en un establo, donde viven las bestias, y murió colgado de una cruz, donde ejecutaban a los esclavos y a los subversivos contra el Imperio. No se puede ni nacer ni morir en mayor debilidad. Por eso san Pablo se atreve a decir que, en Jesús crucificado, se manifestó «la debilidad de Dios» (1 Cor. 1, 25). Ni Dios se escapó de la necesidad de *hacerse débil para poder amar*. Lo cual quiere decir que, en esta vida, el que pretende subir, estar por encima de lo demás, ser más importante, ser más fuerte o dominar, en la medida en que haga eso, se incapacita para querer y para ser querido. En esto está el secreto de tantas personas desgraciadas, que a lo mejor se sienten importantes, pero ni se hacen idea del desamparo y el sufrimiento que arrastran y contagian por todas partes.

c) Tener *libertad* no es hacer lo que a uno le da la gana. Porque el borracho, que bebe hasta perder su sano juicio, hace lo que le da la gana cuando se pone de esa manera. Pero el que hace eso no es libre. Es esclavo de la bebida. Y el drogadicto hace lo que le da la gana, cuando se pincha, pero es también un esclavo. Y lo mismo le pasa al que es esclavo del dinero o de su afán de poder y mandar, etc. etc. Tener libertad es no estar atado a nada ni a nadie, para hacer y decir lo que sea necesario para aliviar el sufrimiento ajeno, sobre todo el sufrimiento de los que peor lo pasan en la vida: los pobres, los que se ven despreciados y los que son injustamente tra-

tados por quienes mandan en este mundo. La libertad es verdadera únicamente cuando es libertad *al servicio de la misericordia*. Monseñor Romero fue un hombre libre. Por eso dijo lo que tenía que decir, aunque sabía que aquello le iba a costar la vida. En ese sentido, se puede decir con toda razón que *en este mundo hay tanto sufrimiento porque hay muy poca libertad*. Pocas son las personas que están dispuestas a «complicarse la vida» por evitar injusticias, atropellos o el despotismo de los que se imponen y dominan a los indefensos. Si por todas partes hubiera personas como Monseñor Romero, que no se callaran lo que no se puede callar, sin duda alguna los que se dedican a atropellar los derechos de los pobres, tendrían más cuidado y no gozarían de las facilidades que, de hecho, tienen para robar, humillar y aprovecharse de los indefensos.

Dios es siempre bueno. Pero, tal como está la vida, no es siempre bueno el que, a toda costa no quiere tener conflictos. Jesús fue siempre bueno. Hasta el punto de que un día dijo: «el que me ve a mí está viendo al Padre» (Jn. 14, 9). Ver a Jesús era ver al Padre. Y, sin embargo, Jesús fue un hombre conflictivo. Porque fue libre. Y dijo lo que tenía que decir. Precisamente para ponerse de parte de los que están atropellados por los poderosos. Eso es conflicto seguro. Porque es bondad auténtica.

La conclusión última, que se desprende de todo lo dicho en este capítulo, no se reduce solamente a la bondad que debe caracterizar siempre a quienes creen en Dios. Por supuesto, eso es verdad. Pero hay algo que va más al fondo de las cosas y de la vida. Me refiero al *problema de Dios*. El tema de Dios es un problema para mucha gente. Porque es un tema que molesta, que no hay manera de demostrarlo, y que además, con frecuencia, les crea problemas a algunas personas. Ahora bien, a la vista de lo dicho aquí, *lo primero* que se puede decir es que el problema de Dios no es un *problema de argumentos filosóficos*, sino que es un *problema de bondad*. Una mala persona (un individuo que hace daño o causa sufrimientos) no puede creer en Dios, por más claros y más resueltos que tenga todos sus argumentos filosóficos sobre el tema de Dios.

Lo segundo es que el problema de Dios no es un *problema de prácticas religiosas*. Hay gente que cumple fielmente con determinadas prácticas o ceremonias religiosas, pero no por eso cree en Dios o tiene resuelto el tema de Dios. Hay ateos que están apuntados a varias cofradías, que no se pierden una romería o la procesión del santo al que le tienen no sé qué curiosa devoción. *Lo tercero* es que el problema de Dios tiene mucho que ver con *el sentido de la vida*. Un persona que tiene resuelto el problema de Dios es una persona que le ve sentido a la vida que lleva, aunque las circunstancias le obliguen a tener que aguantar cosas muy desagradables. Pero, si esa persona tiene verdadera fe, aguantará lo que sea sin amargarse y viéndole sentido a lo que tiene que soportar. *Lo cuarto* es que el problema de Dios se resuelve (o se deja de resolver) en *las relaciones humanas*, es decir, en las relaciones que cada uno mantiene con los demás. El Nuevo Testamento dice: «El que no ama (a los otros) no tiene idea de Dios, porque Dios es amor» (1 Jn. 4, 8). Más aún, esta carta de Juan dice también: «El que diga: «Yo amo a Dios» mientras odia a su hermano, es un embustero, porque quien no ama a su hermano a quien está viendo, a Dios, a quien no ve, no puede amarlo» (1 Jn. 4, 20).

En última instancia, se puede decir que el problema de Dios se plantea y se resuelve en dos cosas: 1) el *comportamiento ético* correcto; 2) el *sentido de la vida*, que, no obstante el «sin sentido» de lo que tenemos que soportar en este mundo, mantiene siempre viva la esperanza, incluso ante el oscuro e inevitable horizonte de la muerte.

JESÚS DE NAZARET, EL HIJO DE DIOS

1.- ¿QUIÉN FUE JESÚS DE NAZARET?

Jesús de Nazaret fue un judío que nació, vivió y murió en Palestina, un país pequeño que está situado en Asia, donde está el actual estado de Israel (judío) y el estado Palestino (musulmán). Es pequeño territorio al que los cristianos han llamado, durante siglos, «Tierra Santa».

Jesús nació 7 años (o quizá 6) antes de lo que la gente piensa. Es decir, ahora mismo tendríamos que estar en el año 2009 o quizá en el 2010. Porque, en nuestra cultura, el tiempo se empezó a contar a partir del nacimiento de Jesús. Lo que pasa es que el primero que calculó el año en que nació Jesús (un monje antiguo llamado Dionisio el Exiguo) se equivocó en 6 ó 7 años.

Jesús murió cuando era un hombre joven, concretamente cuando tenía algo más de treinta años. Murió tan joven porque lo mataron. Eso sucedió, según parece, en la tarde del día 7 de abril del año 30.

SU FAMILIA

Los padres de Jesús fueron María y José. Los evangelios que cuentan la infancia de Jesús, que se escribieron bastantes años después de los hechos que describen, dicen que María, cuando estaba ya comprometida con José, pero antes de vivir con él (Mt. 1, 18), tuvo una visión de un ángel del cielo. Ese ángel le dijo a María que iba a tener un hijo, al que le pondría por nombre Jesús (Lc. 1, 31). Y le dijo también que su hijo Jesús «sería reconocido como hijo del Altísimo» (Lc. 1, 32) o, lo que es lo mismo, que «lo llamarían hijo de Dios» (Lc. 1, 35). Sin duda, esto se refiere a lo que pensaban los cristianos cuando se escribieron los evangelios. Pero mucho antes, cuando Jesús andaba por la tierra, lo que la gente pensaba de él es que era hijo de José (Lc. 3, 23), de manera que, en el pueblo donde vivía la familia, todos los vecinos estaban

convencidos de que José era efectivamente su padre (Lc. 4,22). Incluso la misma María le dijo un día a Jesús: «Mira que tu padre (José) y yo te andábamos buscando» (Lc 2,48).

Se suele decir que Jesús nació en Belén, un pueblo que está cerca de la capital, Jerusalén (Mt. 2,1; Lc. 2,4-7; Jn. 7,42). Pero ahora hay quienes piensan que lo más probable es que nació en el pueblo donde vivía su familia, Nazaret. Porque, según parece, lo de Belén es una cosa que contaban los primeros cristianos para indicar que Jesús provenía de la familia del rey David (Rom. 1, 3-4; Mc 10, 47; 12, 35-37; Mt. 9, 27; Le 3, 31), que era de Belén (Jn. 7, 42). Además, a Jesús le llamaban el «Nazareno» (Mt. 21,11; 26,71; Mc. 1,24; 10,47; 14,67; 16,6; Lc. 4,34; 18, 37; 24,19; Jn. 18, 5. 7; 19, 19; Hech. 2, 22; 3, 6; 4, 10; 6, 14; 22, 8; 26, 9). Y a los primeros cristianos los llamaban «la secta de los nazarenos» (Hech. 24, 5). Todo esto parece indicar que Jesús había nacido efectivamente en Nazaret.

Los evangelios dicen que Jesús tuvo cuatro hermanos, que se llamaban Santiago, José, Judas y Simón (Mc. 6, 3; Mt. 13, 55). Y dicen también que tuvo «hermanas» (Mt. 13, 56; Mc. 6, 3), lo que supone que eran, por lo menos, más de una. Cuando los evangelios hablan de estos hermanos de Jesús, ¿se refieren a «hermanos carnales» o quieren decir simplemente «parientes»? Es verdad que había una costumbre oriental que extendía el apelativo de «hermano» a los «parientes» en general (Gen 13, 8; 14, 14; 29, 12). Y hay quienes dicen que Santiago y José eran, al parecer, hijos de una María distinta de la madre de Jesús (cf. Mt. 27, 56). Sin embargo, si nos atenemos al significado y al uso de la palabra que utilizan los evangelios, tenemos que reconocer que el término griego *adelphós*, que es el que ponen los evangelistas para designar a los hermanos de Jesús, siempre que aparece en el Nuevo Testamento, para referirse a relaciones de parentesco, indica (sin una sola excepción) «hermanos carnales». Sería muy raro que, en el único caso de los «hermanos» de Jesús, sin dar explicación alguna, la

palabra griega *adelphós* tuviera el sentido de «pariente», cosa que sí ocurría en el lenguaje hebreo. Pero resulta que los evangelios están escritos en griego, no en hebreo. Por lo demás, hace ya muchos años, el conocido teólogo católico Karl Rahner recordaba un texto de Clemente de Alejandría que, a finales del siglo II, atestiguaba que “algunos dicen” que María (después del parto) fue “hallada virgen”, mientras que “aún ahora la mayoría defiende un parto totalmente normal”. Y sabemos que la idea original del “parto virginal” proviene de los evangelios apócrifos, es decir, de escritos que la Iglesia no ha reconocido nunca como auténticos y oficiales.

LA EDUCACIÓN QUE RECIBIÓ

Lo primero que hay que decir aquí es que, si Jesús fue de mayor un hombre que tuvo tanta honradez, tanta bondad, tanta generosidad, todo eso tenía que tener su explicación (como le pasa en esta vida normalmente a casi todo el mundo) en que se crió y se educó en un ambiente familiar en el que vivió y aprendió a ser tan buena persona. Por eso, cuando se leen los evangelios y en ellos vemos cómo la gente quería y admiraba a Jesús, hasta quedarse asombrada de lo que hacía y decía, lo primero que se nos tendría que ocurrir es: ¡Qué categoría de padres tuvo que tener este hombre! Porque una personalidad tan grande como la de Jesús es una cosa que no se improvisa. Ni resulta así por casualidad. Eso es lo que heredó de su madre y se lo transmitió su padre. Así funcionan las cosas en este mundo. Y sabemos que Jesús fue un hombre que, como todos los hombres, empezó por ser un niño que crecía y se hacía cada día más fuerte, aprendiendo y haciéndose más discreto y más sabio (Lc. 2, 40. 52).

Los padres de Jesús eran gente muy religiosa. Y de acuerdo a sus creencias educaron a su hijo. Los evangelios nos informan que María era una mujer creyente (Lc. 1, 45), que aceptó los designios de Dios (Lc. 1, 38), aunque seguramente no siempre los entendía (Lc.1,34). Además, ella vivía intensamente la piedad y la

gratitud hacia el Señor (Lc.1, 46-55). Por su parte, José era un hombre honrado (Mt. 1, 19), incapaz de hacer daño o quitarle la fama a nadie (Mt. 1, 19) y siempre obediente a lo que Dios le mandaba (Mt. 1, 20-25). Por eso, cuando nació Jesús, sus padres hicieron lo que hacían todos los judíos piadosos: la circuncisión (Lc. 2, 21), la presentación de la madre y el niño en el templo (Lc. 2, 22-24), las peregrinaciones anuales a la capital, Jerusalén, como hacían los judíos cumplidores de sus deberes (Lc. 2,42-50).

Pero, además de todo esto, Jesús tuvo que darse cuenta de que sus padres tenían algunas ideas que no eran compartidas por todos los ciudadanos de aquel tiempo. María, como hemos dicho, creía en Dios. Pero en un Dios «que derriba de su trono a los poderosos» y que «levanta a la gente de condición humilde»; que «llena de bienes a los que pasan hambre» y que «despide a los ricos con las manos vacías» (Lc. 1,52-53). O sea, la madre de Jesús no creía en el mismo Dios en el que creen los poderosos y los ricos. Su fe estaba puesta en el Dios de la gente humilde y pobre. Por su parte, José debió de ser un hombre muy distinto del «san José» que nos pintan en las estampas, un anciano encantador con sus barbas blancas y una flor de nardo en una mano. José fue un hombre justo, amante de la justicia y seguramente de la liberación de su pueblo oprimido por la dominación del Imperio y del emperador de Roma. Cuando Jesús, ya hecho un hombre y un predicador ambulante, fue a Nazaret, su pueblo, se puso a explicar al profeta Isaías (Is. 61, 1-2). Pero lo hizo de manera que no quiso mencionar «el desquite o la venganza de Dios» (Lc. 4, 18-19). Cosa que extrañó a la gente del pueblo. Y por eso decían: «Pero, ¿no es éste el hijo de José?» (Lc. 4, 22). Lo que parece indicar que los paisanos de Jesús no se explicaban que «el hijo de José» no fuera nacionalista revolucionario. O sea, tenemos datos para pensar que Jesús se educó en una familia en la que aprendió una religiosidad que no está de acuerdo ni con el sistema económico (se lo tuvo que decir su madre, María), ni con el sistema político (se lo tuvo que decir su padre, José). Como veremos más adelante, Jesús no fue nunca un nacionalista violento.

Pero revolucionario, en sus ideas y en su manera de vivir, sí lo fue. Es que lo había aprendido en su casa.

Pero la educación de una persona no se limita a sus ideas y costumbres. Se refiere también a los estudios que tiene. ¿Hizo Jesús algunos estudios? Jesús vivió casi toda su vida en un pueblo sin importancia. Y trabajando como un obrero más. Poco pudo estudiar en tales condiciones. Se sabe que los niños judíos de aquel tiempo iban a la escuela a partir de los cinco años. En la escuela solían aprender a leer. Muy pocos eran los que aprendían a escribir. Además, en tiempo de la dominación de los romanos (que es cuando vivió Jesús), casi todos los ciudadanos eran analfabetos. ¿Fue Jesús uno de aquellos incontables analfabetos? Lo más seguro es que sabía leer. Porque de otra manera, difícilmente se puede explicar que conociera tanto de las Sagradas Escrituras, que discutiera sobre temas de la Biblia y que explicara tan estupendamente algunos textos que nadie entendía. Y una última cosa: además de leer, ¿sabía escribir? Esto ya no está tan claro. Porque, si bien es cierto que el evangelio de Juan cuenta que Jesús se puso a escribir en el suelo cuando los fariseos le llevaron a una mujer que habían sorprendido en adulterio (Jn. 8, 6), también es verdad que hay autores, muy entendidos en este evangelio, que defienden «la posibilidad» de que Jesús se limitara a trazar líneas en el suelo para mostrar que le importaba muy poco la furia hipócrita de aquellos acusadores.

En todo caso, lo que parece seguro es que Jesús no recibió una enseñanza superior en algún centro de estudios en Jerusalén. De hecho, los judíos que escuchaban a Jesús dijeron un día: «¿Cómo éste sabe de letras sin haberlas aprendido?» (Jn. 7, 15).

CÓMO SE GANABA LA VIDA

Por el evangelio de Marcos, sabemos que Jesús era carpintero (Mc 6,3). Y el evangelio de Mateo dice que su padre, José, también lo era (Mt. 13, 55). Pero que nadie se imagine que un carpintero

de entonces era como un carpintero de ahora. Ese oficio, en la actualidad, es un buen oficio. Y una persona inteligente, que se dedica a ese trabajo, gana bastante dinero y suele ser apreciado por sus vecinos. En el caso de Jesús, ciertamente no era así. El evangelio de Marcos nos informa del oficio de Jesús precisamente porque a los vecinos de Nazaret les llama la atención y no comprenden que el carpintero del pueblo hable con tanta sabiduría (Mc. 6,2-3). Se trataba, por tanto, de un oficio poco apreciado.

Pero el problema no está sólo en el mayor o menor aprecio de la gente. Lo más grave del asunto es que los carpinteros de entonces eran gente bastante pobre. Porque la sociedad de aquel tiempo estaba dividida en dos grupos muy desiguales. Arriba estaban los ricos, que eran muy pocos y eran muy ricos. Prácticamente no existía entonces lo que hoy llamamos «clase media», sobre todo en Galilea, la región donde estaba Nazaret. En Galilea, casi todo el mundo pertenecía a los de abajo, el pueblo sencillo. En el pueblo, se podían distinguir tres grupos de personas. Primero, los «campesinos» (jornaleros del campo y pescadores), que ganaban para ir tirando, pasar la vida, y nada más. Por debajo, estaban los «artesanos» (los que hacían oficios como el de Jesús), que se quitaban el hambre como podían. Y en lo más bajo de la sociedad estaban los «miserables» (mendigos, lisiados, vagabundos, leprosos, etc). Todo esto quiere decir, naturalmente, que Jesús llevó una vida dura. Porque fue un obrero que se ganó la vida con mucho trabajo y a duras penas.

¿ESTUVO CASADO?

Ni los evangelios ni los escritores antiguos dicen o insinúan (de alguna manera) que Jesús estuviera casado. Algunos autores modernos han pensado que este silencio es un indicio claro de que Jesús debió estar casado. Porque, en toda la tradición del pueblo judío (según el Antiguo Testamento), el aprecio por el matrimonio es tan grande, que parece impensable que un hombre normal, en

aquella sociedad, no se casara. Eso era una cosa que no tendría sentido, según las estimaciones que ahora hacen algunos.

Pero la verdad es que este argumento no prueba nada. Por una razón que se comprende enseguida. Los evangelios nos informan de las múltiples relaciones que Jesús tuvo con su familia, con sus discípulos, con diversos amigos, con numerosas mujeres. Lógicamente, resulta muy raro que, si efectivamente estaba casado, jamás se hable o se haga alguna insinuación sobre su esposa o sus hijos. Por lo tanto, el total silencio sobre una mujer y unos hijos de Jesús, en contextos en los que se habla de toda clase de relaciones de tipo familiar y de amistad, parece indicar con claridad que nunca estuvo casado.

Si, por otra parte, pensamos que Jesús tuvo grandes amistades con mujeres concretas, como habrá ocasión de ver más adelante, está claro que, si Jesús se quedó soltero, eso no se debió a que (por la razón que sea) le tuviera miedo o rechazo a la mujer y, en general, al sexo. Parece más razonable pensar que Jesús vio claro que, para realizar su misión con plena libertad, era mejor no tener las inevitables obligaciones que lleva consigo el matrimonio y sacar adelante una casa y una familia.

A lo dicho sobre el estado civil de Jesús como soltero, no viene mal recordar una cosa que, por lo demás, es evidente: Jesús nació como laico, vivió como laico y murió como laico. Es decir, él nunca estuvo vinculado al templo o al sacerdocio de su tiempo. Todo lo contrario. Sabemos que sus más grandes conflictos fueron precisamente con los sacerdotes, sobre todo con los sumos sacerdotes y, en general, con los funcionarios religiosos. Esto se explica, ante todo, porque entre los judíos el sacerdocio era cuestión de familia. Sólo podían ser sacerdotes los que pertenecían a la familia de Leví, pero Jesús venía de la familia del rey David. Con todo, el problema es más profundo, como habrá ocasión de ver más adelante.

Cuando tenía algo más de treinta años, Jesús decidió cambiar su forma de vivir. Abandonó su casa, su familia y su trabajo. Y se dedicó por completo a una actividad que la gente de aquel tiempo interpretó como la actividad propia de un «profeta», ya que eso es lo que todo el mundo pensaba de él (Mt. 16,14; 21,46; Mc. 6, 15; Lc. 7, 16; 24, 19; Jn. 4, 19; 9, 17). ¿Por qué tomó Jesús esta decisión?

Lo más lógico es pensar que un cambio de vida tan importante no ocurrió de repente. Sin duda, esto se debió de ir preparando, en las ideas y en la experiencia de Jesús, hasta que él vio que tenía que orientar su vida de otra forma. Lo más seguro es que, en este proceso de cambio, tuvo que influir todo lo que vivió de niño y de joven. Especialmente, la dureza del trabajo que tuvo que soportar y, más que nada, el hambre y la miseria que él vio en su casa y en las casas de sus vecinos. Pero, sobre todo, lo que aprendió de sus padres, como ya se ha indicado. En efecto, de las ideas de su madre, se le tuvo que quedar la impresión del sufrimiento de los pobres, por causa del hambre y la humillación a que se ven sometidos por los potentados y los ricos (Lc. 1, 52-53). Y de las ideas de su padre, le debió quedar bastante claro que el sufrimiento, que unos hombres les causan a otros, no se arregla con la resignación y la paciencia. Si José quería la liberación, como gran parte de los vecinos de Nazaret (Lc. 4,22), Jesús llegaría a la convicción de que el dolor de los que peor lo pasan en la vida no se alivia quedándose con los brazos cruzados. Aunque también es verdad que Jesús nunca compartió la idea de los violentos que, con espadas y machetes, querían echar a los romanos de Palestina. Incluso la noche misma en que lo arrestaron para llevarlo a la muerte, Jesús le dijo a Pedro: «Guarda el machete en su funda» (Jn. 18, 11). Porque el criterio de Jesús es que «el que a hierro mata, a hierro muere» (Mt. 26, 52). O sea, Jesús era totalmente anti-violento. Él sabía que la violencia no se remedia con más violencia.

Por otra parte, como ya se ha dicho, Jesús recibió una educación profundamente religiosa. Aprendió a manejar las Sagradas Escrituras, el respeto y la obediencia incondicional a Dios, el valor y la importancia de la oración, el significado y el alcance de la «profesión de fe» fundamental del judaísmo: «Yahvé sacó a Israel de Egipto». Pero, al mismo tiempo, Jesús se tuvo que dar cuenta de que los grupos oficialmente más «religiosos», en su país, estaban compuestos por hombres que, no sólo no aliviaban el sufrimiento del pueblo, sino que, por el contrario, lo agravaban de muchas maneras.

Así las cosas, lo más lógico es pensar que Jesús vivía en una actitud de búsqueda, impulsada por la inquietud que se palpaba en el ambiente. Posiblemente, por eso nunca se decidió a casarse. Hasta que un día se enteró de algo que le interesó vivamente. En las orillas del río Jordán (Lc. 3,3), había empezado a predicar un hombre extraordinario, que venía del desierto (Mc. 1, 4), bautizando a la gente «para que se les perdonaran sus pecados» (Mc. 1, 4). Aquello produjo una profunda conmoción en toda la región de Judea y hasta en la capital Jerusalén (Mc. 1, 5). Se formaron grandes colas de gentes de todas clases, que preguntaban lo que tenían que hacer (Lc. 3,10-14). Allí también acudió Jesús. Y se puso en la cola, como uno de tantos, entre aquella «raza de víboras» (Lc. 3,7). Está claro, por tanto, que Jesús se veía a sí mismo como un ser humano normal, como uno que, con toda naturalidad, se pone en la cola de los pecadores.

Y fue en el momento, en que Jesús se hizo bautizar por Juan, cuando ocurrió algo extraordinario, que marcó la vida y el destino de Jesús hasta su muerte. Los evangelios cuentan que, en aquel momento, Jesús vio el cielo abierto, de donde bajó una paloma y se posó sobre él, y además se oyó una voz de lo alto que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien yo me agrado» (Mc. 1, 11; Mt. 3,17).

Sobre estas palabras, hay que decir varias cosas. 1) Que, en esas palabras, quien habló fue Dios. 2) Lo que Dios hizo fue

repetir un dicho famoso del profeta Isaías (42, 1. 3) Estas palabras son el comienzo de lo que se llama «los cantos del Siervo de Yahvé». 4) Este misterioso siervo tenía por misión identificarse y fundirse con el pueblo, sufrir y morir por aquel pueblo, para liberar (de esa manera) a la gente que tanto sufría (Is. 52, 13-53, 12).

En aquel momento decisivo, Jesús vivió y sintió todo esto. Y por eso, se dio cuenta de dos cosas: 1) Dios le pedía a él que cumpliera la *misión* del Siervo, que era liberar al pueblo de tanta miseria y de tanto sufrimiento. 2) Dios le decía *cómo* tenía que cumplir aquella misión: *de ninguna manera imponiéndose al pueblo y dominando a la gente, sino identificándose con todos los que sufren*. Porque únicamente pasando por lo que pasan los demás, sólo así se puede ayudar a los que sufren y están abajo en la vida y en la historia. El autor de la carta a los hebreos lo dice de manera admirable: «porque, por haber pasado él la prueba del sufrimiento, por eso puede auxiliar a los que ahora la están pasando» (Heb. 2, 17-18). En esta vida, ayuda a los demás el que se funde con ellos y pasa por donde pasan ellos. Eso exactamente es lo que hizo Jesús. De manera que, de esta *ley de la identificación con el otro*, no se escapó ni Dios. Al decir esto, estamos tocando las entrañas del misterio de la encarnación.

Así, a partir del momento de su bautismo, la vida de Jesús fue radicalmente distinta, dejó de ser un desconocido trabajador de un pueblo sin importancia. Y empezó a ser el profeta que Dios envió a su pueblo.

UN HOMBRE CONFLICTIVO

Que Jesús fue un hombre bueno, generoso y heroico, eso es algo que nadie pone en duda. Pero esto no quiere decir que se llevó bien con todo el mundo. Ni tampoco quiere decir que todos le apreciaron y le quisieron. Todo lo contrario. A Jesús le pasó lo que, antes de él, les había pasado a todos los profetas. Más aún, Jesús tuvo más conflictos que todos los demás profe-

tas. Y por eso su final fue mucho peor, más cruel, que el de todos los profetas anteriores.

Tenía que ser así. Porque ni entonces, ni ahora vivimos en una sociedad en la que todo el mundo es bueno y en donde reinan la armonía, la verdad y la justicia. De sobra sabemos que, lo mismo en tiempos de Jesús que ahora, hay malas personas que, por el ansia de poder, la pasión por el dinero y el deseo de prestigio, atropellan a quien sea necesario, con tal de conseguir lo que quieren o mantenerse donde están. Ahora bien, estando así las cosas, cualquiera comprende que, si uno quiere ser honrado y buena persona, no puede pretender llevarse bien con todos, lo mismo con los que causan el sufrimiento que con las víctimas del sufrimiento. En la vida hay que optar o por unos o por otros. Porque es evidente que quien pretende estar con todos, por eso mismo se hace cómplice del dolor y la humillación de los vencidos. O sea, dicho con toda claridad: a las buenas personas, si es que de verdad quieren serlo, *no les queda más remedio que terminar siendo personas conflictivas.*

Pero en la sociedad en que vivió Jesús, se daba una circunstancia que, en gran medida, hacía que todo esto resultara más complicado. El problema más delicado allí estaba en que los que causaban los mayores sufrimientos no eran los oficialmente «malos», sino los que, por vocación y por oficio, tenían que ser los «buenos». Dicho más claramente, los causantes del sufrimiento del pueblo no eran las gentes «sin religión», sino precisamente los hombres y los grupos «más religiosos». De ahí que los conflictos de Jesús no se provocaron con los pecadores, con los herejes, con las personas convencionalmente consideradas de «mala vida». Todo lo contrario, el conflicto de Jesús no fue con los incrédulos e inmorales, sino con la «religión». Por eso, cuando lo sentenciaron a muerte, para ejecutarlo como un malhechor, los dirigentes religiosos dijeron: «Nosotros tenemos una Ley, y según esa Ley tiene que morir» (Jn. 19, 7). Es decir, a Jesús lo mató la gente religiosa.

Precisamente porque Jesús quiso que los que allí mandaban, no se aprovecharan del santísimo nombre de Dios y de la religión, para dominar al pueblo y hacer sufrir a la gente.

SU VIDA ACABÓ EN EL FRACASO

Jesús tuvo un final que da miedo pensarlo. Cuando él se dio cuenta de lo que se le venía encima, se puso a rezar, «a gritos y con lágrimas (a Dios) que podía librarlo de la muerte» (Heb. 5, 7). Y es que había entrado en una profunda depresión (Mt. 26, 37). Estando así, denunciado y acusado a base de mentiras y calumnias (Mt. 26, 59-61; Mc. 14, 56), torturado (Mt. 26, 27-30), fue condenado a morir colgado de una cruz, el suplicio en el que acababan su vida, en aquel tiempo, los delincuentes peligrosos, si eran esclavos, y, sobre todo, los que eran acusados de ser agitadores y subversivos contra el Estado.

La muerte en la cruz era, por supuesto, un tormento cruel y espantoso. Pero lo más duro de aquella forma de morir era la descalificación social. El que era crucificado era expulsado de la sociedad como un indeseable y un maldito, no sólo por parte de los poderes públicos, sino sobre todo por parte de los dioses (en el caso de los ciudadanos del Imperio) o por parte de Yahvé, si es que se trataba de un judío. Además, y para colmo, Jesús se vio, en semejante situación, completamente abandonado y solo. Sus seguidores y amigos, «abandonándole, huyeron todos» (Mc. 14, 50). Y, lo que es más grave, se sintió desamparado también por Dios, cosa que expresó dando un grito instantes antes de morir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mc. 15, 34; Mt. 27, 46). El evangelio de Lucas nos informa que, aun así y todo, sus últimas palabras fueron: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc. 23, 46). La fe de Jesús, incluso en aquella oscuridad, fue más fuerte que la muerte.

Lo que más impresiona en la vida de Jesús es que fue un hombre bueno y honrado. Con todas las consecuencias, que lleva consigo la bondad, la honradez, cuando esa bondad toca hasta el fondo de la vida de una persona. Porque cuando eso es así, tenemos un hombre completamente libre. Con una libertad que no se utiliza para hacer lo que a uno le da la gana, sino que es *la libertad al servicio de la misericordia, para remediar el sufrimiento humano*.

Ahora bien, cuando una persona vive así, es una persona que resulta irresistiblemente atrayente para unos, pero también sumamente sospechosa, desconcertante y hasta escandalosa para otros. Porque enfrentarse en serio al sufrimiento de este mundo es algo que no se puede hacer impunemente. Por eso, el conflicto que soportó Jesús por defender a las víctimas es lo más grande que hay en su vida. Y también lo más doloroso. Pero no olvidemos nunca que aquel conflicto es lo que le dio a Jesús esa grandeza y esa ejemplaridad que hoy tanto nos impresionan.

Por eso, los que se pasan la vida intentando agradar a todos, ser famosos, subir y triunfar a toda costa, a lo mejor lo consiguen. Pero es seguro que ese tipo de personas se van de este mundo sin dejar rastro que valga la pena recordar. Porque sólo fueron útiles para ellos mismos. Para nadie más. Y eso es triste.

2. JESÚS Y DIOS

EL SILENCIO SOBRE DIOS

En el capítulo anterior, se ha explicado quién fue Jesús de Nazaret. Pero se ha explicado eso de tal manera que quien haya leído ese tema tendrá, sin duda, la impresión de que aquí se habla de Jesús como se podría hablar de cualquier otro hombre. Un hombre genial y extraordinario, eso por supuesto. Pero, a fin de cuentas, un hombre y nada más que un hombre. Y entonces, ¿qué queda de Dios? ¿No se ha dicho siempre que Jesús es el Hijo de Dios? ¿No se ha dicho, por lo tanto, que Jesús es Dios? ¿Es que eso ya no es verdad? Y, sobre todo, ¿es que eso ya no es una de las verdades más fundamentales de nuestra fe cristiana?

Ocurre además que, en los tiempos que corren ahora, con lo revueltas que andan las ideas y las cosas de la religión, hay gente que se entusiasma con todo lo de Jesús y el Evangelio, pero algunos de ellos no creen en Dios. Son personas que están empeñadas en cambiar las cosas de «este» mundo, pero a quienes el «otro» mundo, ni les importa, ni les interesa. Por eso, se imaginan a Jesús de Nazaret como un hombre entrañable, entregado a la causa de los pobres y denunciando las injusticias que cometen los poderosos y los ricos. Pero, al mismo tiempo, resulta que ese Jesús, como que no es divino, ni el Señor del cielo y la tierra, que nos enseñaron antiguamente. Incluso hay quienes acusan a los teólogos de la liberación de algo de esto. Porque, en algunos de sus escritos, parece que dan la impresión de andar más preocupados por el hombre que por Dios. Y, por tanto, más interesados por liberar a los hombres de la injusticia y la pobreza que por redimirlos del pecado que, en sus raíces más hondas, es la causa de todas las formas sociales e históricas de la opresión que se sufre en este mundo.

¿Qué se puede pensar de todo esto? ¿Qué hay que decir sobre este asunto?

Quien quiere conocer a Cristo, quien quiere conocer al Señor, quien quiere conocer a Jesús como Hijo de Dios, si *empieza por Dios*, ni conoce a Jesús, ni se entera de quién es Cristo y, menos aún, de quién es Dios o cómo es Dios.

No es difícil comprender por qué, para conocer a Dios, no se puede empezar por Dios. La razón es clara: como ya he dicho, Dios no está a nuestro alcance. Porque, por definición, Dios es el Trascendente, o sea el que «trasciende» y, por eso mismo, está «más allá» de lo que nosotros podemos entender y, menos aún, comprender en todo su indecible misterio y profundidad. Es verdad que san Pablo les echa en cara a los ciudadanos del imperio romano (los que no eran judíos) el desconocimiento que tenían de Dios, porque se debían haber servido de su inteligencia, para conocerlo. Por eso, Pablo les dice que «no tienen excusa» (Rom. 1,19-20). Lo que pasa es que san Pablo no se refería exactamente a que aquellos romanos fueran ateos, puesto que «conocían a Dios» (Rom. 1,21). El tremendo error de aquellos hombres estuvo en que no le dieron a Dios ni la «gloria» ni la «gratitud» que se merece (Rom. 1,21). Y por eso, terminaron conociendo mal a Dios y portándose de manera vergonzosa (Rom. 1,21-32).

Pero el problema que aquí se nos plantea es distinto. No se trata simplemente de saber que hay Dios y de tributarle la gloria y la gratitud que le es debida. Se trata de conocer y comprender lo más profundo, lo más misterioso, lo más asombroso que hay en Dios. Y eso, como es natural, no está al alcance de los seres humanos.

Más aún, si se piensa despacio en este asunto, enseguida se da uno cuenta de que el conocimiento de Dios es un problema tan complicado que, en realidad, no tiene solución. Por una razón muy sencilla. Decimos que Dios hizo el mundo. Y sabemos que, en este mundo, hay demasiado sufrimiento, demasiadas desgracias y demasiadas contradicciones. Pero, entonces, si es que Dios hizo así las cosas, ¿cómo podemos decir que Dios es infinitamente

bueno y, al mismo tiempo, infinitamente *poderoso*? Si el mundo y la vida le salió así a Dios, o es que no lo puede todo o es que no es tan bueno como pensamos. Y conste que aquí no vale responder que Dios «permite» el mal, para sacar de ahí un mayor bien. Como, por ejemplo, si un dentista le tiene que sacar un diente a su hijo y, naturalmente, le hace daño, enseguida decimos que el papá permite ese dolor, para obtener de esa manera un bien mayor, que es la curación del hijo. Pues lo mismo (aseguran algunos) haría Dios con nosotros. Permite el dolor y el sufrimiento, para que así nos santifiquemos y ganemos méritos para el cielo.

Dar esta respuesta al problema del mal en el mundo es, en el fondo, una tontería. Porque el ejemplo del dentista no resuelve nada. Ya que eso, lo único que demuestra es que el dentista no es infinitamente poderoso. Por eso, si le hace daño al hijo, o es que no puede hacer las cosas de otra manera, o es que no quiere a su hijo tanto como parece.

Por eso hay quienes dicen -y no les falta razón- que el problema de Dios, por el camino de los argumentos y las razones del entendimiento humano, no tiene salida ni tiene solución. Entonces, ¿cómo podemos nosotros conocer a Dios?

EL HOMBRE JESÚS DE NAZARET, REVELACIÓN DE DIOS

En los escritos del Nuevo Testamento, se dice, en distintos sitios y desde diversas tradiciones, que el hombre Jesús de Nazaret fue (y sigue siendo para nosotros) la revelación de Dios. Dicho de otra manera, Jesús es quien nos ha dado a conocer *quién* es Dios y *cómo* es Dios.

Esto es lo que se dice claramente, ante todo, en el evangelio de Juan: «A Dios nadie lo ha visto jamás. El Hijo único del Padre... es quien nos lo ha dado a conocer» (Jn. 1, 18). Al afirmar que a Dios nadie lo ha visto jamás, el evangelio no se refiere simplemente, como es lógico, a que Dios no es un objeto visible para nuestros ojos. Eso

ya lo sabe todo el mundo. Cuando el evangelio dice que a Dios nadie lo ha visto jamás, lo que quiere afirmar es que Dios no está a nuestro alcance y que, por tanto, no lo podemos conocer. Y cuando el mismo evangelio asegura que ha sido el Hijo único del Padre quien nos lo ha dado a conocer, lo que está diciendo san Juan es que Jesús, el hombre Jesús, es quien nos ha enseñado el misterio profundo de Dios. En aquel hombre, que fue Jesús, aprendemos todo lo que tenemos que saber sobre Dios. Y es claro que, según el evangelio, nosotros no tenemos otro camino ni otro medio para saber cómo es Dios.

Esto mismo queda más claro aún en unas palabras que el mismo Jesús le dijo al apóstol Felipe. Este hombre le pidió un día a Jesús: «Señor, muéstranos al Padre, y con eso tenemos bastante» (Jn. 14, 8). En los escritos del Nuevo Testamento, el «Padre» es «Dios». Por tanto, cuando Felipe le pide a Jesús que le muestre al Padre, en realidad, lo que le pide es que le diga cómo es Dios. Ahora bien, la respuesta de Jesús es clara y terminante: «Tanto tiempo que estoy con vosotros, ¿y todavía no me conoces, Felipe?» (Jn. 14, 9). Lo que aquí llama la atención es que Felipe pregunta por el conocimiento *de Dios*, pero Jesús le responde refiriéndose al conocimiento de él mismo, *de Jesús*. Y es que el propio Jesús añade enseguida algo que es el secreto de todo: «Quien me ve a mí, ve al Padre» (Jn. 14, 9). De todas maneras, aquí hay una cosa que no debe pasar inadvertida. Felipe le pide a Jesús que le enseñe algo sobre el conocimiento de Dios. Pero resulta que Jesús, para explicar lo del conocimiento de Dios, no alude a lo que él enseñaba *con sus doctrinas*, sino a lo que en él se veía, lo que enseñaba *con su vida*, lo que expresaba su persona y su manera de ser.

En la carta a los colosenses, se viene a decir también que Jesús nos da a conocer a Dios, aunque eso se dice, en este caso, de otra manera. El autor de esta carta, afirma que Cristo es la «imagen del Dios invisible» (Col 1, 15). La «imagen» es algo visible en donde se refleja y se da a conocer algo o alguien que no vemos. En este sentido, la «imagen» es el medio de llegar al conocimiento de lo que (o de

quien) se representa en esa imagen. Por otra parte, es importante tener en cuenta que la imagen, por su naturaleza misma, tiene que ser distinta de lo que representa. Precisamente por eso es imagen. Por tanto, decir que Cristo, en cuanto *Dios*, nos da a conocer a Dios, sería lo mismo que destruir la imagen o sencillamente prescindir de ella. No. Se trata de que el hombre, que fue Cristo (el Mesías), nos refleja a Dios, nos representa a Dios y *en ese hombre vemos a Dios*. Eso es lo que hacen todas las «imágenes» y para eso son.

También en los evangelios de Mateo y de Lucas hay unas palabras de Jesús que son muy elocuentes en cuanto al conocimiento que nosotros podemos tener sobre Dios. Jesús lo dijo de esta manera: «Ninguno conoce cabalmente al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce alguno cabalmente sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt. 11, 27; Lc. 10, 22). Para lo que aquí estamos tratando, en estas palabras de Jesús, hay dos cosas muy claras. La primera es que solamente el Hijo, o sea Jesús, es quien conoce cabalmente a Dios. La segunda es que solamente puede conocer a Dios aquel a quien Jesús se lo quiere revelar. Aquí no entramos en la complicada cuestión de si Jesús revela el conocimiento de Dios solamente a los que conocen la Biblia o solamente a los cristianos. Eso solamente Jesús es quien lo puede saber. Lo que sí está claro, en el Evangelio, es que eso de conocer a Dios no se consigue como la mayor parte de la gente se imagina. Porque el mismo Jesús, refiriéndose precisamente a este asunto, dijo: «Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has dado a conocer a la gente sencilla» (Mt. 11, 25; Lc. 10, 21). Ya expliqué antes que la expresión, «gente sencilla», es la traducción de una palabra griega, *nepioi*, que se refiere a los que no tienen significación ni importancia alguna en este mundo. Por lo tanto, Jesús quiso decir que el conocimiento de Dios es algo que se consigue de una manera muy distinta a como se consiguen los demás conocimientos que los seres humanos podemos tener en esta vida. En cualquier caso, el conocimiento de Dios está íntimamente relacionado, de la manera que sea, con

los últimos de este mundo. Este punto es decisivo para lo que después se dirá sobre el tema «Jesús y Dios».

La conclusión, que se deduce de los textos del Nuevo Testamento, que acabamos de ver, es clara: el hombre Jesús de Nazaret es quien nos revela a Dios. Es decir, a Dios sólo lo podemos conocer en Jesús, por medio de Jesús, en su persona y en su vida. Lo cual no quiere decir que quienes no conocen a Jesús, no puedan conocer a Dios. O (lo que es lo mismo) que el conocimiento, que tienen de Dios los que no conocen a Jesús, sea un conocimiento falso. El asunto que aquí se plantea es, por una parte, más profundo. Pero, al mismo tiempo, es bastante más sencillo de lo que algunos se imaginan. Lo veremos más adelante.

A DIOS SE LE CONOCE EN UN HOMBRE

Si algo ha quedado claro, en lo que se ha dicho hace un momento, es que a Dios se le conoce, no elevándose por encima de lo humano o huyendo de la humanidad, sino todo lo contrario. A Dios se le conoce y se le encuentra en lo humano y a través de lo humano. No sabemos si Dios pudo escoger otros caminos para darse a conocer a nosotros. Pero el hecho es que escogió el camino o, si se prefiere, el medio de *lo humano*. Por lo tanto, aquí no vale decir que Dios se nos dio a conocer en Jesús *porque Jesús era el Hijo de Dios y, por eso, Dios mismo*. Porque quien diga eso, lo que en realidad está diciendo es que Dios nos da a conocer a Dios. Y entonces, ¿a qué viene dar ese rodeo? ¿para qué hace falta Jesús como «revelador» y como «imagen» de Dios? Por definición, el «revelador» es distinto de lo que es «revelado». Como la «imagen» es distinta de lo que representa o enseña esa imagen. La cosa, por tanto, está clara: Dios no se revela en Dios. *Dios se revela, se da a conocer, en el ser humano*.

Pero no basta con decir eso. Porque, en realidad, a Dios no lo hemos conocido en *el* ser humano, sino en *un* ser humano. Dios

se nos ha dado a conocer en la persona y en la vida de *un hombre concreto* y determinado. En la persona y en la vida del hombre que fue Jesús de Nazaret. Ahora bien, esto quiere decir que Dios se nos ha revelado en la vida de un hombre que nació pobre, que vivió entre los pobres y gentes marginales de su tiempo, y que murió como un subversivo del «orden establecido» por los hombres del Imperio de este mundo. Además, fue ejecutado, no entre dos ladrones, como se suele decir, sino entre dos *lestaí*, una palabra griega que indicaba a los subversivos. Jesús en medio de ellos, como el más famoso de semejantes individuos. El «orden» de este mundo, el sistema que produce tanto sufrimiento, no soportó a Jesús. Y lo descalificó de la peor manera. A un hombre así es a quien escogió Dios para darse a conocer en este mundo. O sea, Dios no escogió a cualquier hombre para revelarse, para manifestarse a la humanidad. Dios vio claramente que, para darse a conocer, tenía que ser a través de un pobre, de un hombre marginal, perseguido, mal visto y despreciado. Todo esto no pudo ser una casualidad. Ni tampoco una circunstancia cualquiera. Ni siquiera se trata de que así Dios nos enseñaba a nosotros a ser pobres y despreciados. Entre otras cosas, porque ser pobres y despreciados es una desgracia y una humillación que Dios no puede querer para nadie. Sin duda, la explicación de todo esto tiene que estar en otra cosa.

En el evangelio de Juan, hay unas palabras que nos dan la clave para entender este asunto. Se trata de aquello que se dice en el prólogo de este evangelio: «La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn. 1, 14). La «Palabra» (*Lógos*) es, no sólo la revelación de Dios, sino que es Dios mismo (Jn. 1, 1-2). Por eso, cuando el evangelio afirma que la Palabra se hizo carne, no se trata solamente de que Dios se dio a conocer en un hombre, sino de que Dios se hizo hombre. Es decir, Dios se hizo presente en aquel hombre concreto que fue Jesús. Pero lo más importante no es esto. Lo más serio, y también lo más desconcertante, es que Dios se hizo presente, en el mundo, como *sarx*. De ahí que el

evangelio no dice que la Palabra se hizo «hombre», sino que dice: la Palabra se hizo «carne». Ahora bien, en el lenguaje de aquel tiempo, hablar de la carne (*sarx*) era lo mismo que hablar de *lo más débil de la condición humana*. Por eso Jesús les dijo a los discípulos, en el huerto de Getsemaní, que «el espíritu es valiente, pero la carne es débil» (Mt. 26, 41). Es más, para san Pablo, en la carne no hay nada bueno (Rom. 7,18), porque en ella lo único que hay es la ley del pecado (Rom. 7, 25). Es decir, la «carne» es debilidad y una debilidad tan grande que de ella brota la maldad. Lo cual, naturalmente, es la peor debilidad que podemos tener y sufrir los seres humanos.

Por lo tanto, decir que a Dios lo conocemos y lo encontramos en «un» hombre (el hombre Jesús de Nazaret) es lo mismo que decir que *a Dios lo encontramos y lo conocemos en la debilidad*. O sea, no sólo se trata de que a Dios lo encontramos y lo conocemos en lo humano, sino que se trata de que a Dios (al Dios que nos reveló Jesús) solamente podemos conocerlo y encontrarlo en lo más débil de nuestra pobre condición humana. Enseguida veremos lo que esto significa. Pero antes hay que decir otra cosa, precisamente para entender mejor lo de la debilidad.

DIOS ES JESÚS

Los creyentes hemos dicho siempre que *Jesús es Dios*. Y eso es verdad. Además, es una verdad de fe que aceptamos y creemos con gusto. Pero, si se piensa despacio en todo lo que aquí se viene diciendo, pronto se da uno cuenta de que, para afirmar eso de que «Jesús es Dios», antes hay que tener muy claro algo que es previo. Y, en ese sentido, es más fundamental. Se trata de comprender que *Dios es Jesús*.

Todo esto no es un juego de palabras. Ni da lo mismo decir lo uno que lo otro. Al decir que Jesús es Dios lo que en realidad estamos afirmando es que nosotros ya sabemos quién es Dios y

cómo es Dios antes de conocer a Jesús. Y, al mismo tiempo (y sin darnos cuenta), lo que estamos indicando es que no conocemos a Jesús sin conocer a Dios. «Dios» viene a explicarnos quién es «Jesús» y cómo es «Jesús». O sea ponemos al revés lo que dice el Nuevo Testamento. Porque, según los evangelios, está claro que nosotros no conocemos plenamente a Dios, ni sabemos cómo es. Y para eso tuvo que aparecer en la historia de la humanidad aquel hombre que fue Jesús de Nazaret. De acuerdo con lo que ya se ha explicado, Dios se hizo «debilidad» (*sarx*), para darnos a conocer al Dios invisible (Jn. 1,18) y para que quien viera a Jesús estuviera viendo a Dios (Jn. 14, 8-9).

Ahora bien, si efectivamente aceptamos lo que dicen los evangelios, entonces lo que habría que decir, en primer lugar, no es que *Jesús es Dios*, sino más bien que *Dios es Jesús*. Esto para nada niega que Jesús es Dios, pero lo más fundamental que afirma es que, según la revelación, Dios es Jesús. Es Jesús el que nos revela a Dios. Jesús, con su forma de ser y de vivir, es el que nos da a conocer quién es Dios y cómo es Dios.

Todo esto no son puras disquisiciones y teorías, que para poco sirven, sino que es más importante de lo que nos imaginamos. Porque, de acuerdo con lo dicho, cuando se trata de hablar de Dios, no se puede empezar pensando en el Dios que nos enseñaron los filósofos y los sabios de este mundo, el Dios *que se define por el poder*, el poder infinito, al que llamamos el «Omnipotente». Si empezamos por ahí y luego le aplicamos eso a Jesús, entonces nos sale un Jesús que no se parece en nada al que nació en un establo (entre basura y animales), vivió como un pobre trabajador que se quitaba el hambre como podía, y finalmente acabó sus días colgado entre delincuentes como un vulgar malhechor. Por el contrario, si empezamos por Jesús, el hombre Jesús de Nazaret, entonces lo que tenemos que hacer es aplicar a Dios lo que la gente veía en aquel Jesús, que precisamente era lo que atraía tanto a los más pobres, a los más desgraciados y a los más pecadores. O sea, para

decirlo claramente: no se trata de afirmar que Jesús es infinitamente sabio, poderoso, inmenso y todo lo demás que se le suele aplicar a Dios. Todo eso será verdad. Pero en realidad no sabemos cómo es ni cómo se explica. Entonces, lo que tenemos que hacer es empezar por Jesús y decir que Dios es tan bueno y tan humano como fue Jesús. Decir también que Dios es tan sencillo como fue Jesús. Y decir que Dios está tan cerca de todo lo que es debilidad, en este mundo, como estuvo Jesús. En resumidas cuentas: el asunto de Dios y de Jesús no se resuelve aplicándole a Jesús los atributos infinitos del Dios que hemos construido los-hombres, a fuerza de pensar, sino que se resuelve aplicándole a Dios lo que nos enseñó Jesús con su vida, sus costumbres y su manera de comportarse con todo el mundo, tal como lo cuentan los evangelios. En definitiva, la cuestión está en saber si nos fiamos más de lo que pensamos nosotros o de lo que nos enseña Jesús.

Seguramente, lo que nos pasa a todos, con esto de Dios y de Jesús, es que, cuando nos enseñan la religión, lo mismo en los catecismos que en los libros que hablan de estas cosas, siempre se empieza por explicar a Dios. Porque, naturalmente, lo primero es Dios. Y eso se explica de acuerdo con lo que, de una manera o de otra, han dicho siempre las religiones, empezando por la religión del Antiguo Testamento. Y también se explica de acuerdo con lo que han dicho los sabios y los filósofos, que se han ocupado de este tema. De todo eso, lo que resulta es un Dios que se entiende a partir del poder, de la grandeza, de la majestad, de la fuerza que impresiona, sobrecoge y asusta. Ese es el Dios que tienen en su cabeza los que creen en él. Y también los que no creen, ni pueden creer, precisamente porque les han presentado a ese Dios, que se nos hace difícil de entender, aunque hay gente a quien le interesa. Porque es un Dios que, según algunos se imaginan, sirve para sacarnos de apuros, cuando nos vemos en dificultades.

Lo malo de todo esto está en que, una vez que ya nos imaginamos que tenemos claro lo de Dios, entonces se nos dice que Jesús es ese Dios. O sea, que nos acercamos a Jesús *pensando que sabemos*

ya precisamente lo que Jesús vino a enseñarnos porque no lo sabíamos. Con lo cual, lo que hacemos es quitarle a Jesús lo primero que él vino a hacer en este mundo. Y de esa manera, lo que nos pasa es que ni nos enteramos de cómo es realmente el Dios que se nos da a conocer en Jesús. Ni tampoco nos enteramos de lo primero que vino a hacer Jesús en este mundo.

Por lo demás, no viene mal indicar que todo esto no quiere decir que aquel hombre que fue Jesús de Nazaret, cuando andaba por el mundo, supiera todas estas cosas y las tuviera claras en su cabeza. Y menos aún, que todo esto lo supiera la gente que le conocía y le trataba. Precisamente, la equivocación del apóstol Felipe estuvo en que, «después de tanto tiempo con Jesús», no se había enterado de ninguna de estas cosas (Jn. 14,9).

CONCLUSIÓN

Después de todo lo que se ha explicado en este capítulo, parece que se pueden sacar dos enseñanzas:

1. *Jesús cambió el concepto de Dios.* No porque Jesús se inventara un Dios nuevo y distinto del Dios en el que siempre creyeron los judíos. Sino porque, si efectivamente creemos que Jesús es la revelación más plena y profunda de Dios, entonces tenemos que decir que Dios no se comprende a partir del *poder* y la grandeza. Y menos aún, si ahí metemos la *violencia* que, a veces, aparece en el Dios de la Biblia. Hay en Dios algo que es mucho más hondo y que, por tanto, está más en la raíz última de lo que es Dios. El Dios que nos revela Jesús se comprende a partir de la *debilidad*. Porque se comprende a partir del *amor*. Y el verdadero amor entraña siempre necesidad del otro y, por eso mismo, debilidad. El que no se siente débil y necesitado está incapacitado para amar. Por eso san Pablo afirma que lo más profundo y lo más incomprensible que se nos revela en la muerte de Jesús es «la debilidad de Dios» (1 Cor. 1, 25).

2. *Jesús cambió el modo de encontrar a Dios.* Porque, si lo más profundo de Dios es la debilidad, entonces a Dios no se le encuentra *en el poder* de este mundo, por más que se trate del poder más religioso que uno se pueda imaginar. Si estamos convencidos de que lo más hondo de Dios es la debilidad, está claro que cada persona (y también cada institución, incluida la Iglesia) encuentra a Dios, en la medida y sólo en la medida, en que *se hace solidaria con la debilidad*. Por eso Jesús de Nazaret nació débil y pobre, vivió entre los débiles y los pobres, y acabó su vida como el ser más débil, más pobre y más desamparado de este mundo. Viviendo de esta manera y siendo así, Jesús nos dio un ejemplo asombroso que tendríamos que imitar. Pero, si Jesús vivió así y fue así, eso tiene una consecuencia mucho más seria y más importante. De esa manera, Jesús nos dijo, y nos sigue diciendo, que, por encima de todas las teorías que cualquiera se pueda inventar, y también por encima de todas las teologías que haya o que pueda haber, el único camino para encontrar a Dios es unirse, fundirse y confundirse con todo lo que es debilidad, dolor, sufrimiento y pobreza en esta vida. Por eso, a la hora de la verdad, resultará que han encontrado a Dios los que han dado de comer al hambriento, de beber al sediento, los que han vestido al que no tiene qué ponerse, etc., etc. (Mt .25, 31-46). Y conste que los que viven así encuentran a Dios, aunque ni sepan que existió Jesús.

3. DIOS ENTRA POR LOS SENTIDOS

LAS IDEAS Y LA VIDA

A veces se ha presentado la fe en Dios como aceptar una serie de verdades que llegan a nosotros de fuera y las recibimos mediante el oído. El que acepta esas verdades y las cree firmemente, ése es el que tiene fe y, por tanto, ése es el que se encuentra con Dios.

Esta manera de interpretar la fe y el encuentro con Dios es la que muchas veces se enseña y la que se pone en práctica en los catecismos, en los libros de religión y, por lo general, en la organización de las parroquias, de los colegios, de los seminarios y de las universidades. Porque, en todos esos sitios, lo que se enseña son conocimientos, verdades, doctrinas. Para que luego esos conocimientos y esas verdades se transmitan a otros, puesto que se tiene el convencimiento de que así es como se propaga la fe y el encuentro con Dios. Más aún, el Magisterio oficial de la Iglesia actúa también con este mismo convencimiento. Por eso el papa pronuncia tantos discursos y publica tantos documentos. Y algo parecido hacen los obispos. Si se habla tanto y se escribe tanto, precisando siempre con mucho cuidado lo que es verdad y lo que no es verdad, es porque se tiene la idea de que lo que importa, para conocer a Dios y para encontrarse con él, es tener muy claras y muy firmes las verdades sobre Dios, que son (según dicen los sacerdotes) las verdades que enseña la Iglesia.

Por supuesto, las «verdades de la fe» son fundamentales para cualquier persona creyente. Se trata, como es sabido, de las verdades que se afirman en el «Credo» y en los «dogmas» que enseña la Iglesia a los cristianos. Pero, cuando uno piensa despacio en este asunto, enseguida se da cuenta de que aquí falta algo. Y, según parece, algo muy importante.

Empezando por lo más sencillo. Jesús dijo que el conocimiento de Dios se oculta a los sabios y entendidos, mientras que se revela

a los que no tienen nada que decir en este mundo (Mt. 11, 25). Pero, como todos sabemos, los sabios y entendidos son los que saben más verdades y tienen más conocimientos, mientras que los que nada tienen que decir es porque no conocen nada. Por lo tanto, parece bastante claro que lo del conocimiento y el encuentro con Dios le llega a cada persona, no por los conocimientos de los sabios, sino por algo que deben tener muy desarrollado los ignorantes, los que carecen de sabiduría y los que, por tanto, tienen bastante oscuras las pocas verdades que conocen. ¿De qué se trata?

Para responder a esta pregunta, lo más sencillo será echar mano de lo que nos pasa a todos cuando venimos a este mundo. Vamos a ver, ¿cómo se comunica un bebé con su mamá y la mamá con el bebé? Por supuesto, no se comunican mediante ideas, verdades y conocimientos, o sea mediante todo eso que entra por el oído. La cosa es mucho más simple. Y también mucho más honda. La comunicación entre la mamá y el bebé se realiza mediante el tacto, el gusto, el olfato, y también con la «mirada», que no es simplemente el ojo, sino algo que percibimos antes de darnos cuenta cómo es el ojo que nos mira. Naturalmente, esto quiere decir que, en la comunicación humana, hay algo que es anterior a las ideas y a las verdades. Y que, por eso, es más determinante en nuestra vida que las ideas y que las verdades. Porque la vida de los seres humanos no se reduce al conocimiento. La vida humana, antes que saberes e ideas, es gozo y sufrimiento, placer y dolor, alegría y tristeza, compañía y soledad, tacto y contacto con alguien a quien queremos y de quien dependemos (de la manera que sea), entrega y generosidad, libertad y esperanza o, por el contrario, desesperación y odio. Por eso, en la vida humana, es tan determinante la sensibilidad, el afecto, la ternura, la bondad, la compasión, todo lo que produce amor, cariño y donación de unos seres humanos a otros.

En definitiva, todo esto quiere decir que la vida no entra sólo (ni principalmente) por el oído, como nos entra una doctrina. La vida entra en nosotros a través de todo nuestro ser corporal, es decir, la vida se nos mete por los sentidos: por las miradas,

por el tacto, por el gusto y el olfato, por la paz, el sosiego, el reposo, la alegría y el placer que nos proporciona la comunicación entre seres humanos. Sin olvidar, claro está, que en la comunicación también juega un papel de primer orden la transmisión de ideas, de conocimientos y de verdades.

Dicho de una forma más apropiada o, si se prefiere, más técnica, todo esto se reduce a lo siguiente. La comunicación entre seres humanos se puede realizar (y de hecho se realiza) mediante *signos* y mediante *símbolos*. Los signos nos transmiten conocimientos, ideas, mientras que los símbolos son la expresión de nuestras experiencias. Por eso, el lenguaje, las palabras, son un conjunto de signos, por medio de los cuales nos comunicamos nuestros conocimientos. Pero en nuestra vida, además de conocimientos, y antes que cualquier conocimiento, tenemos y vivimos experiencias muy hondas, que no se pueden comunicar mediante palabras. Porque de sobra sabemos que una mirada, la expresividad de un rostro, un abrazo o un beso nos transmiten experiencias que nos dicen más que muchos discursos.

En resumen: las ideas y los conocimientos son importantes en la vida. Y no sólo importantes, sino que son decisivos, porque las ideas que tiene cada uno orientan y determinan decisivamente la vida. Pero, sin duda alguna, más decisivas que las ideas son las experiencias que vivimos. Y también las expresiones de esas experiencias. Ahora bien, mientras que las ideas nos entran por el oído (o quizás por la vista mediante la lectura), la expresión de nuestras experiencias abarca la vida entera. Por eso, el amor o el odio que recibimos, el respeto o el desprecio que nos vienen de los demás, el afecto o la indiferencia que a lo largo de la vida vamos asimilando en nuestra intimidad, todo eso nos marca para siempre. Pues bien, todo eso no nos entra por el oído y mediante ideas, sino que lo percibimos mediante el conjunto de todo lo que en nosotros es sensibilidad, es decir, entra en nuestra experiencia por medio de los sentidos.

Todos sabemos por experiencia que las convicciones y determinaciones más fuertes de nuestra vida, nuestras inclinaciones y afectos más arraigados, o, por el contrario, los malos sentimientos que a veces llevamos en nuestra intimidad más secreta, todo eso no ha brotado en nosotros por cosas que hemos aprendido o escuchado de oídas, sino por experiencias muy fuertes que nos han pasado. Por eso queremos tanto a ciertas personas, por ejemplo a nuestros padres. Y por eso también sentimos tanto rechazo ante gentes que nos han hecho sufrir. Bueno, pues lo mismo nos pasa con Dios. Es decir, la fe en Dios no se hace vida en nosotros como resultado de unos argumentos o teorías que nos llevan a decir: «pues sí, Dios existe y tengo que quererlo». La vida de los seres humanos no funciona así. Y por esto, exactamente por esto, Dios se quiso hacer presente y comunicarse con nosotros mediante un ser humano, un hombre de carne y hueso, al que no sólo se pudo oír, para aprender sus ideas, sino al que, además, se pudo ver y tocar, para palpar y experimentar, sentir y gustar, lo que es y lo que representa la bondad de Dios, la cercanía de Dios, la delicadeza y la ternura de Dios.

Por esto, sin duda alguna, la primera carta de Juan empieza diciendo: «lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos palpado con nuestras manos acerca de la Palabra de la vida» (Jn. 1,1). El autor de esta carta empieza su escrito repasando los sentidos. No sólo el oído. También la vista. Y el tacto. Lo que se ve, lo que se contempla, lo que se toca y se palpa. Pero lo más sorprendente es que todo eso se refiere nada menos que a la Palabra de la vida, que, en el lenguaje de este escrito, se refiere a Dios. O sea, según la primera carta de Juan, llegamos a Dios por los sentidos. Así lo alcanzamos y nos relacionamos con él. Es un Dios que se nos comunica en lo más humano que hay en nosotros. Porque es «la Palabra de la vida». Y bien sabemos

que la vida es, no sólo espíritu, ideas y conocimientos, sino también sentidos y sensibilidad.

Uno de los evangelios donde se dice todo esto con más claridad es el evangelio de Juan, cuando cuenta la aparición de Jesús resucitado a sus discípulos, a los ocho días de la resurrección (Jn. 20, 24-29). Como Tomás, «uno de los Doce» (Jn. 20,24), no estaba con los demás el domingo de Pascua, cuando todos vieron al Señor (Jn. 20, 25), este discípulo dijo sin rodeos: «Si no veo en sus manos la marca de los clavos, y no meto mi dedo en el lugar de los clavos, y no meto mi mano en su costado, no lo creo» (Jn. 20, 25). Al decir esto, aquel Tomás estaba expresando lo que le pasa y lo que siente tanta gente, cuando se le plantea el tema de Dios y de la fe en ese Dios. Son muchos los que dicen «si no lo veo, no lo creo». Y es que, tal como somos y tal como es la vida, lo que vemos, lo que palpamos, lo que sentimos, eso es lo que se nos mete, no sólo en la cabeza, sino en nuestro ser entero y se hace vida en nosotros. Lo demás, lo que no vemos, ni palpamos, ni sentimos, son ideas, teorías, que van y vienen, pero que a la mayor parte de la gente no le interesan. Bien sea porque no entienden las ideas. O quizá también porque, aunque las entiendan, cualquiera se da cuenta de que por un lado van esas teorías y por otros sitios muy distintos va la vida, lo que se ve, se palpa y se siente.

El hecho es que, cuando Tomás vio con sus propios ojos y palpó con sus propias manos que Jesús, al que habían asesinado, estaba vivo, entonces dijo: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn. 20, 28). Es decir, entonces creyó en el Señor, en Dios. Es verdad que, según el relato del evangelio, Jesús añadió: «¡Porque me has visto, has creído! Dichosos los que no han visto y han creído» (Jn. 20, 27). Aquí parece que Jesús elogia y prefiere a los que llegan a la fe en Dios sin necesidad de ver, ni tocar, como exigió Tomás. Lo cual vendría a decir que Jesús, en el fondo, le echa en cara a Tomás sus exigencias de ver y palpar a Dios, para poder creer en él. En definitiva, todo esto sería como decir que Dios prefiere la fe de los que creen sin necesidad de pasar por los sentidos, fiándose sólo de las razones y los argumentos que nos enseñan los libros y los sermones.

Pero no se trata de eso. Para entender por qué el evangelio de Juan puso estas palabras, hay que tener en cuenta que este evangelio se escribió (según parece) bastantes años después de que Jesús se había ido de este mundo. Y también se habían muerto ya casi todos los discípulos que habían oído, que habían visto y que habían palpado con sus manos la presencia de Jesús. Es decir, ya no estaban los que tuvieron la suerte de vivir con él. Entonces, pensando en aquellos discípulos, que creían sin haber visto a Jesús en esta vida, el evangelio les dice que ellos son dichosos por tener la fe que tenían.

Pero, ¿significa esto que la fe en Dios está sólo en las ideas que tenemos en la cabeza y que a la fe se llega sólo mediante los conocimientos que nos enseñan los que saben de religión, los teólogos, los sacerdotes y los catequistas?

LA FE Y LA VIDA

El mismo evangelio de Juan, enseguida de haber contado lo que pasó con Tomás, añade lo siguiente: «Jesús realizó, en presencia de sus discípulos, otras muchas señales, que no se han escrito en este libro. Y éstas han sido escritas para que tengáis fe en que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre» (Jn. 20,30-31). En estas palabras del evangelio hay, por lo menos, dos cosas muy claras: 1) la fe da vida, comunica vida, hace que las personas vivan; 2) la fe tiene su origen y su razón de ser en las señales que hizo Jesús. Pero, cuando el evangelio de Juan habla de «señales» (*semeiá*), ¿a qué se refiere? Por supuesto, se refiere a hechos extraordinarios, portentosos, tales como convertir el agua en vino, en la boda de Caná (Jn. 2,11), curar al hijo de un funcionario del rey (Jn. 4, 54), dar de comer a una multitud enorme de gente que estaba muerta de hambre (Jn. 6,14) o, lo que es más sorprendente aún, el hecho asombroso de devolverle la vida a Lázaro (Jn 11,47). Se suele decir que estos hechos eran «milagros», con lo que naturalmente se quiere indicar que

fueron cosas que no las puede hacer ningún ser humano, sino que solamente es Dios quien las puede realizar. Con lo que el evangelio de Juan nos vendría a decir que Jesús es Dios.

Como es lógico, quien interpreta así las «señales» que cuenta el evangelio de Juan, sin darse cuenta está pensando en el Dios que se define por el poder y se entiende a partir del poder. El poder sobrehumano de quien es capaz de hacer lo que no está al alcance de ningún ser humano. Lo cual es evidente. Porque, ¿quién puede hacer que, de pronto, el agua se convierta en vino? ¿o quién es capaz de que un cadáver, que lleva cuatro días enterrado, vuelva a esta vida y se ponga a andar como si no le hubiera pasado nada? Nadie discute, ni puede discutir, que esas cosas, si es que efectivamente sucedieron así, son «señales» clarísimas de que, en aquel hombre que era Jesús, se hacía presente Dios.

Pero, con decir eso, no está dicho todo. Y menos aún está dicho lo principal. Porque lo más importante no es que en Jesús se hacía presente Dios y, por tanto, se revelaba Dios. Lo decisivo, para la fe y para la vida, está en saber *cómo* se nos revela Dios y, por tanto, *cómo* se nos da a conocer el Dios de Jesús, en las «señales» que cuenta el evangelio. Porque está claro que, si el evangelio de Juan escogió los hechos prodigiosos que escogió y no otros, para presentarlos como las «señas» de identidad del Dios que se revela en Jesús, eso nos está indicando que *tales señales* son las que nos indican *cómo es Dios*. Y, además, nos señalan también *cómo se llega a Dios*, *cómo* se le conoce y *cómo* se le distingue de cualquier falsificación de lo divino.

Esto supuesto, hay una cosa que resulta evidente para cualquier persona que se pone a leer despacio el evangelio de Juan. Se trata de lo siguiente: todas las «señales» que escogió este evangelista se refieren a la vida. Porque son hechos que dan vida, que devuelven la vida a quien la tiene limitada o incluso perdida, y que hasta alegran la vida a quienes se les acaba lo que necesitan para divertirse en una fiesta. Todo eso, ni más ni menos, es hacer que la

gente beba un excelente vino en una boda (Jn. 2, 1-11), devolverle la salud a un joven que se está muriendo (Jn. 4, 46-54), sanar a un pobre paralítico que lleva treinta y ocho años sin poder moverse (Jn. 5, 1-9), hacer que se harten de comer varios miles de personas que, en un descampado, no tienen qué llevarse a la boca (Jn. 6, 1-14), darle la vista a un ciego de nacimiento (Jn. 9, 1-38) y, más significativo que todo lo anterior, devolverle la vida a un difunto que, después de cuatro días enterrado, está en proceso de descomposición (Jn. 11, 1-46). En todos estos casos lo que está en juego es *la vida*. No la «otra» vida, sino la «vida».

Es verdad que el evangelio de Juan, a veces, habla de la vida «eterna». Pero también es cierto que el autor de este evangelio, con frecuencia, habla lo mismo de la *vida eterna* que de la *vida* sin más (Jn. 3, 36; 5, 24. 39-40; 6, 53-54; 12, 25). Lo cual quiere decir que para este evangelio la «vida» es una totalidad, que es ya la vida presente, la vida actual, pero una vida que tiene tal plenitud que, con toda razón, se la puede llamar vida «eterna», en cuanto que es una vida con tal fuerza y tan sin límites, que no podrá con ella ni la muerte misma.

En todo caso, no olvidemos algo importante: el evangelio de Juan utiliza más veces la palabra «vida», sin adjetivo alguno, que la expresión «vida eterna». El sustantivo «vida», aparece 24 veces en este evangelio. La vida «eterna», 17 veces. Y en cualquier caso, siempre hay que tener presente que las «señales», que presenta Juan para hablar de la vida, son todas ellas *manifestaciones y formas concretas de la vida de los seres humanos en este mundo*: comer, beber, curarse de una enfermedad, ver y, lo que es más elocuente que nada, hacer que uno (Lázaro), que ya estaba en la «otra» vida, volviera a «ésta» vida.

La cosa, por tanto, parece bastante clara. Dios se reveló en Jesús, especialmente en las «señales» que realizó. Pero es evidente que no puede ser casual, ni secundario, que tales «señales» en las que se conoce a Dios son manifestaciones de la vida, de la

salud, de la felicidad y la alegría de vivir. Insisto en que todo esto nos habla de una plenitud de vida a la que, con toda verdad, se puede llamar «vida eterna», porque trasciende los límites de este mundo. Pero quede claro que en ninguna parte hay razones para poder afirmar que la vida en la que podemos encontrar a Dios es la «otra» vida. Todo lo contrario. El que no encuentra a Dios en «esta» vida, no lo encontrará jamás.

DIOS Y LA VIDA

La vida no se reduce, ni se manifiesta solamente en lo que sabemos, en lo que pensamos, en las ideas o los conocimientos que cada cual tiene en su cabeza. Junto con todo eso, y antes que nada de eso, la vida de los seres humanos se siente, se palpa, se ve. Es sensibilidad y sentimiento, es atracción y rechazo, afecto y des-afecto, amor y odio, gozo y sufrimiento, ternura y crispación, etc., etc. Pero todos sabemos que estas experiencias (unas más superficiales, otras más profundas) nos *entran por los sentidos*. Y se expresan *a través de los sentidos*.

Ahora bien, si es cierto que a Dios lo encontramos en la vida, de eso se sigue que Dios (el Dios que nos revela Jesús) se ha fundido con la vida. La vida que nos entra por los sentidos. La vida que percibimos, antes que por el lenguaje y los conceptos que nos transmiten las palabras y las frases, por medio de los símbolos que, en cada cultura, nos hacen vivir y compartir las experiencias fuertes, que determinan lo que cada uno es, incluso lo que cada uno piensa y hace o deja de hacer. Esto quiere decir que a Dios lo encontramos, por supuesto, en las verdades que la Biblia y la Iglesia nos enseñan sobre Él. Pero, antes que en ninguna verdad, en ningún dogma o en ningún «credo», al Dios de Jesús lo encontramos todos en la vida. Esa vida que nos entra por los sentidos. Es decir, a Dios lo encontramos, ante todo, por lo que vemos y sentimos, por lo que palpamos con nuestras propias manos, por todo aquello que, al sentirlo, se hace vida en nosotros.

Cuando Jesús se despedía de los discípulos que vivieron con él, pronunció una larga oración a Dios en la que, entre otras cosas, dijo esto: «No pido por éstos solamente, sino también por los que crean en mí por medio de su palabra» (Jn. 17, 20). Nosotros hoy no podemos ver ni tocar a Jesús. Y, si Jesús es quien nos revela a Dios, es evidente que tampoco podemos ver ni tocar a Dios. Entonces, ¿cómo podemos conectar nosotros con Jesús y, por medio de Jesús, con Dios?

Siempre se ha dicho que para eso tenemos «la palabra» de los que vivieron con Jesús. Esa palabra, que nos recuerda las enseñanzas de Jesús, es el testimonio que hace que nosotros podamos creer en Jesús. Y esto es verdad. Tenemos fe porque aceptamos la enseñanza de los discípulos de Jesús y nos fiamos de lo que ellos nos dijeron. Pero esto no es nada más que una parte de la verdad. Los primeros discípulos creyeron, no porque escucharon las lecciones de un profesor que les dio unas ideas muy claras y unos argumentos muy fuertes. Los primeros discípulos creyeron porque vieron con sus ojos a Jesús. Porque palparon con sus manos lo que fue aquel hombre extraordinario. Porque compartieron la vida con él. El ciego creyó porque lo vio (Jn. 9, 37-38). El discípulo que entró en el sepulcro vacío, «vio y creyó» (Jn. 20, 8). Y Tomás, cuando lo tocó con sus dedos y sus manos, entonces fue cuando dijo: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn. 20, 28).

Ahora bien, nosotros ya no podemos ver y tocar al mismo Jesús. Pero lo que sí podemos ver y tocar es lo que vieron y tocaron quienes convivieron con Jesús. ¿Qué es lo que aquellos hombres vieron y tocaron? El relato de Tomás es clave. Lo que aquel hombre vio con sus ojos y palpó con sus manos fueron *heridas de muerte, llagas de dolor, humillación y sufrimiento*. Pero no sólo Tomás. Lo que vieron los de la boda de Caná, fue a un hombre tan humano, que les prolongó la alegría de la fiesta. Y lo que vieron aquellos miles de gentes, que andaban muertos de ham-

bre, es que alguien se interesaba por ellos y les daba lo que tanto necesitaban. Como es igualmente verdad que lo que vio el ciego de nacimiento, es que había un hombre bueno que le daba la capacidad de ver. Y en el caso de Lázaro, los judíos que lo vieron «creyeron en él» (Jn. 11,45), aunque aquello fue la gota que colmó el vaso y fue el motivo que desencadenó la sentencia de muerte contra Jesús (Jn. 11,47-53).

Está claro que los discípulos de Jesús no sólo oyeron su *doctrina*, sino que, juntamente con eso, *vieron, tocaron y sintieron de cerca su forma de vivir*. Cuando nosotros percibimos ambas cosas, no sólo la doctrina, sino también su vida, su estilo, sus costumbres, su manera de relacionarse con ricos y pobres, con justos y pecadores, entonces es cuando se hace posible la fe. Porque entonces es cuando Dios se hace vida en nosotros.

EL DIVORCIO ENTRE LAS IDEAS Y LA VIDA

La Iglesia, los hombres de la religión, los teólogos no paramos de decir y escribir. Para que la gente tenga clara la doctrina verdadera que enseñó Jesús. Y eso (hay que decirlo una vez más) es importante. Pero también hay que insistir en que con doctrinas, aunque sean verdaderas, no basta. Ni eso es lo más decisivo a la hora de creer en el Dios que nos reveló Jesús.

La Iglesia y los hombres de la religión no paramos de enseñar doctrinas y de escribir documentos y libros en los que aseguramos que se contienen las verdades sobre Dios y el conocimiento de Dios. Pero el hecho es que, con demasiada frecuencia, la gente no ve ni palpa lo que vieron y palparon los discípulos de Jesús. La gente ya está cansada de doctrinas que no entiende y de verdades que no le interesan. Porque es un hecho, demasiado doloroso, el divorcio que existe en quienes decimos que somos testigos de aquel Jesús entre nuestras ideas y nuestra vida. Las ideas entran por el oído. La vida se mete por los ojos, se toca y se palpa. Se puede decir que por el oído recibimos los *signos*, mientras que, por todo

nuestro ser corporal, se hacen vida en nosotros los *símbolos* de la vida. Ahora bien, si los seres humanos somos así y así nos hizo Dios, entonces la gran equivocación de la Iglesia está en pensar que imponiendo verdades y defendiendo doctrinas va a hacer presente al Dios de Jesús en este mundo. Para hacerse presente en este mundo, Dios no se puso a darnos doctrinas y enseñarnos verdades. Para hacerse presente en este mundo, Dios se nos presentó *en la vida de un hombre* que nació pobre, que vivió entre los pobres y que murió despojado de todo, hasta de la dignidad más elemental que le corresponde a cualquier ser humano.

Y es que lo primero es la vida. Luego, vienen las ideas. El que identifica su vida con la vida de los que menos tienen y peor lo pasan, ése tiene unas determinadas ideas. Lo cual quiere decir que, si se trata de una persona con creencias religiosas, tendrá en su cabeza un Dios que no estará de acuerdo con el sufrimiento de los que tienen la desgracia de vivir penando entre tanta pobreza y tanta miseria. Por el contrario, el que identifica su vida con los que más tienen y mejor lo pasan, ése tendrá en su cabeza un Dios al que le debe interesar mucho la salvación de las almas y la santidad de los fieles, pero es seguro que a ese Dios le importa bien poco el sufrimiento inmenso de los pobres de este mundo. Se trata, entonces, de dos «dioses» distintos, seguramente opuestos el uno al otro. Por eso, cuando se trata de encontrar al verdadero Dios y relacionarse con él, lo decisivo no es repetir el «Credo» y asegurar que uno está de acuerdo con esa profesión de fe. Eso, desde luego, es necesario. Pero *la señal decisiva de que uno cree en el Dios de Jesús está en la vida que uno lleva*. Es decir, está en si uno vive o no vive como vivió aquel Jesús de Nazaret.

Lo cual quiere decir que la señal de que una persona ha encontrado a Dios de verdad es si uno se relaciona con la gente como se relacionó Jesús, si a uno le importan las cosas que le importaron a Jesús, si uno siente lo que sintió Jesús cuando vio a la pobre gente de su pueblo sufrir tanto y sin esperanza de solución. No se trata,

como es lógico de que ahora nos pongamos a vivir como profetas caminantes de pueblo en pueblo. Uno puede incluso dedicarse a eso, y en realidad puede andar buscando cosas que nada tienen que ver con lo que realmente buscó Jesús. Lo importante en la vida de una persona es lo que siente, aquello a lo que es sensible o, por el contrario, insensible. Y es que cuando uno se deja invadir por lo humano, cuando una persona se humaniza de verdad y es sensible al dolor del mundo, entonces es que Dios se le ha metido por los sentidos. Entonces deja de haber divorcio entre las ideas y la vida. Y entonces es justamente cuando de verdad se encuentra con el *Dios desconcertante*, el Dios que nos reveló Jesús de Nazaret.

4. JESÚS: PERSONA Y PROYECTO

«ESPIRITUALES» Y «SOCIALES»

Como es bien sabido, entre los cristianos es frecuente encontrar personas que viven la fe de tal manera que ponen su mayor empeño en ser fieles a una *espiritualidad* seria y profunda. Como también es frecuente encontrar creyentes para quienes lo más importante es el *cambio social*. Es verdad que ni los primeros se oponen a que en este mundo haya más justicia, ni los segundos están en contra de la oración, la piedad o los ejercicios espirituales. Pero el hecho es que, por más verdad que sea todo esto, no cabe duda que en los últimos tiempos muchas, muchísimas de las personas que afirman creer en Jesús entienden y viven su fe de tal forma que en la práctica diaria de la vida se han dividido en dos grupos claramente diferenciados. Por una parte, está el grupo de los «espirituales». De otra parte, el grupo de los «sociales». Como es lógico, al tratarse de «creyentes» en Jesús, probablemente no existe en ninguna parte, ni el espiritual «puro», ni tampoco el social «absoluto». Porque cualquier creyente, por muy espiritual que sea, no estará tan deshumanizado como para decir que no le importa lo más mínimo el sufrimiento y las injusticias de este mundo. Como igualmente se puede asegurar que no es verosímil la existencia de un creyente a quien sólo le importa cambiar la sociedad, sin que le interese para nada la oración o la piedad, de la manera que sea. Y es que el problema que plantean estos dos bloques de creyentes no es fundamentalmente un problema de *ideas*, sino de *sensibilidades*. Hay personas que son más sensibles a lo que les evoca y les sugiere la oración, la devoción o una bella celebración eucarística.

Como igualmente hay creyentes que no entienden, ni pueden entender su fe en Jesús desligada del compromiso y de la lucha por conseguir que en este mundo haya menos sufrimiento y más justicia con todos los seres humanos.

Por supuesto, es importante tener muy claro que cada cual es libre para entender y vivir su fe como él crea que es más coherente. Lo malo es que en todo esto se ocultan y se manifiestan (las dos cosas a la vez) problemas bastante serios y, por eso mismo, preocupantes. Vale la pena decir algo sobre estos problemas.

Empezando por lo más evidente, es un hecho que, sobre todo en los últimos cincuenta años, los cristianos nos hemos visto con frecuencia divididos y enfrentados por esta cuestión. Sobre todo, porque en este asunto se mezclan, con las creencias religiosas, las preferencias políticas que cada cual lleva dentro, aunque nunca diga si es de derechas o de izquierdas. Por eso, hace años los espirituales acusaban a los sociales de marxistas o incluso de comunistas. Mientras que ahora los sociales les echan en cara a los espirituales que, bajo las apariencias de mucha espiritualidad, lo que en realidad defienden es el liberalismo capitalista. Y es claro que cuando la religión se mezcla con la política, las situaciones pueden llegar a ser sumamente conflictivas. Porque lo mismo la religión que la política tocan (quizá sin que nos demos cuenta) zonas muy hondas de nuestra personalidad y las fibras más sensibles de cada persona. A fin de cuentas, religión y política apuntan a horizontes últimos de sentido, es decir, ámbitos de la vida en los que se juegan valores absolutos o que muchos piensan que son cuestiones de vida o muerte.

Por eso, esta confrontación de espirituales y sociales ha provocado, en la Iglesia y en las instituciones religiosas, divisiones y fracturas demasiado desagradables, con frecuencia dolorosas y, en ocasiones, incluso peligrosas. De ahí, el enfrentamiento de teologías, de grupos de gentes de Iglesia, de instituciones y de personas. Si uno piensa en los Cristianos por el Socialismo o en el Opus Dei, por poner dos ejemplos muy concretos, se comprende hasta dónde ha llegado la confrontación de los sociales, por una parte, y los espirituales, por otra. Y conste que la cuestión no está en que unos se meten en política, mientras que los otros no rozan esa cuestión. El problema no es ése. Porque en política nos metemos todos. Es decir, en política no es posible la neutralidad. De manera que con frecuencia los que más se meten

en política suelen ser los que aseguran que no les interesa eso para nada. Y es que quien dice que no se mete en política, por eso mismo, ya se ha metido en ella hasta las cejas. Porque lo más seguro es que le va bien con los que ejercen el poder. O no quiere tener líos con los que mandan. Por eso se calla. Y sabemos que en este mundo hay silencios más elocuentes y más eficaces que muchos discursos.

Ahora bien, si el problema no está en que unos se meten en política y otros no, la cuestión (sin duda alguna) es más profunda. La división de los cristianos en espirituales y sociales nos confronta a todos con *el ser mismo de la fe en Jesús*. ¿Qué es creer en Jesús y, por eso mismo, relacionarse de verdad con él? Al hacernos esta pregunta, estamos tocando fondo. El fondo del Evangelio.

EL SEGUIMIENTO Y EL REINO

Cuando se les explica a los cristianos lo que es y lo que exige el «seguimiento» de Jesús, se les suele decir que lo sorprendente, en esta cuestión tan vital para un creyente, es que, para una cosa tan seria y de tan graves consecuencias (el seguimiento), Jesús no da explicaciones, ni presenta un programa, ni una meta, ni un ideal, ni aduce motivos, ni siquiera hace una alusión a la importancia del momento o a las consecuencias que aquello va a tener o puede tener. Cuando Jesús llama a alguien para que le siga, allí no se pronuncia nada más que una palabra, que es un mandato: «sígueme». Y el que pone alguna condición, por importante que sea tal condición, queda inmediatamente descalificado. Para demostrar que esto es así, se suelen recordar los textos de los evangelios en los que se cuenta el llamamiento de los primeros discípulos (Mt. 4, 18-22; Mc. 1, 16-20; Lc. 5, 1-11) o también el momento en que Jesús llama a Mateo (Mt. 9,9; Mc 2,14; Lc 5,27-28). Y, sobre todo, el extraño relato de aquéllos que no estuvieron dispuestos a seguir a Jesús, aduciendo condiciones tan justificadas como, por ejemplo, el entierro del propio padre; o simplemente una cosa tan natural como era el hecho de despedirse de la propia familia (Mt. 8,18-22; Lc 9, 57-62).

Por poco que se piense en toda esta cuestión, enseguida se le ocurre a cualquiera que si Jesús hubiera hecho efectivamente eso: ordenarles a otras personas que se fueran con él, sin darles la más mínima explicación y sin dejar claro por qué los llamaba y para qué los llamaba, urgiendo a los llamados a dejarlo todo (el trabajo, los bienes, la familia), realmente se podría sospechar con fundamento que Jesús debió de ser una persona muy extraña. ¿Cómo se puede hacer eso en la vida? Y, además, ¿cómo va a haber gente tan insensata que lo deje todo y se vaya con un desconocido sin saber ni a dónde va, ni a qué se va a dedicar?

Para responder a estas preguntas y aclararse sobre este asunto, lo más sencillo (y también lo más eficaz) es echar mano de los evangelios y ver en ellos qué es lo que realmente se dice. No se trata de volver a explicar los relatos (antes citados) sobre las llamadas de Jesús al seguimiento. La cosa es mucho más simple. O quizá más compleja, según se mire. Se trata sencillamente de caer en la cuenta de *dónde* están situadas esas llamadas al seguimiento *de Jesús en el conjunto de cada evangelio*.

Dicho en pocas palabras, los relatos de las llamadas al seguimiento están puestos, en los tres evangelios sinópticos (Marcos, Mateo y Lucas), *después* de los breves resúmenes o sumarios en los que se informa que Jesús *anunciaba la llegada del Reino de Dios*.

En efecto, al llamamiento de los primeros seguidores, en Mc. 1, 16-20, precede el importante resumen de Mc. 1, 14-15, donde se informa que Jesús se fue a Galilea y allí decía: «Se ha cumplido el plazo y está cerca el Reino de Dios; conviértanse y crean en el Evangelio». No se trata de que Jesús dijo esto una vez. Esto era lo que Jesús «decía» habitualmente, constantemente, o sea lo que le comunicaba a la gente, de manera que en este mensaje se resume lo que Jesús pensó que le tenía que decir a este mundo.

De la misma manera, en el evangelio de Mateo, inmediatamente antes de la llamada a los primeros discípulos junto al lago (Mt. 4, 18-22) está también el resumen del mensaje evangélico: «Desde

entonces comenzó Jesús a predicar y decir: «convertíos porque está cerca el Reino de los cielos» (Mt. 4,17). En el evangelio de Mateo, al Reino «de Dios» se le llama el Reino «de los cielos». Son dos maneras de decir la misma cosa, como explican muy bien los entendidos en esta cuestión. Y otra vez, en el mismo evangelio de Mateo, cuando explica que a Jesús lo seguían, además de los discípulos, «numerosas multitudes de gente» (Mt. 4,25), en este caso también inmediatamente antes ha contado el evangelista que Jesús «recorría toda Galilea..., predicando el Evangelio del Reino» (Mc. 4, 23-24).

Y otro tanto hace el evangelio de Lucas. En este caso, se cuenta el seguimiento de los pescadores, impresionados por la pesca tan abundante que habían recogido (Lc 5,1-11). Y aquí también, inmediatamente antes, explica este evangelio que Jesús le dijo a la gente que quería retenerlo en un pueblo para que no se les fuese: «También a otras ciudades tengo que anunciar el Evangelio del Reino de Dios, porque para eso me han enviado» (Lc 4,43). Es decir, Jesús tenía la idea fija de que él estaba en este mundo para una cosa: anunciar la Buena Noticia del Reino de Dios. Sin duda alguna, en la tarea de anunciar el Reino de Dios veía Jesús que estaba todo lo que él tenía que hacer en su vida.

Por lo tanto, en los tres evangelios de Marcos, Mateo y Lucas, están muy claras estas dos cosas: 1) Que el seguimiento de *la persona* de Jesús se pone siempre después de presentar el *proyecto* que esa persona (Jesús) planteaba a la gente: *el Reino de Dios*. 2) Que el *seguimiento* de Jesús y el proyecto del *Reino de Dios* son inseparables, puesto que se presentan unidos lo uno a lo otro.

La consecuencia que se sigue lógicamente de lo dicho es la siguiente: no se puede plantear el seguimiento como un entusiasmo, un esfuerzo o un empeño, que se explicaría por el entusiasmo en sí mismo o por sí solo. O, si se prefiere, por la sola atracción de Jesús. Una atracción que ilusiona y apasiona hasta el extremo de vencer toda resistencia y llevar ciegamente a la generosidad o al heroísmo más increíbles. Suelen abundar los predicadores fervorosos, que hablan así del seguimiento de Jesús. Y se sirven para explicar eso de

categorías humanas como la amistad (si se lo explican a chicos y chicas) o el enamoramiento (si el discurso va dirigido a jovencitos o jovencitas e incluso personas adultas). En otros casos, se echa mano de imágenes y categorías militares, como liderazgos y caudillajes, que arrastran a los más entusiastas. Sea lo que sea, venimos a lo mismo. Todo se reduce a la *persona* (Jesús), sin hacer mención o sin tener claro el *proyecto* (el Reino de Dios).

Ahora bien, todo esto, además de que no se corresponde con los datos que nos suministran los evangelios, resulta bastante irracional. Porque nadie compromete su vida entera con *alguien*, si no tiene claro que hace eso por *algo*. Pero no es esto lo peor. Lo más grave del asunto está en que el entusiasmo por la sola persona de Jesús, desligado del proyecto que presentó el mismo Jesús y por el que dio su vida, conduce a una especie de misticismo des-comprometido. Ese misticismo de algunas almas fervorosas, que se traduce en devociones y piedades, incluso espiritualidades de mucha elevación sobre todo lo terreno y mundano. Pero, a fin de cuentas, un entusiasmo por Jesucristo que no va más allá de la experiencia intimista que eso produce al que lo siente de esa manera. Todo esto puede parecer sublime. Y hay quienes lo sienten así. Pero todo eso es tan sublime como peligroso. Por la sencilla razón de que, con demasiada frecuencia, *no pasa ni sale de la intimidad del propio sujeto*. Es decir, de esta manera el individuo queda atrapado en su propia subjetividad. Y allí se siente uno a gusto y quizá satisfecho, con todos los fervores y devociones imaginables, pero sin más provecho ni utilidad para nadie. Porque una persona que vive así, lo más seguro es que pierde el debido contacto con la realidad. He aquí el gran peligro y también el retrato de los «espirituales».

En el extremo opuesto están los «sociales». Que son los que lo ponen todo en el proyecto del Reino, entendido como lucha por cambiar este mundo. Pero de tal manera que la persona de Jesús y su relación con él no les preocupa demasiado. Y hasta es posible que eso no les interese gran cosa. En este caso, lo más frecuente es que, quie-

nes entienden y viven así su fe, se desviven por todo lo que es lucha y hasta enfrentamiento con los responsables de la injusticia y contra las estructuras injustas. Lo que se suele traducir en una actividad febril, todo lo generosa que se quiera, pero de la que razonablemente se puede uno preguntar si brota de la fe en Jesús o a saber de qué ideología viene todo eso. Más aún, en no pocos casos, todo ese ajetreo, al que a veces acompañan buenas dosis de deseo de protagonismo, seguramente puede ser el vehículo que canaliza inconfesables deseos de omnipotencia. Lo que da como resultado que quienes actúan así son, por supuesto, entusiastas defensores de causas perdidas, pero realizando semejante tarea con abundantes faltas de respeto a otras personas e instituciones o, lo que es peor, causando divisiones, conflictos y sufrimientos que, en cualquier caso, ni van a aliviar el sufrimiento de nadie, ni van a conseguir que el Reino de Dios se haga presente en este mundo.

Como conclusión, de momento, quede clara una cosa: el «proyecto» de Jesús es inseparable de la «persona» de Jesús. Esto es cierto hasta tal punto que *no se puede entender el proyecto ni vivir el proyecto (el Reino de Dios) si no se vive la vinculación con la persona*. «Heredar el Reino» (Mt 25, 34) significa que «lo que hicisteis con uno de estos hermanos míos tan insignificantes (proyecto), lo hicieron conmigo» (persona). Y, a la inversa, pretender la vinculación con Jesús, todo lo fervorosa que se quiera, sin tener muy claro y luchar muy firmemente por su causa, que es el Reino, no pasa de ser una ilusión engañosa, en la que muchas personas de buena voluntad se pasan la vida, quizá derrochando generosidad, pero también seguramente perdiendo el tiempo. Y a veces con signos preocupantes de entontecimiento.

EL PROYECTO DE JESÚS

El centro del Evangelio es el proyecto del Reino de Dios. Esto es cierto hasta tal punto que el Evangelio y el Reino vienen a ser la misma cosa (Mc 1,14-15; Mt. 4, 23). Lo cual quiere decir que el centro del Evangelio no es Dios, sino el Reino de Dios. Ahora bien,

la expresión «Reino de Dios», tal como la usan los evangelios, es una forma de decir *dónde y cómo* podemos los seres humanos encontrar a Dios. Y esto es lo que de verdad nos interesa a todos. Porque, ¿de qué nos sirve tener unas ideas muy claras sobre Dios, si luego lo buscamos donde no está o pretendemos relacionarnos con él de modo que tal relación es un engaño, que no sirve nada más que para alimentar el egoísmo y la estúpida vanagloria?

Jesús fue un hombre muy práctico y concreto. Jesús no vino a este mundo para montar nuevas teorías sobre Dios. Jesús vino a este mundo para vivir de tal manera, hacer tales cosas y decir tales palabras, que quedara bien claro, de una vez para siempre, que sólo el que vive de esa manera y hace lo que hizo el propio Jesús, ése es el que acierta en *el problema y el destino definitivo y último de la vida*, que es lo que, en lenguaje religioso, llamamos *Dios*.

Ahora bien, ¿qué hizo y dijo Jesús para enseñarnos dónde podemos encontrar a Dios y cómo podemos vivir en buena relación con Dios? Dice el evangelio de Mateo: «Jesús recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas, predicando el Evangelio del Reino, y curando todo achaque y enfermedad del pueblo» (Mt 4, 23). La cosa está clara. Jesús no anunciaba el Reino *mediante prácticas religiosas*, sino *curando los sufrimientos de la gente*. Más adelante, cuando Jesús envía a sus discípulos a predicar, les dice que hicieran lo mismo que él hacía. El mandato de Jesús es muy claro: «Predicad diciendo que está cerca el Reino de Dios: curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios» (Mt 10,7-8). O sea, para anunciar el Reino, los discípulos tenían que hacer lo mismo que hacía Jesús: aliviar el sufrimiento y hacer más feliz a la gente. Por eso, los evangelios afirman que la señal (o la prueba) de que llega el Reino de Dios es que los demonios son expulsados de este mundo (Mt 12, 28, Lc 11, 20). Pero téngase en cuenta que, en aquellos tiempos, hablar de expulsión de demonios era lo mismo que decir que la gente se curaba de sus padecimientos (Mc 1, 32-34, 3, 10-12, Lc 6,18-19).

Por lo tanto, ¿dónde y cómo podemos encontrar a Dios? La respuesta de Jesús es muy clara: encontraréis a Dios en la medida, y sólo en la medida, en que os dedicuéis a hacer esta vida más soportable para todos los que sufren por el motivo que sea. Por eso Jesús afirma solemnemente que el Reino de Dios es para los pobres (Lc. 6, 20) y para los que se ven perseguidos, maltratados y ofendidos (Mt. 5, 10-11). Porque de sobra sabemos que los pobres, los perseguidos, los que se ven difamados y privados de sus derechos, esos son, por lo general, los que más sufren en este mundo.

Pero, claro está, aquí hay que tener muy en cuenta una cosa que es evidente. Tal como este mundo está «organizado», el que se pone de parte de los que sufren, si es que hace eso de verdad, no tiene más remedio que soportar el enfrentamiento con los causantes del dolor ajeno. Ahora bien, los responsables de tanto dolor como hay en esta vida son siempre, de una manera o de otra, los que tienen el poder. Unas veces, será el poder económico. Otras, el poder político. Y en no pocos casos, el poder religioso. Por supuesto, en la sociedad en que vivimos es necesario que haya personas e instituciones que administren el poder. Para que en la sociedad haya un cierto orden, se respeten los derechos de unos y de otros, se proteja a los más indefensos, y resulte posible la convivencia de las personas y de los pueblos. De no ser así, en cada pueblo y en cada país, se impondría la ley de la selva. Y siempre saldrían perdiendo los más débiles. Pero lo que pasa es que todo esto es el ideal.

Así tendrían que ser las cosas. Y así debería funcionar la sociedad y el ejercicio del poder en ella. El problema está en que, con demasiada frecuencia, los que ejercen el poder tienen la constante tentación de aprovecharse de su situación privilegiada. Y entonces, lo que pasa es que, en vez de organizar las cosas para que la gente sea más feliz, tenga la vida más segura y vea sus derechos debidamente garantizados, lo que hacen muchos «poderosos» (ya sea por su poder político, su poder económico, su poder religioso o cualquier otra forma de poder) es abusar de la fuerza y el dominio que

tienen sobre los demás para provecho propio y siempre en beneficio de sus propios intereses. De esta manera, el ejercicio del poder, que tendría que ser un servicio a la comunidad humana, se suele convertir (muchas veces) en un atropello a los demás, a los que tienen menos poder, que siempre son los pobres, los ignorantes, los marginados sociales, los que (por el motivo que sea) tienen que cargar en esta vida con la triste condición de estar siempre abajo, de ser los débiles, los «nadies», de los que nadie se acuerda, porque siempre suelen resultar molestos para los «satisfechos» y bien instalados en este mundo.

Pues bien, estando así las cosas, se comprende perfectamente lo que le ocurrió a Jesús en cuanto se puso a decir que llegaba el Reino de Dios. Hay que tener en cuenta que la sociedad, en la que Jesús nació, vivió y dijo que llegaba el Reino, era una sociedad muy religiosa. Esto quiere decir, lógicamente, que en aquella sociedad, el poder religioso tenía mucha fuerza y, por tanto, era un poder que se hacía sentir, echando cargas pesadas sobre las espaldas de los demás (Mt. 23,4; Lc. 11,46). Y así, en nombre de la religión a la que representaban, los líderes de la religión le imponían al pueblo sencillo la «carga insoportable» de la Ley religiosa (Hech. 15, 10). Con lo que la pobre gente andaba «rendida y abrumada» por causa del pesado yugo que tenían que soportar (Mt. 11,28-30).

Jesús se dio cuenta enseguida de la situación. Y se puso a hacer lo que había que hacer. Es decir, no sólo se puso de parte de los pobres, los enfermos, los despreciados por ser considerados como pecadores, y también de parte de las mujeres que entonces (más que ahora) se veían constantemente maltratadas, sino que, además de todo eso, Jesús fue derechamente a las causas que provocaban aquel estado de cosas. Denunció con valentía y libertad los abusos del *poder religioso*. Y, por tanto, los abusos que, con la Ley en la mano, se cometían *en nombre de Dios*. Y vino el enfrentamiento. Hasta que el poder, en aquel caso el poder de los dirigentes de la religión (los sacerdotes), acabó con Jesús y lo quitó de en medio.

Pero, antes de explicar esto (en el capítulo siguiente), es importante recordar que Jesús fue intransigente y tajante con todos los que, desde pretensiones de poder, querían estar por encima de los demás. Por eso Jesús insistió en que hay dos grupos de personas que no pueden entrar en el Reino de Dios. Es decir, para Jesús, hay dos colectivos de gente que no saben ni *dónde* está Dios, ni *cómo* es posible relacionarse con él. A lo mejor son gente que sabe mucha teología. Y que hasta puede ser que tenga amistad con Jesús. Pero, entrar en el Reino de Dios, lo que se dice «entrar de verdad en el Reino», eso es sencillamente imposible para esas personas. ¿De qué personas se trata?

En primer lugar, Jesús dice que no pueden entrar en el Reino de Dios *los ricos*. Como es imposible que un camello pase por el ojo de una aguja (Mc. 10, 25; Mt. 19, 24; Lc. 18,25). O sea, los que retienen lo que otros necesitan para no morir de hambre, esos no pueden encontrar a Dios. Esto es lo que le pasó al rico insensato, que almacenó todo lo que pudo, sin acordarse de los demás (Lc 12,16-21) y al ricachón aquél que se pegaba cada día un banquetazo, mientras que el pobre Lázaro se moría en el portal de su casa (Lc 16, 19-31). Es evidente que, quien actúa así, es responsable de mucho sufrimiento. Y el primer dogma de la fe evangélica es que quien causa sufrimiento no puede encontrar a Dios, por muy bien que lo conozca o por más religioso que sea.

En segundo lugar, Jesús dijo que tampoco pueden entrar en el Reino de Dios *los que quieren estar por encima de los demás*. Esto lo dijo Jesús, una y otra vez, por causa de las pretensiones que tenían sus discípulos de estar los primeros, de ser los más importantes o de situarse por encima de los otros. Por lo que cuentan los evangelios, esto ocurrió con frecuencia. Lo que indica a las claras que era un problema que aquellos entusiastas seguidores de Jesús no tenían resuelto. Ahora bien, siempre que se presentó este problema, Jesús sacó a relucir el tema de los «niños». Y siempre para decir que, si los discípulos no cambiaban y se hacían como niños, «no podían entrar en el Reino de

Dios» (Mc. 9, 34; 10, 37. cf. 41; Mt. 18,1; 20,21. cfr. 24; Lc. 9,46; 22,24). Pero no se piense que, al decir que se tenían que hacer como niños, lo que Jesús pretendía es que intentasen recuperar la inocencia, el candor o la ingenuidad de un bebé. Jesús no decía tonterías. Y decir eso, hubiera sido una tontería. Porque nadie en esta vida, una vez que ha perdido el candor y la inocencia, la puede recuperar. Para entender lo que Jesús quería decir con el tema de los «niños», la clave está en que, en aquellos tiempos, el niño era el ser humano que no tenía derechos ni, por tanto, podía exigir nada. Se sabe que había pueblos en los que a los niños pequeños los podían tirar a la basura, cosa que de hecho se hacía a veces. Entre los judíos, no sabemos que se llegase a tanto. Pero sí era legal, por ejemplo, que un padre vendiera a una hija suya como esclava, si la niña no había cumplido los doce años y medio.

Por tanto, lo que Jesús afirma, con todo esto de los «niños», es que quien pretende estar por encima, ser el primero, situarse en una posición de privilegio, *ése que se olvide de entrar en el Reino de Dios*, o sea que se dé cuenta de que así no sabrá nunca ni *dónde* ni *cómo* se encuentra a Dios. Y lo más preocupante del caso es que esto exactamente es lo que les ocurría a los «seguidores» oficiales de Jesús, es decir, a sus discípulos. O sea, nos encontramos aquí con el caso de hombres que «lo habían dejado todo y habían seguido a Jesús» (Mt. 19, 27) y, sin embargo, no podían entrar en el Reino de Dios. Es el caso más claro de aquellas personas que se entusiasman con la *persona* de Jesús, pero no aceptan su *proyecto*.

Y se comprende que tiene que ser así. Porque, si el Reino es el proyecto que consiste en hacer que la vida resulte más soportable para todos, especialmente para los que más sufren, entonces lo más lógico es pensar que los que acumulan lo que otros necesitan (*ricos*) y los que se empeñan en estar siempre por encima de los otros (los que no se hacen como *niños*), todos esos, por más religiosos que sean y por más intimidación que tengan con Jesús, no es posible que encuentren al Dios que nos reveló Jesús o, mejor dicho, no es posi-

ble que se relacionen con el Dios que se nos dio a conocer en Jesús. El Dios que se define y se comprende, no a partir del poder, sino desde la debilidad. El Dios, al que se le encuentra, no en la observancia de la *religiosidad*, sino en la experiencia de la más honda *humanidad*.

Lo que pasa es que en esta vida hay demasiada gente que no acepta eso de la debilidad. Porque tienen metido en la cabeza que lo importante es el poder, la fuerza, la influencia y la eficacia. También para las cosas de Dios. También, por tanto, para la Religión y para la Iglesia. Por eso, en la cabeza de tales personas, no cabe el Dios de la debilidad que se reveló en Jesús. Se trata de personas que pueden tener una altísima devoción al Niño que nació en el portal de Belén, que predicó la pobreza y que murió en la cruz. Pero es notable cómo personas que hablan de eso con tanto entusiasmo, son gente que se pasan la vida trepando en busca de cargos importantes y que, desde luego, no soportan que les toquen lo más mínimo en su pretendida dignidad o en sus «sagrados derechos» y, menos aún, en sus «sagrados poderes». Todo esto es no sólo contradictorio, sino incluso ridículo. Y entonces, la pregunta es: esas personas, ¿creen realmente en Jesús?

LA INCREENCIA DE LOS DISCÍPULOS

En los evangelios se dice una cosa que llama mucho la atención. En los evangelios de Marcos, Mateo y Lucas, cuando hablan de los discípulos en relación a la fe en Jesús, siempre ponen en cuestión esa relación. Algunas veces, porque se dice sencillamente que los discípulos no tenían fe (Mc 4,40) o que (literalmente) no eran creyentes (*apistoi*, que son los que rechazan la fe) (Mt. 17,17). Y es que tenían una fe tan escasa que en realidad era como un granito de mostaza o sea prácticamente nada (Mt. 17,20). En otros casos, se afirma de manera tajante que no creían (Lc. 24,11. 34) o que eran «lentos para creer» (Lc. 24, 25). Y en algu-

na ocasión Jesús les pregunta: «¿dónde está vuestra fe?» (Lc. 8,25). Pero lo más frecuente es que los evangelios califiquen a los discípulos de «hombres de poca fe» o de una fe escasísima, lo que en griego se dice con la palabra *oligopistoi*, que significa eso, el que prácticamente no tiene fe (Mc. 8, 26; 14, 31; 16, 8; Lc. 12, 28; véase 12, 22). En el caso concreto de Pedro, además de reprenderle por su exigua fe (Mt. 14, 31), Jesús le dice que ha rezado por él «para que no pierda la fe» (Lc. 22, 32), cosa que desgraciadamente debió ocurrir, ya que el mismo Jesús añade: «Y tú cuando te arrepientas» (Lc. 22, 32) o sea cuando vuelvas de tu extravío, «afianza a tus hermanos», lo que parece dar a entender que también los demás discípulos andaban tambaleándose o extrañados en el asunto de la fe.

La pregunta que a cualquiera se le ocurre al enterarse de esta incredulidad de los discípulos es inevitable: ¿cómo se explica que unos hombres, que lo habían dejado todo y se habían puesto a seguir a Jesús, que estaban siempre con él y lo escuchaban a todas horas, esos hombres precisamente sean calificados en los evangelios como «hombres sin fe» o, al menos, como «hombres de poca fe»?

La respuesta es clara. El evangelio de Marcos lo dice con unas palabras que no admiten duda: «Cuando detuvieron a Juan, Jesús se fue a Galilea, y allí predicaba el Evangelio de Dios. Y decía: «Se ha cumplido el plazo y está cerca el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc. 1, 14-15). Ya he dicho antes que el Reino es el centro del Evangelio. Más aún, el Evangelio y el Reino, en el fondo, son la misma cosa. Por lo tanto, creer en el Evangelio es lo mismo que creer en el Reino. Lo cual quiere decir que, para Jesús, la fe está de tal forma relacionada con el Reino de Dios, que tener fe es no sólo aceptar ese Reino, sino además aceptar también sus exigencias. Por consiguiente, tener fe es dedicar la vida a hacer más soportable la vida de los que más sufren y, en general, de todos los que tienen la vida amenazada, limitada, empobrecida o atropellada, por el motivo que sea.

Ahora bien, ha quedado claro que, para hacer eso, o sea para entrar en el Reino, es condición indispensable «cambiar y hacerse como niños». De manera que quien no cumple con tal condición no entra en el Reino de Dios y, por eso mismo, no puede tener fe. Porque no cumple la exigencia indispensable que pone Jesús a quienes pretenden entrar en el Reino de Dios.

Pues bien, si todo esto es así, se comprende sin dificultad por qué los discípulos de Jesús no tenían resuelto lo de la fe y, en consecuencia, de ellos se puede afirmar que «no creían» o que «tenían una fe tan exigua como un grano de mostaza». Y la razón está clara: aquellos hombres discutían quién de ellos «era el más grande» (Mc. 9,34; Mt. 18,1; Lc. 9,46; 22,24) o quién se tenía que poner en el primer puesto (Mc. 10, 37; Mt. 20, 21), lo que era tanto como discutir *quién era el más importante*, y, por eso, el que estaba sobre los demás. Por eso se puede decir, con toda razón, que *aquellos hombres nunca entendieron plenamente a Jesús*. De ahí que Pedro se puso a «increpar» a Jesús cuando éste les dijo que su vida iba a terminar de mala manera (Mt. 16,22). Y por eso mismo, cuando llegó la hora de la verdad y arrestaron a Jesús, al ver ellos que, aquél a quien habían seguido con tanto entusiasmo, no se defendía, sino que se dejaba matar como si fuese uno más, «todos lo abandonaron» (Mc. 14,50). Los discípulos no entendieron nunca la «debilidad» de Jesús. Y, por eso mismo, tampoco entendieron el «proyecto» de Jesús. Es decir, nunca llegaron a creer plenamente en él.

Es exactamente lo mismos que le ocurre a gran cantidad de personas, que se consideran «creyentes», pero no lo son. Ni pueden serlo. Cosa que ocurre, más de lo que imaginamos, entre gente de Iglesia. Gente que quiere ser importante, alcanzar puestos de importancia, ocupar poltronas de mando, revestirse de ornamentos solemnes, pasar por la vida siendo notables y notorios... Todos los que (estén donde estén) hacen eso o algo de eso, se incapacitan para creer en Jesús y su Evangelio, aunque sean los representantes oficiales de la fe y los guardianes de la ortodoxia.

El Dios en el que creemos los cristianos se nos ha dado a conocer en el hombre Jesús de Nazaret. Para los que queremos tener esta fe y vivir de ella, de manera que esta creencia sea lo que dé sentido a nuestra vida, es decisivo unir y armonizar en nuestra manera de pensar y en nuestra manera de vivir lo que es y lo que representa la *persona* de Jesús y el *proyecto* de Jesús. No basta el amor y el entusiasmo por su persona. Ni basta tampoco la entrega generosa a poner en práctica su proyecto, el proyecto del Reino de Dios.

Entre los cristianos hay quienes se entusiasman por Jesús y se imaginan que le siguen con fidelidad. Pero hacen eso de tal manera, que todo se reduce a devociones y espiritualidades, prácticas religiosas y observancias legales, con poca sensibilidad o incluso con ninguna sensibilidad ante el sufrimiento de los pobres y gentes «sospechosas» de este mundo. Son los «espirituales» de ahora y de siempre, los fervorosos de la contemplación y de todas las liturgias, con sus normas y sus cánones cumplidos al pie de la letra. Estas personas son admirables desde muchos puntos de vista. Y todos tenemos que aprender de tales personas la profunda mística que les inspira y les motiva. Pero también es cierto que a estas personas les vendría bien recordar que los discípulos convivieron íntimamente con Jesús durante años, pero terminaron sin comprenderlo y sin creer en él. Nadie discute el amor y la entrega de aquellos hombres hacia su amado Maestro. Pero el hecho es que nunca entendieron su proyecto. Lo que es lo mismo que decir que nunca entendieron a Jesús. Y, por eso, ni aceptaron las exigencias para entrar en el Reino de Dios, ni se pusieron en sintonía y solidaridad con los pobres, desgraciados y gentes marginales que impresionaban a Jesús hasta el extremo de provocarle una auténtica conmoción visceral (Mc. 6,34).

Pero entre los cristianos también abundan los que piensan en Jesús y su Evangelio como el que piensa en un proyecto revolucionario. Eso y nada más que eso. De ahí que ponen todo su empeño

y centran sus esfuerzos en la lucha por la justicia y los derechos humanos. En esto aciertan plenamente. Porque la causa de los pobres y del dolor en el mundo fue exactamente la causa que promovió Jesús. Y hay que afirmar con fuerza que, por mucho que se haga en esa dirección, nunca nos acercaremos a lo que hizo Jesús, ya que a él, asumir este proyecto, le costó la vida. Pero, a quienes orientan su vida en esta dirección, no les vendría mal darse cuenta de que semejante proyecto es un camino extremadamente peligroso. No tanto porque a uno le pueda pasar lo que le pasó a Jesús. O simplemente porque es un camino erizado de complicaciones, incomprendiones y situaciones muy amargas. Lo más peligroso que tiene el proyecto de Jesús es que, sin darse uno cuenta, con frecuencia se utiliza lo de los pobres y lo de la justicia para enfrentarse con los que no piensan como yo pienso, para situarse en puestos de mando y de importancia o simplemente para salir de la vulgaridad y ser una persona que destaca.

Sería una falsedad y una injusticia decir que todos los que echan por este camino, en realidad lo que buscan es protagonismo y fama. Pero no les vendría mal a los «sociales» tener siempre muy presente que, en Jesús, el proyecto y la persona se *funden* y se *confunden* en una sola y misma realidad. Porque, tal como somos los seres humanos, vivir un compromiso arriesgado sin vivir, al mismo tiempo, una mística muy honda es meterse en la boca del lobo. O vivir constantemente en el filo de la navaja.

5. MATAR AL FARISEO

EL «EXTRAÑO» COMPORTAMIENTO DE JESÚS

Cuando se leen los evangelios con cierto conocimiento de lo que pasaba en la sociedad y en el tiempo en que vivió Jesús, enseguida se da uno cuenta de una cosa que llama mucho la atención. La patria de Jesús en aquel tiempo estaba invadida y dominada por la gran potencia extranjera que había entonces, el Imperio romano. El poder de Roma se ejercía en la capital, Jerusalén, y en la provincia más rica, Judea. También en Samaría. En Galilea mandaba el rey Herodes, que era también vasallo de Roma, pero tenía cierta libertad en el gobierno. En todo caso, quien tenía el poder supremo en Jerusalén era el gobernador romano, que era el que poseía, al mismo tiempo, la responsabilidad de las cuestiones militares, judiciales y financieras o sea el cobro de los impuestos. Naturalmente, esto quiere decir que el pueblo judío, en aquel tiempo, estaba sometido al poder de Roma. Aunque hay que tener en cuenta que el ejercicio de la justicia se regía por la ley judía, que era administrada por el Sanedrín, compuesto por los Sumos Sacerdotes, los senadores o ancianos, y los letrados o escribas. En todo caso, eran los romanos los que cobraban y se llevaban los impuestos. Como también era derecho exclusivo del gobernador romano condenar a alguien a muerte (Jn. 19, 31).

Como es lógico, todo esto significa que los que de verdad mandaban en el pueblo judío eran los romanos. Y además, ellos eran los que se aprovechaban de la pobre gente, cobrando unos impuestos que resultaban extremadamente odiosos. Ahora bien, estando así las cosas, lo que más llama la atención es que Jesús nunca habló contra los romanos, ni tuvo enfrentamientos con ellos. De manera que, cuando llegó la hora de condenar a Jesús a muerte, precisamente el gobernador romano no quería dar la sentencia contra él de ninguna manera. Porque decía que Jesús no tenía culpa alguna y que era un hombre inocente (Jn. 19, 4; Mt. 27, 24). Señal evidente

de que las autoridades de Roma no vieron en Jesús un adversario o un individuo que les crease problemas.

Pero lo extraño, en el comportamiento de Jesús, no termina aquí. Porque es bien sabido que precisamente uno de los grupos, con los que Jesús mantuvo más amistad, fue el grupo de los publicanos, que eran los que cobraban los impuestos para los romanos. Es decir, Jesús se hizo amigo de los colaboracionistas con el poder extranjero, el poder invasor y opresor de aquel pueblo. Por eso, como es natural, había gente que se escandalizaba de las buenas relaciones que Jesús mantenía con aquellos recaudadores de impuestos (Mc. 2,16; Lc. 15,1-2), que posiblemente serían considerados como traidores.

Y otra cosa que resulta extraña (al menos a primera vista), en el comportamiento de Jesús, fue su relación con los *saduceos*. Los saduceos formaban uno de los dos grupos (el otro era el de *los fariseos*) ideológicos y religiosos más importantes que había en el pueblo judío en tiempos de Jesús. Los saduceos pertenecían principalmente a la clase sacerdotal y eran gente aristócrata. O sea, disfrutaban de una situación social y económica privilegiada. Además, en asuntos de religión eran mucho más liberales que los fariseos. Porque no se creían la cantidad de tradiciones y observancias que los fariseos defendían e imponían de manera tan estricta.

Por otra parte, se sabe que su actitud, en cuanto se refería a las relaciones con los ocupantes romanos, era tolerante y procuraba evitar los conflictos. Por eso, se comprende que las clases altas de la sociedad de aquel tiempo, sobre todo en Judea, pertenecían al partido de los saduceos. Por lo demás, las diferencias doctrinales con los fariseos eran pocas. Los saduceos negaban la inmortalidad del alma, la resurrección y los premios o castigos después de la muerte. Hay autores antiguos que dicen que los saduceos eran materialistas, oportunistas y hasta incrédulos. No se sabe con seguridad si tales acusaciones res-

pondían a la realidad. En todo caso, lo que sí es cierto es que los saduceos eran gente de dinero, de buena posición social, y personas no muy estrictas en cuestiones de observancia religiosa.

Bueno, pues si efectivamente los saduceos eran así, llama mucho la atención que los evangelios hablen de ellos directamente pocas veces. Sólo se les menciona de pasada dos veces en el evangelio de Mateo (3, 7; 16,1) y cuando Jesús refuta sus extravagantes historias para demostrarles que existe la resurrección (Mt. 22, 23; Mc. 12,18; Lc. 20,27). Esto, como es lógico, plantea algunas preguntas que no hay más remedio que intentar responder. Por ejemplo, ¿es que a Jesús no le preocupaba gran cosa el tremendo problema político de la ocupación extranjera que sufría su pueblo? ¿Es que a Jesús tampoco le quitaba el sueño la existencia y las enseñanzas de un partido como el de los saduceos, que eran los ricachones, los mejor situados en aquella sociedad y los que enseñaban una religión más tolerante y, por tanto, menos exigente? En definitiva, ¿es que Jesús no le concedía gran importancia a la cuestión política, a los problemas que plantea la clase social de algunos grupos y a la tolerancia o permisividad de la religión?

Para empezar a aclararnos, lo primero que hay que decir es que la razón formal de la sentencia de muerte, en virtud de la cual mataron a Jesús, fue una razón política, como nos consta por el letrero que pusieron encima de la cruz (Jn. 19, 19-22). Por tanto, está fuera de duda que, de la manera que sea, Jesús fue considerado como un sujeto peligroso para quienes tenían el poder político. En cuanto al poder económico, sabemos que Jesús había dicho que es imposible que los ricos entren en el Reino de Dios (Mt. 19, 23-24). Además, Jesús dijo también, en tono de denuncia y acusación, que los ricos tienen fundadas y serias razones para no acudir al banquete del Reino (Mt. 22, 5; Lc. 14, 20). Y que su mayor peligro es el pecado de omisión, ya que la «buena vida» ciega hasta el extremo de que el rico no le hace caso ni a los muertos que vengan del otro mundo a avisarle del peligro en que vive (Lc. 16, 30-31). Más aún, según Jesús, los ricos viven en una falsa seguri-

dad (Lc. 12,13-21). Y, lo que es más grave, el criterio de Jesús es que los ricos no deben ser invitados a sentarse en nuestra mesa (Lc. 14, 12). Porque, en último término, los ricos, precisamente por causa de su riqueza, entran en conflicto con Dios (Mt. 6, 24).

Está claro, por todo esto, que Jesús se pronunció en términos muy duros y de forma muy terminante en lo que toca a la situación de los que viven en la abundancia y, por eso mismo, retienen lo que otros necesitan para no morir de hambre.

Ahora bien, si esto es así, ¿cómo se explica que Jesús no denunciase con más vigor a los saduceos, que eran ricos, los amigos de los ricos, y los que legitimaban a los grupos más poderosos (sumos sacerdotes y senadores) desde el punto de vista económico y social? Además, esta pregunta se hace más difícil de contestar si tenemos en cuenta que los enfrentamientos más frecuentes y más fuertes de Jesús fueron con *los fariseos*. Pero hoy se sabe con seguridad que, mientras los saduceos eran el partido más identificado con los ricos y poderosos, los fariseos, por el contrario, estaban más cerca del pueblo sencillo, de manera que la mayor parte de ellos eran gente de condición humilde, desde el punto de vista social y económico.

Por todo esto es por lo que (al menos, a primera vista) se puede hablar de un «extraño» comportamiento de Jesús. Porque, ¿cómo se explica que Jesús se pusiera de parte de los pobres y denunciase a los ricos, pero de tal manera que, al mismo tiempo, prescindiera de aquellos que «religiosamente» justificaban a los ricos, mientras que se enfrentó tan seriamente a los que «religiosamente» estaban más cerca de los pobres?

En el fondo, esta manera de actuar de Jesús nos plantea una cuestión que obliga a pensar. Sin duda alguna, Jesús se dio cuenta de que en esta vida hay algo que es más peligroso que el dinero y la ambición por el dinero. Como también hay algo que es más peligroso que las ambiciones políticas e incluso que la misma dominación política. Jesús vio que *en la condición humana existe un último determinante de*

todas las ambiciones y de todos los sufrimientos que los hombres nos causamos unos a otros. Parece que, por causa de ese «último determinante» de todas nuestras ambiciones, es por lo que Jesús se enfrentó tan duramente con los fariseos. De ahí, la importancia decisiva y quizá última que el tema de los fariseos tiene en los evangelios. Y también en nuestra vida.

EL FRACASO DE LOS PROFETAS

Los entendidos en la historia del pueblo de Israel discuten si los fariseos se organizaron, como tal grupo, en el siglo V o, más bien, en el siglo II antes de Cristo. Sea de esto lo que sea, hay una cosa que parece bastante clara y en la que, al menos en líneas generales, se puede estar de acuerdo. Es un hecho que los profetas de Israel fracasaron en su intento de restaurar la religión y la vida moral de aquel pueblo. De ahí, el silencio en el que vino a caer la profecía en Israel. Se discuten las causas que provocaron este fracaso. Como se ha dicho muy bien, en tal fracaso influyó el empobrecimiento creciente de la temática profética que, poco a poco, fue sustituida (allá por el siglo V antes de Cristo) por la autoridad y la importancia que se le concedió a la Ley. Es decir, las *denuncias* que solían hacer los profetas, contra los abusos que cometían los sacerdotes y los ricos, fueron sustituidas por las *observancias* religiosas en el fiel cumplimiento de la Ley.

Con este cambio, de la «profecía» por la «ley», se pusieron las bases para que surgiera el movimiento farisaico. Por eso, Paul Ricoeur, un gran estudioso de la Biblia, muy entendido en los problemas que plantea su interpretación, ha dicho que, «al plantearse el problema de cómo hacer la voluntad de Dios, los fariseos tuvieron que enfrentarse con el fracaso de los grandes profetas, con su impotencia para convertir a su pueblo y con el hecho de la deportación (a Babilonia), que, según la creencia general, fue el castigo de Dios por los pecados de Israel. A la vista de esto, los fariseos se propusieron realizar la ética de los profetas reduciéndola a una ética del pormenor, detallista».

Resulta comprensible que el fracaso de los profetas de Israel, ante el intento de mejorar la situación de aquel pueblo, provocara la reacción de los que pensaron que por el camino de los profetas, con sus denuncias y sus promesas, no se iba a ninguna parte. Por eso se comprende también que aparecieran otros salvadores, con otras ideas y otros proyectos. Enseguida vamos a ver en qué consistió la nueva propuesta, la propuesta de los fariseos, que es lo que aquí más nos interesa analizar.

Pero antes de hablar de eso, es importante caer en la cuenta de que, en el momento presente, nosotros estamos viviendo una situación que se parece, en cosas muy fundamentales, a la situación que se produjo en el pueblo de Israel cuando fracasaron los grandes profetas. El siglo XX ha sido (y los primeros años del siglo XXI lo siguen siendo) tiempos plagados de desastres, guerras, violencia, atropellos y sufrimiento hasta límites que nadie podía imaginar hace cien años. Pero tan verdad como eso, es que el siglo XX ha sido también un tiempo de grandes profetas y de movimientos proféticos que han luchado, hasta la misma muerte, por aliviar tanto desastre, tanta humillación y tanto dolor.

Lo que ocurre es que, a estas alturas, el balance de este tiempo pasado es desolador. ¿Qué queda en la India de los esfuerzos de Gandhi por suprimir el hambre de los pobres en aquel inmenso país? ¿Qué resultados ha dado, para los negros del mundo entero, la valentía y la muerte de Martin Luther King? ¿Para qué ha servido, en concreto, el ejemplo de Juan XXIII y su concilio Vaticano II? ¿Qué queda de la teología de la liberación y sus promesas de mejorar la suerte de los crucificados de la tierra? ¿Qué frutos se han sacado de los movimientos de liberación en América Latina? ¿En qué ha cambiado la situación de los pobres, en Centroamérica, después de la muerte de Monseñor Romero, de los mártires de la UCA en El Salvador o del más reciente asesinato de Monseñor Gerardi? La lista de recientes profetas, cuyos resultados no se acaban de ver, se podría ampliar sin dificultad. Pero no hace falta. Con lo dicho hay bastante para encontrar una clave de explicación (no la única,

desde luego) al desencanto y hasta la frustración, en que ahora viven tantos cristianos.

Pero lo más grave no es el desencanto o la frustración que ahora padecen muchos creyentes. Lo peor de todo es que actualmente está sucediendo, en el cristianismo, algo semejante a lo que ocurrió en el judaísmo, allá por el siglo V antes de Cristo. Se trata de lo que acertadamente se ha llamado la *domesticación de la profecía*. En el judaísmo se «domesticó» a los profetas subordinándolos a los maestros de la Ley. Y en este hecho se debe situar el origen más antiguo de los fariseos. En el cristianismo actual se «domestica» a los profetas echando mano de interpretaciones teológicas que, mediante alambicados discursos, lo que hacen en realidad es reproducir el sometimiento de la profecía a la ley, a los que tienen el poder o a teologías doctísimas que, de hecho, distraen o apartan la atención del problema más urgente que todos tenemos que afrontar, el problema del sufrimiento en el mundo.

La cuestión se puede formular de esta manera: todo está en saber si lo que *directa e inmediatamente* le moviliza a uno es el sufrimiento humano (sea de quien sea o por lo que sea); o, más bien, lo que *directa e inmediatamente* le motiva a uno y le hace actuar es otra cosa, que bien puede ser la Ley de Dios, el respeto que se merece la religión, las verdades eternas, lo que le agrada a quien manda, la teología más tradicional o la más avanzada o incluso las cuestiones más profundas que se pueden plantear, como por ejemplo, las estructuras últimas del pecado, el esquema de la ley y sus funestas consecuencias. Por supuesto, todas estas cosas son importantes, unas más que otras. Pero lo que pasa es que, cuando uno no sabe qué hacer ante tanto dolor y tanta desgracia como vemos a diario, entonces es muy frecuente (y bastante comprensible) que se busquen respuestas de recambio. Respuestas que, por supuesto, no sirven para aliviar el sufrimiento, pero por lo menos le sirven a uno para sentirse más tranquilo, amparado por argumentos irrefutables. Y bien sabemos que, para proporcionar este tipo de argumentos, la teología es

una fuente inagotable de razones contundentes que le callan la boca al más espabilado.

Cuando se leen los evangelios con cierta atención, enseguida se da uno cuenta de que esto exactamente es lo que allí estaba en juego. Por ejemplo, cuando Jesús se encontró un sábado, en plena sinagoga, con un manco, que lógicamente sufría por estar lisiado, la reacción *directa e inmediata* de Jesús fue liberar a aquel hombre del sufrimiento (Mc 3,1-6). Lo más probable es que Jesús no se puso allí a pensar si a aquel lisiado había que liberarlo, ante todo, del esquema de la ley o de las estructuras últimas del pecado. Seguramente, todo eso le interesaba mucho a Jesús. Pero lo que inmediatamente hizo Jesús fue curar al enfermo. La forma de pensar de los fariseos era distinta. El evangelio dice que «estaban al acecho, a ver si curaba en sábado, para denunciarle» (Mc 3,2). Sin duda alguna, lo que *directa e inmediatamente* les preocupaba a aquellos hombres, tan entendidos y tan observantes, no era el sufrimiento del manco, sino otras cosas, todas ellas muy santas y muy buenas, como era nada menos que el fiel cumplimiento de la voluntad divina, tal como estaba mandado en la Ley. Pero el hecho es que, si allí se hubiera hecho lo que querían los fariseos, sin duda alguna la teología más sólida habría quedado a salvo, pero tan cierto como eso es que el manco se habría ido a su casa tan lisiado como vino.

LOS FARISEOS Y SU ESTRUCTURA DE PENSAMIENTO

Mucha gente se imagina que los fariseos fueron individuos extraños, inquietantes, incluso de mala condición, que existieron en el siglo primero, cuando, según cuentan los evangelios, Jesús andaba por el mundo. De ser esto así, los fariseos serían, para nosotros hoy, un recuerdo del pasado, un grupo de fanáticos que se enfrentaron con el fundador del cristianismo, pasaron a la historia y ahí acaba todo. La cosa, sin embargo, es más complicada. Y, sobre todo, se trata de algo que nos interesa a todos, seguramente bastante más de lo que algunos se imaginan.

No es cuestión de ponerse ahora a investigar y dejar resueltas las numerosas cuestiones que los historiadores del pueblo judío no han podido aclarar, al menos hasta este momento, en cuanto se refiere a los fariseos. Pero hay un punto concreto, en el que se puede decir que existe común acuerdo, y que, según la acertada formulación de Paul Ricoeur, consiste en que los fariseos fueron «los representantes más puros de un tipo irreductible de experiencia moral, en el que cualquier hombre puede reconocer una de las posibilidades fundamentales de su propia humanidad». Es decir, se trata de que el fariseo no es sólo, ni principalmente, el recuerdo de un tipo de persona que hubo en otros tiempos, concretamente en el tiempo y en el pueblo de Jesús. Los fariseos, por supuesto, fueron eso. Pero, sobre todo, el fariseo representa un modo de ser y de estar en la vida, un tipo de persona, que se caracteriza por una determinada estructura de pensamiento, que desencadena también una manera concreta de comportarse. Y esto es lo que de verdad nos interesa desentrañar.

Se suele decir que los fariseos fueron los «hombres de la ley», los observantes minuciosos de lo que estaba mandado. Tan observantes, que no se contentaron con la *Torá*, la Ley escrita que tenían los judíos como revelada por Dios a Moisés. Además de la *Torá*, los fariseos, con la ayuda de los escribas o doctores de la Ley, se inventaron la *Halaká*, que era una lista enorme de preceptos y aplicaciones de la Ley divina a las situaciones concretas de la vida diaria. Todo esto es verdad. Y por eso, los evangelios aluden, con frecuencia, a situaciones en las que Jesús se enfrenta con los fariseos, precisamente por causa de los minuciosos y complicados preceptos de la *Halaká* que le imponían a la gente.

Pero, si todo este asunto se piensa más a fondo, pronto se da uno cuenta de que el verdadero problema de aquellos hombres no era el tema de la ley y sus observancias. Se puede decir, sin rodeos, que el fariseo, tal como lo pintan los evangelios, es un individuo peligroso, extremadamente peligroso. Pero no por su obsesión legalista. Ni, por tanto, porque tenga su confianza puesta en la propia conducta y en el esquema de la ley. Ni tampoco porque no le preste

suficiente atención a las estructuras últimas del pecado. La peligrosidad del fariseo está en que es el tipo de hombre que *antepone un principio teórico al sufrimiento concreto de las personas*. Con el agravante de que el fariseo hace un *absoluto* de ese principio teórico. De manera que, si para que ese principio teórico quede en pie, hace falta que las personas sufran, se sientan despreciadas y humilladas, incluso que se vean como unos perdidos y unos condenados, nada de eso importa. Porque lo único que importa de verdad es lo absoluto y todo lo demás es relativo, incluido, por supuesto, el dolor de los pobres y desgraciados de este mundo.

El principio absoluto, que se propusieron los fariseos del tiempo de Jesús como lo más intocable, era la Ley divina y sus incontables aplicaciones e interpretaciones. Pero la verdad es que lo que menos importa es cuál es, en concreto, el principio absoluto que se antepone al sufrimiento humano. Ese principio absoluto puede ser cualquier otra cosa. Si a la hora de la verdad resulta que ese principio lleva a que no pongamos, como principio determinante de nuestra vida, *la lucha contra el sufrimiento en todas sus formas*, puede ocurrir que, diciendo cosas distintas de las que decían los fariseos antiguos, en realidad vayamos por la vida como los fariseos más refinados que uno se pueda imaginar.

Precisamente en esto está la diferencia radical entre la estructura de pensamiento del fariseo y la estructura de pensamiento del profeta. El profeta es el hombre que se encuentra con el sufrimiento humano y no se calla. Por eso, los profetas de Israel, a la vista de los grandes sufrimientos y miserias de aquel pueblo, reaccionaron inmediatamente. Con palabras de consuelo y esperanza. Pero también con palabras de denuncia. Por eso los profetas denunciaron a los reyes y a los ricos e incluso a los sacerdotes. Pero, no sólo a los sacerdotes, sino además al templo y al culto religioso, con sus liturgias, sus sacrificios y sus oraciones. Los profetas hicieron todo eso por una razón muy sencilla. Porque, para ellos, *lo primero no era ningún principio teórico* (por más teológico que fuera tal principio), sino que *lo primero era el*

sufrimiento humano, sobre todo el sufrimiento de los que peor lo pasan en la vida. Además, en aquel pueblo tan religioso era frecuente utilizar la religión como argumento para justificar los mil atropellos que se cometían contra los más pobres y desgraciados de aquella sociedad. Esto quiere decir, naturalmente, que los profetas, no sólo eran hombres sensibles ante el sufrimiento humano, sino que además no soportaban que se utilizase la religión para acallar la conciencia ante el dolor de los pobres. Por el contrario, en la estructura del pensamiento de los fariseos, como lo primero es la religión con sus normas y sus verdades, todo el que no se ajusta a eso, está perdido, merece la reprobación y el desprecio y, lógicamente, tiene que cargar con el pesado fardo de sufrimiento que de ahí resulta.

¿QUIÉN ES UN FARISEO?

La clave para responder a esta pregunta está en comprender que lo primero y lo determinante para Jesús no fue la Religión, ni la Ley, ni la Gracia, ni el Pecado hasta sus últimas estructuras, ni siquiera Dios en sí mismo. Lo decisivo para Jesús, cuando llegue la hora de la verdad, según afirmó el mismo Jesús, va a ser sólo una cosa: *cómo se ha portado cada uno ante el sufrimiento de los que no tienen qué comer, de los que no tienen qué ponerse, de los extranjeros e inmigrantes que se ven en tierra extraña, de los enfermos que se sienten solos y de los encarcelados a los que todo el mundo desprecia* (Mt. 25, 34-36). Y no es que Jesús fuera ateo. Ni un revolucionario desquiciado que antepone los problemas de los hombres al problema fundamental de Dios. Lo que ocurre es que a Jesús, lo que de verdad le preocupaba no eran los *problemas de la teología*, sino los *problemas de los seres humanos*. Porque él sabía muy bien que lo decisivo en el asunto de Dios no es tener una teología muy bien elaborada, sino tener muy claro *dónde* y *cómo* podemos nosotros encontrar a ese Dios al que decimos que buscamos.

Ahora bien, Jesús dejó muy claro que cada persona encuentra a Dios en la medida, y sólo en la medida, en que toma en serio el dolor de los demás. Por eso Jesús dice que se irán al infierno los que dejen a los que sufren con su sufrimiento (Mt. 25,41-43). Como también se fue al infierno el rico Epulón (Lc. 16, 19-31). De la misma manera que el sacerdote y el levita de la parábola del buen samaritano quedaron como ejemplo de lo que no se debe hacer (Lc. 10, 29-37). En todos estos casos, lo que está en juego es siempre lo mismo: «Lo que hicisteis con uno de estos, conmigo lo hicisteis» (Mt. 25, 40). Lo cual quiere decir: la cuestión decisiva para saber si uno encuentra o no encuentra a Dios está en lo que cada cual hace o deja de hacer con los que sufren en este mundo.

Pues bien, este planteamiento es el que no entra, ni puede entrar, en la cabeza, en los proyectos y en el comportamiento de un «fariseo». ¿Por qué? No porque el fariseo sea un descreído, una persona a quien lo de Dios ni le interesa, ni le importa, sino todo lo contrario. El fariseo es el hombre que tiene a Dios en el centro mismo de su conciencia. De manera que su preocupación constante es agradar a Dios y hacer lo que Dios quiere. Por eso mismo, el pecado está también en el centro de las preocupaciones de un buen fariseo. Es más, el fariseo sabe que, si se porta bien, eso se lo debe a Dios. Por eso exactamente, el fariseo que presenta el evangelio de Lucas como prototipo de este modelo de persona, cuando se pone a rezar, lo que hace es «darle gracias a Dios» (Lc. 18, 11). Y le da gracias a Dios por su buena conducta (Lc. 18, 11). Lo cual quiere decir que el fariseo ejemplar es el que sabe que, si se porta bien, es porque Dios se lo concede y es, por eso, algo que debe agradecerle a Dios. Para el fariseo, por tanto, su praxis es «gracia» que Dios le da a él. Y es que el judío, en general, de acuerdo con sus creencias, se enorgullecía de su comportamiento. Pero su orgullo estaba puesto «en Dios» (Rom. 2, 17). El fallo, por eso mismo, de los fariseos no estaba en que les faltara la fe en Dios o la gratitud a Dios. Ellos sabían muy bien que si eran lo que eran y hacían lo que hacían, se lo debían a Dios. En este sentido, su

praxis no era simple praxis «humana», de la que se puede decir (con una mentalidad marcadamente luterana) que era una praxis «situada bajo una maldición». La praxis, el comportamiento del fariseo, es una forma de vivir y de actuar que, en su estructura misma, se vive como don de Dios y gracia de Dios.

Entonces, ¿por qué el fariseo modélico y ejemplar es un tipo de persona que Jesús no tolera? Por una razón que se comprende enseguida. *Porque en el centro de sus preocupaciones no está el sufrimiento que hace padecer a los seres humanos, sino el pecado que ofende a Dios.* A primera vista, esta afirmación resultará sorprendente para unos y escandalosa para otros. ¿Es que no es más importante Dios que los seres humanos? ¿Es que por evitar un pecado contra Dios no hay que dar la vida misma, si es necesario? Estas preguntas, y otras parecidas, se resuelven por sí solas cuando uno se pone a leer los evangelios con atención.

En efecto, los relatos evangélicos que hablan de los fariseos refieren una y otra vez la preocupación que tenían aquellos hombres con el tema del pecado. En este sentido, el contraste entre Jesús y los fariseos es llamativo. Primero, porque, a juicio de los evangelios, precisamente los «pecadores» eran grandes amigos de Jesús, de manera que con ellos convivía y compartía la mesa (Mc. 2, 16; Mt. 11, 19; Lc 7, 34; 15, 1-2; 19, 7), mientras que los fariseos se escandalizan de eso y murmuran contra Jesús por ese motivo (Mt. 9,10-11; Lc. 15, 2). Segundo, porque, cuando Jesús se refiere al pecado, es para decir que lo perdona (Mc. 2, 5; Mt. 9, 2; Lc. 5,20; Mc. 3, 28; Mt.12, 31; Lc. 5, 30; Mt. 26, 28), mientras que los fariseos jamás hablan de perdón y se escandalizan de que Jesús perdone a alguien (Lc. 5,21). Más aún, el buen fariseo se escandaliza de que Jesús se deje tocar y perfumar por una pecadora (Lc. 7, 39). Y, lo que es peor, aseguran que Jesús es un pecador precisamente porque ha curado a un ciego, es decir, lo ha liberado del sufrimiento (Jn. 9, 16). La razón de este contraste es clara. Lo que a Jesús le preocupa es el sufrimiento humano. Lo que les preocupa a los fariseos es la observancia irreprochable y, por tanto, el

pecado que resulta del quebrantamiento de la norma establecida.

Este contraste es una constante en los evangelios. Seguramente, pocas veces se ha reflexionado seriamente en este punto, que es capital. Los conflictos que tuvo que soportar Jesús y las incomprensiones que padeció siempre fueron por la misma razón. Jesús se ponía de parte del que sufría, fuera quien fuera y por el motivo que fuera. Y si, para aliviar el sufrimiento, era necesario quebrantar normas establecidas e incluso escandalizar a los observantes, a los teólogos y a los sacerdotes, Jesús no lo dudaba un momento.

Ahora bien, esto es lo que en aquel tiempo y en aquella sociedad dejó descolocados a todos los que, por un motivo o por otro, eran gente entendida y religiosa. Empezando por Juan Bautista, que predicaba el arrepentimiento «para el perdón de los pecados» (Lc 3, 3). Y fustigaba a los pecadores, llamándoles «engendros de víboras» (Mt. 3, 7). Por eso, cuando Juan se enteró de lo que hacía Jesús, que no se parecía en nada a lo que había dicho y hecho Juan Bautista, le mandó unos mensajeros a Jesús a preguntarle: «¿Eres tú el que tenía que venir o debemos esperar a otro?» (Mt. 11, 3). La respuesta de Jesús es sorprendente: «Vayan y anuncien a Juan lo que oyen y ven: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres reciben la buena noticia» (Mt. 11, 4-5). Es decir, lo que a Juan le preocupaba era el problema del pecado y hasta el castigo de los pecadores (Mt. 3, 10-12).

Pero como Jesús no se dedicó a hacer eso, Juan se quedó desconcertado. La respuesta de Jesús es clave: lo que a él le preocupa es aliviar el sufrimiento y a eso es a lo que se dedica. Por eso mismo los fariseos acechan a Jesús para ver si curaba en sábado y así poder acusarle (Mc. 3, 2). Porque a ellos lo que les preocupa no es la salud del que sufre, sino la observancia del precepto o sea que no se cometa pecado contra Dios. La respuesta de Jesús a la obsesiva preocupación farisaica por el tema del sometimiento a la Ley

(para no pecar) es curar inmediatamente al que sufre (Mc. 3, 5). Y es importante caer en la cuenta de que Jesús hizo esto con indignación contra los que no tenían más problema que el pecado (Mc. 3, 5) y teniendo que soportar la consiguiente trama de los fariseos para matarle (Mc. 3, 6). Sin duda alguna, para los fariseos *el pecado* era algo tan importante que *por eso estaban dispuestos a matar*. Mientras que para Jesús aliviar *el sufrimiento* era algo tan importante, que *por eso estaba dispuesto a morir*. Se trata, en definitiva, de dos caminos radicalmente contrapuestos. El camino que lleva a poner en el centro el *pecado* frente al camino que lleva a poner en el centro el *sufrimiento*.

Por eso, cuando los evangelios dicen que Jesús empezó a anunciar la llegada del Reino de Dios, lo resumen todo con una frase genial: «Jesús recorría toda Galilea..., predicando la buena noticia del Reino, curando todo achaque y enfermedad del pueblo» (Mt. 4, 23). Y de la misma manera, cuando envía a los discípulos a la misión les dio «autoridad», no para enseñar doctrinas o para imponer mandatos, sino «para expulsar demonios y curar toda enfermedad y toda dolencia» (Mt. 10, 1). De ahí que el encargo que les da a los Doce apóstoles es el siguiente: «predicad diciendo que está cerca el Reino de Dios: curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios» (Mt. 10, 7-8). En estas disposiciones de Jesús no hay que ver un mandato o un poder sobrenatural para hacer «milagros». Porque eso no está a nuestro alcance. Jesús manda cosas que los humanos podemos hacer. Y, sin duda alguna, lo que cualquiera puede hacer en esta vida es aliviar el sufrimiento de los demás o conseguir que la vida de los otros resulte más soportable. Era la idea fija que, sin duda, tenía Jesús. Una idea que estaba exactamente en el extremo opuesto de la preocupación que caracterizaba a los fariseos.

Es verdad que en el evangelio de Juan Jesús le dijo al paralítico recién curado junto a la piscina: «No peques más, no sea que te suceda algo peor» (Jn. 5, 14). A Jesús le preocupaba el problema

del pecado, en el caso de este hombre, porque, según las creencias populares de aquel tiempo, el pecado era la causa de la enfermedad. Es decir, la explicación del sufrimiento humano estaba en el pecado. Tal es la idea que repiten, de distintas maneras, los amigos del desdichado Job cuando van a consolarle. Era la mentalidad común en las culturas de aquel tiempo.

Por eso, cuando Jesús le dice al recién curado «no peques más», lo que en realidad le está diciendo es: «procura hacer las cosas de manera que no tengas que seguir sufriendo». La recomendación paralela a la adúltera (Jn. 8,11) pertenece a un relato que no es original del evangelio de Juan. Como es sabido, este episodio se introdujo más tarde.

Se ha dicho mil veces que el fariseo es el hombre obsesionado por la observancia de la Ley. Y eso es verdad. Porque para el fariseo la mediación esencial entre el hombre y Dios es el sometimiento a la norma establecida. Pero lo que eso quiere decir en última instancia es que, para el fariseo, lo decisivo en esta vida es el pecado. Por lo tanto, lo central y determinante, para la mentalidad farisaica, no es la vida, ni los derechos de la vida de las personas, ni el sufrimiento o la desgracia de los seres humanos. Lo central y determinante es el sometimiento a la norma establecida, la observancia de los preceptos de la religión. He ahí el «principio absoluto» al que se tiene que someter y subordinar todo lo demás. Dicho de otra manera, lo decisivo no es lo humano, sino algo previo y superior a todo lo humano. Algo ante lo que la humanidad entera se tiene que doblegar y, si es necesario, sacrificarse hasta la misma muerte. Por eso (según esta mentalidad), la gran equivocación de cualquier teología es centrar sus preocupaciones en liberar a los pobres y desgraciados de este mundo. De ahí que, para cualquier fariseo, la liberación de los pobres y del sufrimiento humano no puede ser nunca el «principio absoluto» que en cualquier caso tiene que orientar y determinar nuestra vida. Porque en la estructura mental del fariseo el «principio absoluto», al que todo

lo demás se ha de supeditar, es el pecado y las estructuras últimas que lo determinan.

EL CONFLICTO DE JESÚS CON LOS FARISEOS

Ya he dicho que Jesús no se enfrentó con los romanos opresores. Y, sin embargo, se enfrentó tan duramente con los fariseos. ¿Qué peligro vio Jesús en los fariseos que no lo vio ni en el dominador extranjero? Posiblemente, la importancia que los evangelios les conceden a los fariseos está condicionada por el conflicto que los primeros cristianos tuvieron con los fariseos, quienes, sobre todo a partir del año 70 (cuando los romanos se apoderaron de Jerusalén), llegaron a tener una notable influencia entre los judíos. Pero, sea lo que sea de esta cuestión, hay un hecho que no admite dudas. La cantidad de relatos y dichos de Jesús que se refieren a los fariseos es tal y tiene tanta importancia, que eso debe responder a algo muy grave que realmente vio Jesús en aquellos hombres, los fariseos. Por lo tanto, ¿qué peligrosidad es la que vio Jesús en ese tipo de hombre al que los evangelios designan como el «fariseo»?

Dice el evangelio de Lucas que Jesús propuso la parábola del fariseo y el publicano (Lc 18, 9-14) por algunos (los fariseos) que se distinguían por tres cosas: 1) «confiaban en sí mismos», es decir, se sentían seguros de sí; 2) «porque se consideraban justos»; 3) «despreciaban a los demás» (Lc 18,9). He aquí la manera de ser del fariseo. Y también su manera de actuar en la vida. Naturalmente, lo más peligroso que tiene este tipo de hombre es que se trata de un individuo que desprecia a todo el que no piensa como él y no vive como él. Y el caso es que semejante desprecio tiene su razón de ser. Y, por cierto, una razón de ser muy bien fundamentada. El fariseo es una persona que se siente segura, es decir, él se ve que es como hay que ser. Por una razón muy poderosa: «se considera justo», o sea ve claramente que él es el que está cerca de Dios, mientras que los demás están en camino de perdición. Por esto se explica que el

fariseo de la parábola va al templo a rezar y resulta que no le pide nada a Dios. Lo único que hace es dar gracias porque él «no es como los demás hombres» (Lc. 18,11). Y a renglón seguido enumera la lista de cosas buenas que hace (Lc. 18, 12). Sin duda, todo lo que decía el fariseo de la parábola era verdad. Lo que ocurre es que la lista de sus buenas obras no pasa de ser una serie de pequeñeces sin importancia. Mientras que de lo que no se da cuenta es que está despreciando a todo el mundo. Porque para él, los demás son «ladrones, injustos, adúlteros» (Lc 18, 11). Y, sobre todo, desprecia al publicano desgraciado que «ni se atrevía a levantar la cabeza para mirar al cielo» (Lc. 18, 13).

Un individuo así es el peligro mayor que puede haber en la vida, porque es una persona que siempre llevará razón y jamás dará su brazo a torcer. Y no cederá nunca en nada porque se siente con tal seguridad, y tan superior a los demás, que no tiene otra salida que el desprecio, aunque no lo diga. Pero el hecho es que lo vive y lo siente. Ahora bien, una persona que lleva en su intimidad semejante estructura es un sujeto que: 1) está radicalmente incapacitado para amar y, por tanto, no puede querer a nadie; 2) será capaz de hacer lo que sea necesario, hasta atropellar a quien se le ponga delante, con tal de quedar él siempre por encima de los otros.

Como es lógico, un sujeto así no podrá ser jamás una buena persona. Ni podrá tener fe en Jesús. Y quienes tengan la desgracia de vivir cerca de él, estarán siempre amenazados de tener que soportar cualquier humillación y hasta atropellos de cualquier tipo. Con un agravante: el fariseo nunca se dará cuenta de lo que realmente le pasa. Ni siquiera sospechará que es como realmente es. Es el producto más sucio, y también el más peligroso, que puede producir la religión. Los evangelios dan buena cuenta de esto. Porque los fariseos eran así, por eso «acechan» a Jesús para denunciarle» (Mc. 3, 2). Porque no toleraban que sanara a un enfermo, si eso entraba en conflicto con la violación de la Ley, lo cual era pecado (Mc. 3,2). Por eso mismo, los fariseos no dudan en tramar la muerte contra el que peca faltando al precepto (Mc.

3,6). Por idéntica razón, los fariseos no dudan en calumniar a Jesús, asegurando que el bien que hace es producto del «príncipe de los demonios» (Mt. 9, 34; 12, 24). Como no tienen la menor dificultad en «confabularse contra Jesús» (Mt. 12, 14). Ni tampoco veían el menor inconveniente en dejar a sus propios padres muertos de hambre, con tal de quedarse con el dinero bajo pretexto de donarlo para el templo (Mc. 7, 8-13). Y no digamos nada cuando lo que estaba en juego era el pecado o los pecadores. Por eso, no toleran que Jesús coma con ellos (Mc. 2, 16; Lc. 15, 1-2), ni que acepte el cariño y la ternura de una pecadora (Lc. 7,39), de la misma manera que desprecian al pueblo sencillo porque «no conoce la ley y está maldito» (Jn. 7,48). Pero, sobre todo, son los fariseos los que no dudan en «dejar a un lado las cosas más graves de la Ley, el juicio, la misericordia, la buena fe» (Mt. 23, 23). Y, lo que es más grave, los fariseos son los que, a juicio de Jesús, están llenos de «huesos muertos y de inmundicia» (Mt. 23, 27), puesto que llegaron hasta «derramar sangre justa sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías... a quien mataron entre el santuario y el altar» (Mt. 23, 35).

Es verdad que a estas expresiones, y a la forma de decirlas, se les podrán poner las matizaciones históricas que sean necesarias. Pero dejemos de lado las formas externas. Lo que importa es el problema de fondo. Y ese problema está muy claro, después de todo lo que se ha dicho en este capítulo. Desde el momento en que lo que determina las ideas y el comportamiento de una persona es la lucha contra el *pecado* y no la lucha contra el *sufrimiento*, esa persona terminará siendo agente de sufrimiento, llegando incluso a torturar y matar, porque la religión y sus verdades, el pecado y sus estructuras, la ley divina y la gracia de Dios, la fe y sus exigencias, todo eso es lo primero, lo más importante, el criterio decisivo del bien y del mal.

En esto está la peligrosidad del fariseo. Porque las agresiones contra la vida que causan indecibles sufrimientos son tanto más peligrosas cuanto el motivo que las justifica es más noble. ¿Y qué

motivo puede haber más noble, en esta vida, que la lucha contra el pecado, la promoción de la fe, la primacía de la gracia de Dios y la salvación eterna de las almas? Es verdad que *en teoría* se puede, y se debe, luchar contra el pecado y aliviar el sufrimiento, ambas cosas, sin que la una se tenga que contraponer a la otra. Pero eso es en teoría. Porque *en la práctica* o sea en lo que da de sí la vida diaria de los hombres, sabemos de sobra que por luchar contra el pecado y defender la fe y la gracia de Dios se ha perseguido a los pecadores, se les ha torturado y matado, con la conciencia de que era eso lo que había que hacer. Cuando los conquistadores españoles se presentaron en América, con las bulas papales en la mano, hicieron aquello convencidos de que iban a liberar a los infieles de sus errores y sus pecados, de su falta de fe y su carencia de la gracia divina. En realidad, no sabemos si efectivamente liberaron a los habitantes del nuevo continente de muchos pecados hasta sus últimas estructuras. Lo que sí sabemos con seguridad es que robaron y mataron a miles de seres inocentes, sometieron a esclavitud y privaron de libertad a pueblos enteros, y mantuvieron semejante situación durante cuatrocientos años. Y, además, se quedaron tan tranquilos. Porque pensaban que era eso lo que tenían que hacer. La lucha contra el pecado y contra la infidelidad de los «enemigos de Dios» así lo exigía.

Al decir estas cosas, estoy exponiendo algunos de los temas más fundamentales de la teología que se ha elaborado en Europa y que luego se ha exportado a otros continentes. Lo dramático es pensar que Europa ha sido el continente que más teología ha producido y ha exportado. Pero también ha sido el continente que ha generado más sufrimiento, más humillaciones, más esclavitud y más muerte. Naturalmente, uno tiene derecho a preguntarse, ¿qué credibilidad merece semejante teología y el continente que la ha producido?

Por lo demás, los hechos que se vienen sucediendo desde el 11 S, en Nueva York, y el 11 M, en Madrid, nos están diciendo a las claras que, en el fondo, la estructura de pensamiento de los antiguos fariseos viene a ser la misma que la de los actuales terroristas suicidas.

Es verdad que, en el terrorismo actual, se complican las cosas por las implicaciones económicas y políticas que se mezclan en eso. Pero, en cualquier caso, el fondo del asunto es el mismo. El peligro básico, que vio Jesús en los fariseos hipócritas del siglo primero, sigue presente en los terroristas suicidas del siglo veintiuno.

HIPOCRESÍA Y CEGUERA

Las dos grandes acusaciones que Jesús hace contra los fariseos son la «hipocresía» (Mt. 15, 7; 22, 18; 23, 13. 15. 23. 25. 27. 28. 29; Mc. 7,6; 12, 15; Lc. 12, 1) y la «ceguera» (Mt. 15, 14; 23, 16. 17. 19. 24. 26; Jn. 9, 34. 40. 41). Son las consecuencias inevitables que se producen en la vida de una persona que piensa y vive como pensaban y vivían los fariseos.

Primero, la hipocresía. Porque el fariseo tiene conciencia de que es el hombre ejemplar, el observante exacto, la persona intachable. Y, además, tiene muy claro de que es así como tiene que aparecer ante todo el mundo. Ahora bien, como la condición humana no da eso de sí, la única salida que le queda al fariseo, para cumplir bien su papel en la vida, es la hipocresía. No porque intencionadamente haga una cosa y aparente otra. Sino porque organiza toda de su vida de manera que nadie pueda jamás decir nada negativo de él, por más que eso se haga a costa de que los demás sufran las más desagradables consecuencias de semejante comportamiento. Lo que sufran los demás no le preocupa al fariseo. Porque su interés está centrado en la ejemplaridad de su vida. Puesto que su proyecto fundamental no es la lucha contra el sufrimiento, sino la lucha contra el pecado.

Segundo, la ceguera. Porque el fariseo es el modelo de persona que se siente siempre segura de sí misma, de lo que hace y de lo que dice. Por eso es un hombre que le da gracias a Dios de no ser como los demás hombres. Ahora bien, su propia seguridad es su ceguera. Y lo más grave del asunto es que, como tiene la convicción de que su comportamiento se basa en el motivo más noble y más digno (la voluntad divina), entonces nos encontramos con un ciego que no

puede salir de su ceguera. Es decir, el fariseo auténtico atropella a quien sea con la mejor conciencia del mundo. Y esto es lo más peligroso que tiene este tipo de persona. Porque el que ofende o hace daño por pasión, por vicio, por maldad pura y dura, ése puede tener remedio y hasta puede llegar el día en que se convierta y cambie de vida. Pero el que hace daño y causa sufrimiento, con la seguridad de que eso es lo que tiene que hacer, porque eso es necesario para acabar con el pecado y con el mal, ¿qué posibilidad de cambio o de conversión cabe ahí?

Sin duda alguna, Jesús tenía toda la razón del mundo cuando vio claramente que el mayor peligro para la humanidad no son los opresores, sino los fariseos. Porque los fariseos oprimen donde ningún opresor de este mundo puede oprimir. Por eso, Jesús no se enfrentó a los romanos. Sus conflictos, hasta la misma sentencia de muerte (Jn. 11, 47-48), fueron con los fariseos. Y es que, si todo esto se piensa detenidamente, uno se da cuenta de que los *poderes de este mundo* son peligrosos, ¡qué duda cabe! Pero son mucho más peligrosos los *poderes del otro mundo*, es decir, los que se presentan como representantes del poder supremo y último. Porque entonces se trata de poderes que tocan donde nada ni nadie más puede tocar, en la intimidad de la conciencia, allí donde uno se ve a sí mismo como una buena persona o, por el contrario, como un perdido y un degenerado.

Mientras se sufre con la conciencia de que se hace lo que se debe hacer, el sufrimiento tiene, por lo menos, algún sentido. Y de ese sentido (que puede tener el dolor) se sacan fuerzas para soportarlo. Lo peor que le puede ocurrir a alguien es tener que sufrir sin verle sentido alguno al sufrimiento. Y peor aún, tener que sufrir con el sentimiento espantoso que es la culpa, al verse uno responsable de lo que le pasa. Exactamente, eso es lo que consigue el fariseo de aquellos que no tienen más remedio que convivir con él. O, lo que es más terrible: los que se tienen que someter a su afán de acabar con el pecado, aunque sea a costa del insoportable sufrimiento del que no se atreve ni a levantar la

vista del suelo, como le pasaba al publicano de la parábola evangélica (Lc 18, 13).

EL RETORNO DE LOS FARISEOS

Los años 60 y 70 del siglo XX fueron años de inquietud y de impaciencia por cambiar las cosas en la sociedad y en la Iglesia. Fueron los tiempos de las revueltas sociales, de los movimientos contraculturales, los tiempos de Juan XXIII y el concilio Vaticano II, Medellín y la teología de la liberación. Todo esto, con sus luces y sus sombras, abrió ventanas de esperanza. Pero aquellas impaciencias, con sus profetas y sus mártires, nos han dejado la impresión de algo que pasó y que difícilmente volverá. Hace poco, J. P. Le Goff ha calificado al mayo del 68 como la «herencia imposible». Y ha pasado lo que en tales circunstancias tenía que pasar: han vuelto los fariseos. Es decir, han ocupado la escena los observantes, los intachables y los que acusan a los profetas, presuntamente fracasados, de sustituir la buena noticia de la *liberación definitiva, que ha tenido lugar en Cristo, por otras «buenas noticias»*.

Así las cosas, nada tiene de particular que el centro de las preocupaciones de muchos hombres de Iglesia vuelva a ser el pecado, analizado hasta sus últimas raíces y desentrañado en su infinita casuística. El centro ya no es el sufrimiento humano, por más que el sufrimiento se acrecienta por días en su escalada irracional. Hemos retornado a la teología que interesa al sistema dominante. La teología que se hizo durante siglos en Europa. La teología que se calló ante las atrocidades del continente más ecocida del mundo. La teología que incluso legitimó gustosamente tales y tantas atrocidades. La teología que, aduciendo citas y más citas del concilio Vaticano II, ha hecho imposible su debida “recepción” en la Iglesia. La teología romana de la curia vaticana se siente satisfecha. Pero, ¿a qué precio? Al precio del éxodo masivo. silencioso y creciente de cristianos que abandonan la Iglesia sin abandonar su fe en el Evangelio. Y así,

estamos asistiendo a un fenómeno nuevo, desconocido hasta ahora: los cristianos sin Iglesia. Porque una Iglesia dominada por los “nuevos fariseos” y gestionada por ellos es una Iglesia en la que sólo pueden sentirse a gusto los “fundamentalistas” de hoy, que se parecen en muchas cosas a los “fariseos” de hace dos mil años.

¿FRACASARON LOS PROFETAS?

Hacerse esta pregunta es lo mismo que preguntarse: ¿fracasó Jesús de Nazaret? Todos sabemos que su vida, efectivamente, terminó en el fracaso total. Abandonado por su pueblo y sus discípulos, desamparado por el mismo Dios (Mc. 15,34; Mt. 27,46), colgado entre dos malhechores como el más peligroso de ellos, en realidad, aquella vida y aquel desvelo por los pobres y los enfermos, ¿para qué sirvió? ¿En qué cambió la vida de aquellas gentes que, a los pocos años, terminaron arrasadas por el Imperio? Poco, muy poco, se puede decir como respuesta a preguntas tan molestas. Y, sin embargo, si hoy nos queda algo de esperanza, no es ciertamente por los análisis de las raíces últimas del pecado. Como tampoco ofrecen muchas luces de esperanza los fariseos antiguos y actuales, que no tienen otra cosa que ofrecer que no sea el silencio ante el dolor del mundo o el sometimiento a lo que mandan los que nunca supieron reprimir sus ansias de poder. Si hoy podemos apelar todavía a la esperanza, es porque sigue habiendo mujeres y hombres que no se resignan ni se callan ante el sufrimiento que aplasta a millones de seres humanos. Y estamos seguros de que, mientras haya rebeldía ante el dolor del mundo, habrá esperanza. No sólo de que este mundo pueda mejorar, sino además de que, más allá de la historia, la vida vencerá a la muerte para siempre. Porque la muerte de Jesús no fue la última palabra. La palabra definitiva es la VIDA.

De una manera o de otra todos llevamos dentro un fariseo. No podremos creer en Jesús mientras no lo matemos.

EL ESPÍRITU SANTO

1- LAS DIFICULTADES

Empezamos hablando de las dificultades que presenta el tema del Espíritu Santo. ¿Por qué? Porque hay muchos cristianos que, cuando se habla del Espíritu, piensan y dicen cosas que, en la práctica, les incapacitan para comprender lo que significa y, sobre todo, lo que exige el Espíritu de Dios a los seres humanos.

Ante todo, para muchos cristianos, hablar del Espíritu Santo es hablar de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Eso y nada más que eso. Naturalmente, los que piensan de esa manera se imaginan que el Espíritu de Dios está en el cielo, no en la tierra. Y aunque es verdad aquello de que Dios está en todas partes, no es menos cierto que mucha gente piensa (más o menos confusamente) que, así como el sitio de los mortales es «este mundo», el sitio de Dios es «el otro mundo». De donde resulta que, para quienes se imaginan todo lo de Dios de esa forma, el Espíritu Santo está ausente de la historia, es decir, ausente de la vida y de las peripecias propias de nuestra existencia, de nuestra sociedad, del acontecer de los pueblos, de las culturas, de las alegrías y tristezas de los seres humanos.

La segunda dificultad es, seguramente, más peligrosa. Y consiste en que, para muchas personas, el «espíritu» se contrapone a la «materia» y, por tanto, al cuerpo, a lo sensible, a lo que se nos mete por los ojos, lo que palpamos, lo más inmediatamente nuestro, lo que (con tanta frecuencia) nos hace felices o desgraciados. Esta idea de lo que es el «espíritu» viene de lejos: de antiguas filosofías, que, de una manera o de otra, interpretaban la realidad a partir de la contraposición entre «lo espiritual» y «lo material», el principio de «lo bueno» y el principio de «lo malo». El platonismo, el gnosticismo, el maniqueísmo y otras teorías parecidas, que, como es bien sabido, influyeron en los cristianos antiguamente. Y todavía funcionan en la cabeza de mucha gente, sin duda más de lo que algunos se imaginan. De ahí que aún quedan muchos cristia-

nos que están convencidos de que, para ser verdaderamente «espirituales» y dejarse llevar por el «espíritu», tienen que renunciar a lo material, a lo sensible, a lo humano.

La tercera dificultad es de tipo más «eclesiástico». Y el hecho es que abunda más de lo que sospechamos. Hay muchos creyentes que están persuadidos, por supuesto, de que el Espíritu de Dios está, no sólo en el cielo, sino además en la tierra. Y que, por tanto, actúa en el mundo. Pero, ¿dónde? Aquí está el problema. En este punto concreto, se suelen hacer dos «restricciones»: 1) los que piensan que el Espíritu Santo está sólo en la Iglesia y actúa sólo a través de ella; 2) los que, además, piensan también que el Espíritu Santo, ya dentro de la Iglesia, donde actúa casi exclusivamente es en la Jerarquía eclesiástica y a través de los dirigentes de la Iglesia, de manera que ellos gozan de una especie de «monopolio» (más o menos indefinido) en virtud del cual los obispos son los que tienen, en exclusiva, el «carisma» de garantizar la auténtica presencia o ausencia del Espíritu en una persona, en un grupo, en una institución o en cualquier situación que se presente.

Finalmente, desde hace algunos años ha surgido una nueva dificultad a la hora de hablar del Espíritu Santo. Se trata de los interrogantes que plantean los movimientos carismáticos, que nacieron en el protestantismo y se han metido en el catolicismo con notable fuerza. Los grupos carismáticos tienen puntos positivos, pero, tal como de hecho actúan, plantean dos problemas: primero, el peligro de «reducir» la acción del Espíritu a lo extático, es decir, a lo contemplativo, lo místico, lo que rompe con la vida diaria, porque se tiene (inconscientemente) la impresión de que al Espíritu se le encuentra en la oración y, en su más pura expresión, en el éxtasis. Segundo, el peligro de «reducir» la acción del Espíritu a lo extraordinario, que se manifiesta en curaciones milagrosas, hablar en lenguas extrañas, profecías más o menos sorprendentes y cosas por el estilo. Por supuesto, tanto lo extático como lo extraordinario han sido cosas que han estado

siempre presentes en la historia del cristianismo. El peligro actual está en «reducir» la presencia y la acción del Espíritu a esas dos cosas solamente. Porque, entonces, el compromiso por transformar la realidad y, sobre todo, por aliviar el sufrimiento de las víctimas del sistema establecido, viene a quedar reducido a poca cosa, si es que no queda del todo marginado.

II. LO QUE, ANTE TODO, DEBE QUEDAR CLARO

Antes que nada, lo del Espíritu Santo como persona divina. Por supuesto, quienes aceptamos el Símbolo de la Fe (el «credo») que nos presenta la Iglesia, afirmamos nuestra fe en el Espíritu Santo como tercera persona de la Santísima Trinidad. Ni de esto hacemos problema, ni podemos hacerlo, porque en ello nos jugamos nuestra comunión en la fe. Pero esto no impide que tengamos dos cosas muy presentes.

La primera es que lo del Espíritu Santo como persona divina no es una cuestión central en las enseñanzas del Nuevo Testamento cuando hablan del «Espíritu». Es verdad que hay textos que se pueden interpretar como afirmaciones de fe en el Espíritu de Dios personificado (por ejemplo, Rom. 8,16; 1Cor. 2,10). Pero si tenemos en cuenta que la palabra *pneuma* (espíritu) aparece 379 veces en el Nuevo Testamento, las escasas alusiones (siempre indirectas) al Espíritu «personificado» quedan en un lugar muy secundario. O sea, lo central que el Nuevo Testamento nos enseña sobre el Espíritu de Dios no va por lo de la tercera persona de la Santísima Trinidad.

La segunda es que, como es bien sabido, el dogma trinitario y, por tanto, la afirmación del Espíritu Santo como tercera persona de la Santísima Trinidad, es una cuestión de la que la Iglesia tomó conciencia clara después de mucho tiempo, exactamente a finales del siglo IV. Es verdad que, en el Nuevo Testamento, hay algunos textos que parecen indicar lo del dogma trinitario, por ejemplo Mateo 28, 19; 2 Corintios 13,13. Pero de esos textos hasta lo que se dijo en el Símbolo del concilio de Constantinopla (año 381), hubo que recorrer un largo camino de reflexión, de estudio y hasta de discusiones fuertes entre obispos, teólogos y cristianos en general. Más aún, sabemos que los primeros «credos» que se rezaron en las iglesias decían literalmente, según el texto griego origi-

nal: «creo en espíritu santo». Es decir, en estas palabras, faltaba el artículo «el» delante del «espíritu». Esto viene a indicar que, inicialmente, esta afirmación de fe en el Espíritu no tenía una significación trinitaria, sino más bien un sentido histórico-salvífico. O dicho de otra forma, la tercera parte del Símbolo de la fe no aludía a la tercera persona de la divinidad, sino al Espíritu Santo como don de Dios a la historia en la comunidad de los que creen en Cristo. Así lo demostró, hace muchos años, el actual cardenal secretario de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe (J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Salamanca 1970, 291-292).

La segunda cuestión que debe quedar clara es la siguiente: de acuerdo con la teología del Nuevo Testamento, entendemos por «Espíritu» la donación y la entrega de Dios a los seres humanos y la acción constante de Dios, presente en todos nosotros. En consecuencia, cuando los cristianos hablamos del Espíritu (con mayúscula), nos referimos a la acción de Dios en la humanidad y, por tanto, a esa intervención en la historia, en el mundo, en la sociedad. Esta intervención ocurre, a veces, mediante hechos o actos propiamente «religiosos» o «eclesiales». Pero la intervención del Espíritu en la historia no se limita a ese tipo de hechos. También en los cambios de la cultura y de la sociedad interviene el Espíritu. Y debemos pensar que tales cambios son fruto del Espíritu, aunque nosotros no pensemos en semejante cosa o no nos demos cuenta de ello. Por ejemplo, parece bastante claro que la aspiración universal, que se nota hoy en el mundo entero, de lograr una sociedad más justa, más humana, más solidaria, eso es la señal más clara de que el Espíritu de Dios está presente en el mundo y actuando en él.

En tercer lugar, es fundamental recordar siempre que, cuando el libro de los Hechos de los Apóstoles explica, por boca del apóstol Pedro, la venida del Espíritu al mundo, afirma (citando una profecía de Joel 3, 1-5) que el Espíritu de Dios se comunica a todo ser humano («derramaré mi Espíritu sobre toda carne»), lo mismo a los hombres que a las mujeres, a los jóvenes que a los

ancianos, de manera que el texto profético termina diciendo: «sobre mis siervos y siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días» (Hech. 2,17-18). Esto significa, por lo pronto, que la presencia del Espíritu de Dios no tiene, ni puede tener, limitación alguna; es decir, está presente y activo en toda la humanidad.

Es verdad que el libro de los Hechos se refiere casi constantemente a la intervención del Espíritu en la comunidad de los creyentes en Jesucristo, es decir, en la Iglesia. Pero eso es porque la historia que cuenta es la historia de las primeras comunidades cristianas y, como es lógico, a eso alude continuamente. Con todo, incluso en esa historia aparece claramente que el Espíritu se hace presente también fuera de los límites de la Iglesia (Hech. 10, 45; 11, 15-16) y hasta en contra de lo que los mismos dirigentes eclesiásticos esperaban, como abiertamente confiesa Pedro: «Realmente voy comprendiendo que Dios no hace distinciones, sino que acepta al que le es fiel y obra rectamente, sea de la nación que sea» (Hech. 10, 34-35). Por tanto, pensar que los cristianos tenemos el monopolio del Espíritu es una equivocación peligrosa, que desemboca (quizá inconscientemente) en un talante de superioridad en relación al resto de los mortales, y que, precisamente por eso, dificulta enormemente el verdadero diálogo, el encuentro y el amor sincero que nos pueden unir a quienes no piensan como nosotros.

Por la misma razón, también puede resultar peligroso que en la Iglesia haya quienes, de una manera o de otra, pretenden ser ellos los que poseen preferentemente el Espíritu y, más aún, si lo que intentan es monopolizar el Espíritu de Dios. Esto vale, primero, para los grupos «carismáticos».

En la Iglesia tiene que haber Jerarquía y en ella deben gobernar los obispos. Pero la Iglesia es ante todo la comunidad del Espíritu, y está siempre animada e impulsada por el Espíritu de Dios, que se comunica libremente a quien quiere y como quiere. En la Iglesia hay, por tanto, ministerios, dados por el mismo Cristo, para la edi-

ficación de la Iglesia (Ef. 4, 11-13). De manera que «en la comunidad Dios ha establecido a algunos, en primer lugar, como apóstoles; en segundo lugar, como profetas; en tercer lugar, como maestros» (Icor. 12,28). Esto es fundamental para entender correctamente a la Iglesia. Pero nunca podemos olvidar que san Pablo enumera estos ministerios después de haber establecido el principio básico: «Los dones son variados, pero el Espíritu el mismo; las funciones son variadas, aunque el Señor es el mismo; las actividades son variadas, pero es el mismo Dios quien lo activa todo en todos» (1 Cor. 12,4-6). Por eso, el mismo Pablo, antes de hablar de los diversos ministerios, afirma lo que es común a todos en la comunidad: «la manifestación particular del Espíritu se le da a cada uno para el bien común» (Icor. 12,7). Y, por tanto, en la Iglesia nadie tiene derecho a apropiarse la posesión del Espíritu con preferencia sobre los demás. De ahí que san Pablo concluye con esta afirmación capital: «Todo esto lo hace el mismo y único Espíritu, que reparte a cada uno sus dones como él quiere» (I Cor. 12, 11). La última palabra, en la Iglesia, la tiene siempre el Espíritu, que se comunica a todos.

Por último, sin duda, lo más importante, es que a los autores del Nuevo Testamento no les interesa ni parece preocuparles lo que es el Espíritu en sí, sino los signos de su presencia y acción en la vida y en la historia de los hombres y mujeres de este mundo. Dicho de otra manera, lo determinante para los cristianos no es saber qué es el Espíritu, sino cómo actúa el Espíritu y dónde actúa ese mismo Espíritu. Esto es lo que debe acaparar nuestra atención, cuando se trata de precisar y concretar lo que de verdad nos interesa sobre Espíritu Santo.

Pensar que los cristianos tenemos el monopolio del Espíritu es una equivocación peligrosa que dificulta enormemente el verdadero diálogo, el encuentro y el amor sincero que nos pueden unir a quienes no piensan como nosotros. «Realmente voy comprendiendo que Dios no hace distinciones, sino que acepta al que le es fiel y obra rectamente, sea de la nación que sea» (Hech. 10,34-35).

III. ESPÍRITU DE DIOS, ESPÍRITU DEL HOMBRE

¿Cómo actúa el Espíritu? ¿Dónde actúa el Espíritu? Estas son las preguntas que, ante todo y sobre todo, nos interesa contestar. Porque hay gente que se imagina que el Espíritu se hace presente, principalmente, en esos momentos privilegiados en los que rezamos con tal entusiasmo y tales sentimientos que llegamos a experimentar no sé qué emociones que nos acercan al éxtasis o a algo que se parece mucho a eso. ¿Es ahí donde el Espíritu se manifiesta antes que en ningún otro momento? ¿Es precisamente de esa manera?

Para responder a estas preguntas, lo primero que se debe tener en cuenta, es que (según nos enseña el Nuevo Testamento) existe una relación profunda entre el Espíritu de Dios y el espíritu del ser humano. En efecto, de los diversos sentidos en que san Pablo utiliza la palabra «espíritu», nos interesa considerar los dos principales, a saber: el «Espíritu de Dios» (por ejemplo, Rom. 8,16; I Cor. 2,10) y el «espíritu del hombre», es decir, el yo con sus intenciones (*cfr.* Rom. 1,9), sentimientos (I·Cor. 16,18) y la conciencia que el ser humano tiene de sí mismo (I Cor. 2,11). Pero aquí es decisivo advertir que con frecuencia resulta difícil saber si un determinado texto pertenece al primer grupo o más bien al segundo. De ahí, las dudas, que suelen tener los que traducen el Nuevo Testamento, a la hora de precisar en qué textos la palabra *pneuma* se debe poner con mayúscula (el «Espíritu» de Dios) o con minúscula (el «espíritu» del ser humano).

Esta dificultad no es simplemente una cuestión de gramática. Se refiere a algo mucho más profundo, a saber: la relación que existe entre el Espíritu de Dios y el espíritu del hombre. En este sentido, como se ha dicho muy bien, parece que se puede hablar de una correspondencia profunda entre el espíritu del ser humano (Rom. 1,9; 8,16; ICor. 2,11; 5,3-4; Gal. 6,18; Fil. 4,23; 1 Tes. 5,23;

Filem. 25) y el Espíritu de Dios, que suscita y dirige a las mujeres y a los hombres, si bien el Espíritu de Dios es siempre soberano con relación a todo lo que es simplemente humano.

Pero la cuestión capital aquí es la siguiente: si, efectivamente, existe esa profunda correspondencia entre el Espíritu de Dios y el espíritu de los humanos, ¿en qué dirección orienta el Espíritu (divino) al espíritu (humano)? Para responder a esta pregunta, lo primero que se debe recordar es el texto capital de Gal. 5,22: el fruto del Espíritu es el amor en sus diversas manifestaciones. Ahora bien, sabemos de sobra que el amor, entre los seres humanos, es la experiencia central de la vida. Por eso se comprende la frecuente conexión que el Nuevo Testamento establece entre el Espíritu y la vida (1^a.Cor. 4,18; Jn. 3,5-6; Rom. 1,4; 8,5-6.11.13; I Cor. 15,45; Gal. 6, 8). Donde hay Espíritu, hay vida. De manera que la vida de los hombres y mujeres es donde, ante todo, se hace presente y se manifiesta el Espíritu Santo.

¿Qué quiere decir esto, más en concreto? Aquí, creo yo, damos con una de las afirmaciones más fundamentales del cristianismo. El punto capital es éste: el centro de la relación de Dios con el hombre es la vida. Concretamente, «esta» vida, ya que es en esta vida donde, ante todo, se realiza el encuentro y la correspondencia entre el Espíritu de Dios y el espíritu humano. Por la fe sabemos que la vida, que el Espíritu nos comunica, tiene tal fuerza y tal plenitud que trascenderá los límites de la existencia presente y nos concederá una vida sin término (*cfr.* Rom. 8, 9-11). Pero la esperanza en el futuro no debe marginar, y menos aún desplazar, la centralidad del acontecimiento cristiano, que -no lo olvidemos- se ha realizado y se prolonga en la historia. Por eso repito lo que he dicho antes y que, según creo, no estamos acostumbrados a oír: el centro de la relación de Dios con el ser humano es la vida, de forma que en eso está la clave para comprender lo que significa y exige la presencia del Espíritu en nuestro espíritu, en todo espíritu, es decir, en todo ser humano.

Ahora bien, eso quiere decir que el centro de la relación de Dios con los seres humanos no está en la religión, sino en algo que es más fundamental que la religión, es decir, está en la vida. Y, por tanto, el centro de la relación de Dios con los seres humanos no está en la Iglesia, sino en algo que es más fundamental que la Iglesia, es decir, la vida. Al decir esto, no se trata de quitarle su importancia a la religión, como tampoco se trata de disminuir la importancia que tiene la Iglesia. Lo que quiero decir es que la religión y la Iglesia no existen para sí mismas. Dios quiere que haya religión y que haya Iglesia, pero con tal que la religión y la Iglesia existan para dar vida y se dediquen a respetar la vida, defender la vida, potenciar la vida, hacer que la gente tenga una vida más digna e incluso lograr que los seres humanos, todos los seres humanos, (en cuanto eso es posible) disfruten de la vida.

Yo no sé si caemos en la cuenta de todo lo que esto representa. De una cosa sí estoy seguro: plantear de esta manera el asunto de Dios y el asunto del Espíritu es el único camino para superar los miles de prejuicios, de sospechas y de resistencias que mucha gente tiene contra Dios, contra la religión y contra la Iglesia. Por una razón que se comprende enseguida: con demasiada frecuencia, por desgracia, la religión se ha puesto por encima de la vida e incluso en contra de la vida. Y también la Iglesia se ha antepuesto a la vida y a los derechos de la vida. De sobra sabemos que las páginas de la historia están demasiado ensangrentadas por causa de la religión y por causa de la Iglesia: cruzadas, inquisición, guerras de religión, matanzas de herejes, judíos y paganos... Cosas espantosamente desagradables que quisiéramos olvidar. Y en la actualidad, los terrorismos que, en nombre de la religión, matan, torturan, desencadenan violencias y guerras. Es verdad que la Iglesia ya no mata a la gente en nombre de sus sagrados poderes. Pero también es cierto que hay muchas maneras de atentar contra la vida, contra la dignidad de la vida de las personas, contra los dere-

chos de las personas, contra la paz en la intimidad de las personas, contra el disfrute legítimo que las personas tienen derecho a gozar en la vida. Todos sabemos que hay predicadores que prohíben el uso del preservativo aun a sabiendas de que eso puede aumentar el número de enfermos de sida, lo que resulta espantoso en sitios como África, donde millones de enfermos tienen sus días contados, a veces, por causa de conductas de este tipo.

Para caer en la cuenta de la verdad que entraña lo que acabo de decir, basta recordar los dramas ocultos (o no tan ocultos) que se viven en muchas familias, en no pocas comunidades religiosas, en la intimidad secreta de tantas conciencias, en países donde las condiciones sanitarias son extremadamente deficientes. Cosas demasiado desagradables, de las que saben mucho los confesores, los médicos y, con frecuencia, concretamente los psicólogos y psiquiatras. Y lo peor del caso es que, demasiadas veces, estas cosas siguen pasando porque, en definitiva, la religión se sigue anteponiendo a la vida. Y los derechos, poderes y dignidades de la Iglesia se interpretan en la práctica de tal manera que están antes que los derechos de las personas, la dignidad de las personas y la felicidad de las personas. Se mire por donde se mire, todo esto, en última instancia, es no tener respeto -el respeto que se merece- al Espíritu de Dios, presente en el espíritu de cada ser humano.

LA VIDA Y LA CULTURA

Y todavía, una observación importante: *respetar la vida es respetar la cultura en la que cada persona nace, vive y muere*. Es decir, si los cristianos tomamos en serio eso de respetar la vida, tenemos que tomar igualmente en serio el respeto por las distintas culturas en las que viven los seres humanos. O sea, tenemos que tomar en serio el respeto por las distintas maneras de pensar y, entre otras cosas, de entender y vivir la religión, según las tradiciones de cada pueblo y de cada historia particular. Cada día se hace más necesario y más urgente el diálogo interreligioso, por la sencilla razón

de que, mientras no haya de verdad diálogo entre las distintas religiones, no habrá paz mundial. Y, además, porque tenemos que estar persuadidos de que el Espíritu de Dios está presente y activo en todos los hombres y mujeres de buena voluntad que, a través de sus tradiciones y culturas religiosas, buscan al Dios que nos trasciende a todos. Los cristianos decimos que Cristo es el único mediador entre Dios y la humanidad (1 Tim. 2,5; Heb. 8,6; 9,15; 12,24). Pero no debemos olvidar que su mediación única se fundamenta en su resurrección, por la que fue constituido Señor nuestro «según el Espíritu santificador» (Rom. 1,4). Lo cual quiere decir que, en última instancia, la mediación universal entre Dios y la humanidad tiene su fundamento en el Espíritu. Por eso es posible -y en el futuro será viable- el dialogo interreligioso con todas sus consecuencias. A fin de cuentas, los habitantes de este mundo nos diferenciamos por razas, culturas, religiones, nacionalidades y mil cosas más. Pero hay una cosa en la que coincidimos: todos queremos vivir. Y vivir felices y con dignidad. Lo genial es que, precisamente cuando coincidimos en eso, sin pensarlo ni sospecharlo, todos estamos coincidiendo en el Espíritu de Dios, si es que de verdad hacemos lo que está a nuestro alcance para que todo el mundo viva feliz y dignamente.

IV. EL ESPÍRITU PROFÉTICO

Cuando decimos que una persona o un grupo poseen el Espíritu de Dios y son guiados por el Espíritu de Dios, ¿en qué se nota eso? O dicho de otra manera, ¿cómo podemos saber que en un individuo o en una comunidad está presente, de verdad, el Espíritu Santo? Estas preguntas nos llevan, sin poder evitarlo, a plantearnos otras cuestiones que interesan a muchos cristianos. Por ejemplo: ¿se puede afirmar que una persona tiene asegurada la asistencia del Espíritu Santo «por el cargo que ocupa»? O también, ¿se puede decir tranquilamente que en un grupo está presente el Espíritu por el solo hecho de que ese grupo reza mucho y con mucho entusiasmo? Más aún, ¿podemos estar seguros de que el Espíritu de Dios está donde ocurren cosas extraordinarias, como milagros o cosas parecidas?

Para responder a estas preguntas, lo primero que se tiene que hacer es echar mano del Evangelio. Porque está claro que, para los cristianos, el primer criterio a tener en cuenta (en todo lo que se refiere a Dios) debe ser el Evangelio. Pues bien, hoy está fuera de duda que, cuando los evangelios hablan del Espíritu (*pneuma*), se refieren al «Espíritu profético».

En efecto, los judíos del tiempo de Jesús sabían muy bien que, en los escritos proféticos del Antiguo Testamento, se explica, muchas veces, la relación tan profunda que existió siempre entre el «Espíritu» y los «profetas» (por ejemplo: Is. 32,15-20; Ez. 31,1-14; Is. 42,1-4; 49,1-6; 59,21; 63,11-14; Joel 3, Is.; Ag. 2,5; Zac. 4,6). Pero, además de eso, se sabe que los judíos estaban convencidos de que el Mesías, que ellos esperaban, tenía que ser un salvador que cumpliría las promesas del Espíritu que, en tiempos antiguos, anunció el profeta Isaías. La consecuencia es clara: en tiempos de Jesús, hablar del «Espíritu» era hablar del Espíritu «profético».

Ahora bien, ¿qué quiere decir esto? Sin duda alguna, donde el Evangelio explica este asunto con más claridad es cuando cuenta que Jesús, «con la fuerza del Espíritu» (L.c 4, 14), fue a Nazaret, entró en la sinagoga, y leyó, delante de la gente, el siguiente texto de Isaías:

*El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque él me ha ungido
para que dé la buena noticia a los pobres.
Me ha enviado para anunciar la libertad a los presos
y la vista a los ciegos,
para poner en libertad a los oprimidos,
para proclamar el año de gracia del Señor.*

(Is. 61,1 -2)

Después de leer estas palabras del profeta, Jesús se sentó y dijo: «Hoy, en vuestra presencia, se ha cumplido este pasaje» (Lc 4,18-21). Esto quiere decir tres cosas:

1. Jesús fue un profeta. Primero, como es obvio, porque él se aplica a sí mismo lo que dijo aquel antiguo profeta al que se le conoce como el tercer Isaías. Segundo, porque sabemos que Jesús fue reconocido como profeta por el pueblo (Mc. 6,15 par; 8,28 par; Mt.21,11.46; Lc. 7,16; Jn. 4,19; 6,14; etc). Tercero, porque los discípulos también pensaban que era un profeta (Lc. 24,19). Cuarto, y sobre todo, porque el propio Jesús se consideró a sí mismo entre los profetas (Mc. 6,4; Lc. 13, 33; Mt. 23, 31 s. 34-36. 37-39).

2. El Espíritu se hizo presente en Jesús e intervino en su vida para que cumpliera su tarea y su destino de profeta. Esto significa lo siguiente: Jesús pudo presentarse, en la sociedad de su tiempo, como «hombre de Dios», porque ese título y esa vocación existió entre los judíos (Elias, Eliseo), pero el Espíritu no llevó a Jesús por ahí, seguramente porque el rasgo principal del Dios de esta clase de hombres no era la *bondad*, sino el *poder* (cosa que está bien demostrada). Por otra parte, Jesús pudo presentarse también como «visionario» (otro título y otra vocación que hubo entre los judíos), pero tampoco el Espíritu llevó a Jesús por ese

camino, sin duda porque, con frecuencia, los «visionarios» se dedicaron a legitimar (dar por buena) la moralidad pública, es decir, lo que se hacía o se dejaba de hacer en la sociedad judía. Pero resulta que el Espíritu que impulsó a Jesús no quiso que éste se limitara a ser un «hombre de Dios» o un «visionario». El Espíritu de Jesús fue el «Espíritu profético». Por eso Jesús tuvo que cumplir en su vida con la tarea y el destino de un verdadero «profeta».

3. Jesús realizó este destino y esta tarea haciendo cuatro cosas: 1) «dar la buena noticia a los pobres»; 2) «anunciar la liberación y poner en libertad a los oprimidos»; 3) «indicar que los ciegos iban a ver»; 4) «proclamar el año de gracia del Señor». Todo esto quiere decir, por lo menos, algo que está muy claro: el Espíritu de Jesús se hace presente donde se alivia el sufrimiento de los que peor lo pasan en la vida. Aunque eso lleve consigo tomar decisiones que pueden costarle a uno la misma vida, si es que se toman en serio las cuatro cosas que indica el Evangelio.

Pero aquí se plantea un problema: ¿por qué el Espíritu de Jesús nos puede llevar a tomar decisiones que pongan en peligro la misma vida? ¿Es que aliviar el sufrimiento de la gente puede ser una cosa que resulte tan peligrosa?

La respuesta se comprende cuando tenemos en cuenta estos tres hechos: 1) no vivimos en un mundo «ideal», en el que todo funciona bien, y en el que toda la gente se porta honradamente; 2) vivimos en una sociedad que está «organizada» de tal manera que unos seres humanos hacen sufrir a otros seres humanos mucho más de lo que humanamente se puede soportar; 3) estando así las cosas, callarse y pretender ser «neutral», ante semejante situación (porque hay quien piensa que no debe «meterse en política», porque no tiene que implicarse en «las cosas de este mundo» o algo por el estilo) es hacerse cómplice de tal situación. O dicho más claramente: en esta vida, el que (por la razón que sea) no se pone, claramente, decididamente, de parte de los más

débiles (que son los que más sufren), se hace responsable del sufrimiento de esas personas.

Pero hay más. Porque, en este mundo, desde que unos hombres (reyes, gobernantes, dirigentes, poderosos de todas clases) se pusieron a mandar sobre los demás, inevitablemente ocurrieron dos cosas. Primero, los que tenían y tienen poder (político, económico, militar, ideológico...) son los que causan más sufrimiento a los que no tienen poder. Segundo, el que se pone de parte de los que sufren, por eso mismo y por eso sólo, se enfrenta a los que causan el sufrimiento.

Ahora se comprende por qué ponerse a aliviar el sufrimiento de los pobres (los débiles, los que no tienen poder) es lo mismo que tomar una decisión que puede y suele resultar muy peligrosa. Por eso, el Evangelio dice que Jerusalén mataba a los profetas (Mt. 23, 37). Por eso también, san Pedro afirma que Jesús «pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos», pero añade enseguida: «lo mataron colgándolo de un madero» (Hech. 10,38-39). ¡Qué cosa tan rara! ¿Cómo puede ser que a alguien que se pasa la vida haciendo el bien lo cuelguen como a un delincuente? Es el comportamiento normal del poder con los «profetas» que se ponen de parte de las víctimas de ese poder.

Todo esto quiere decir que el Espíritu de Jesús, el Espíritu «profético», se hace presente, no simplemente en los que son «buenas personas», y nada más. Es decir, en los que hacen el bien, pero sin arriesgar nada. El Espíritu «profético» no está en los que hacen cosas que tienen como consecuencia conseguir aplausos, premios, elogios de todo el mundo. El Espíritu «profético» tampoco está en los que se limitan a ser «hombres de Dios» o «visionarios». Y menos aún (me parece a mí), en los que, por la razón que sea, piensan que el Espíritu está en los que se limitan a rezar o hacer cosas que llaman la atención (por ejemplo, milagros sorprendentes). Por supuesto, Dios puede comunicarse en la oración y en los milagros. Pero, en cualquier caso, debe quedar bien claro que el Espí-

ritu de Jesús está presente donde se alivia, y se lucha por remediar, el dolor y la humillación que unos hombres (los poderosos) causan a otros hombres (los débiles). Y eso suele costar muy caro. A veces, la misma vida. Exactamente como ocurrió con monseñor Romero y con tantos obispos, sacerdotes, religiosas y religiosos, laicos y personas de buena voluntad que, por enfrentarse a los poderes asesinos de este mundo, lo pagaron con sus vidas. Es lo que ha ocurrido en las guerras y dictaduras que, a lo largo del siglo XX, han sembrado de dolor y muerte más de medio mundo. Es evidente que este mundo sería más humano y más habitable, si hubiera más gente dispuesta a jugarse lo que sea, con tal de no tolerar el desorden y los atropellos que estamos presenciando a diario. Todo lo que no sea ir así por la vida, es vivir en el engaño. Un engaño que, por desgracia, es frecuente por todas partes. También entre «gente religiosa».

V. LO FASCINANTE Y LO EXTRAORDINARIO

Desde hace años, se habla bastante en ambientes cristianos de la «renovación carismática» o, como se dice también, de los «grupos carismáticos». Y es evidente que tales grupos, y las personas que los integran, merecen nuestro interés y nuestra atención. Ante todo, porque en estos grupos hay muchísimas personas de buena voluntad que quieren tomar en serio que el Espíritu de Dios es la fuerza de vida que hace posible en este mundo la bondad, la esperanza, la fe de los creyentes, la existencia de la Iglesia, etc., etc. Además, es importante, precisamente ahora, animar a esos grupos y aportar (lo que cada uno pueda) para que sean, cada día, más fieles al Señor.

Pues bien, con esta intención, yo también quiero indicar algo que, según creo, quizá pueda ser útil, no sólo para quienes se reúnen en esos grupos, sino para los creyentes en general.

UN RECUERDO PERSONAL

Conocí a los «carismáticos» hace más de veinte años, precisamente en Roma. Participé en numerosas reuniones, en distintos grupos. Y debo confesar que desde el primer momento me llamaron la atención dos cosas: 1) la fuerza que tiene en estos grupos «lo fascinante»; 2) la seducción por «lo extraordinario». Me refiero a la fascinación por lo divino, que se vive en la oración, en los cantos, en el silencio, en el éxtasis al que algunos llegan. Y me refiero también a los fenómenos extraordinarios, que se suelen producir en las reuniones, como es el hablar en lenguas extrañas, las curaciones milagrosas, las profecías, etc.

Desde que viví todo esto por primera vez, he pensado mucho en estas cosas. Porque son experiencias muy fuertes, en las que uno como que siente a Dios muy cerca. Y sin embargo, yo no sé

qué pasa con esas experiencias, pero el hecho es que dan motivo para sospechar que, en todo eso, tan atractivo y tan impresionante, se oculta un serio peligro, como ya lo anunció el Señor con mucha claridad. El evangelio de Mateo nos ha conservado estas palabras de Jesús:

No basta decirme: «¡Señor, Señor!», para entrar en el Reino de Dios. No, hay que poner por obra la voluntad de mi Padre del cielo. Aquel día muchos me dirán: «Señor, Señor, ¡si hemos profetizado en tu nombre y echado demonios en tu nombre y hecho muchos milagros en tu nombre!». Y entonces yo les diré: «Nunca les he conocido. ¡Lejos de mí, los que practican la maldad!» (Mt. 7,21-23).

Si algo hay claro, en estas palabras de Jesús, es que la invocación al Señor (por más fervorosa e insistente que sea) puede resultar un engaño y hasta puede convertirse en una trampa. Y lo mismo hay que decir de los milagros, las profecías y los exorcismos para echar demonios. Esas cosas, tan sorprendentes, tan llamativas, pueden ser también otra trampa, precisamente para el que hace los milagros, pronuncia las profecías y expulsa los demonios.

¿UNA ORACIÓN QUE SIRVE DE ENGAÑO?

Pero, ¿cómo es posible que la oración al Señor nos engañe, y que hacer milagros y expulsar demonios sean una trampa? Jesús no quiso decir que invocar al Señor y hacer milagros sean cosas malas. Lo que quiso decir es que la oración y los prodigios (por grandes que sean) nos pueden engañar. ¿Por qué? Porque puede ocurrir -y en realidad ocurre- que quien hace oración y hace milagros, además de eso, «practica la maldad». Y entonces, como él tiene la seguridad de que es una persona fervorosa (invoca al Señor) y además ve claramente que tiene una fuerza divina (hace milagros), todo eso le produce la impresión de que él no comete maldad alguna. Ahí está el engaño. En eso está la trampa. Sobre todo, cuando quien invoca al Espíritu tiene la «conciencia tran-

quila», porque él no roba ni mata, ni le hace daño a nadie.

Ahora bien, en esto precisamente estamos tocando una de las cuestiones más importantes para los carismáticos y para todos los cristianos. Y es que podemos hacer el mal por acción y por omisión. Cuando Jesús cuenta lo que ocurrirá en el juicio final (el juicio definitivo de Dios sobre la humanidad), no dice que se van a condenar los que roban y matan (es evidente que esos tendrán que pagar el daño que han hecho), sino los que se pasaron la vida sin dar de comer a los que tienen hambre, sin vestir a los que no tienen qué ponerse, sin acompañar a los que sufren, sin visitar a los que están en la cárcel (Mt. 25,41-43). Es exactamente lo mismo que le ocurrió al rico Epulón: no le hizo ningún daño al pobre Lázaro, ni siquiera lo echó de su portal. Y se perdió para siempre (Lc 16,19-24). O lo que hicieron el sacerdote y el levita de la parábola del buen samaritano: ellos ni robaron ni apalearon al desgraciado caminante; simplemente lo dejaron como estaba (Lc 10,31-32). Y eso justamente es lo que condena Jesús.

Vivimos en una sociedad en la que hay muchísima gente que sufre más de lo que humanamente se puede soportar. Y sabemos perfectamente que las cosas se podrían organizar de manera que se suprimiera o se aliviara tanto dolor, tanta injusticia, tanta humillación y tanta muerte. Pero el hecho es que la mayor parte de los ciudadanos dejamos que las cosas sigan como están. Porque «no queremos complicarnos la vida». Porque «¿qué voy a solucionar yo?».

EL ESPÍRITU Y EL DOLOR DEL MUNDO

En los países pobres (conozco bien lo que ocurre, por ejemplo, en El Salvador) los movimientos que invocan al Espíritu quizás son algo distintos a los de los países ricos. Se comprende que surjan y crezcan esos movimientos. Muchas veces, para los pobres es la única oportunidad que tienen para estar juntos, rezar juntos y celebrar unidos sus escasos gozos y sus muchas esperanzas. Y eso

- la comunidad- es muy importante cuando la política, la economía y la publicidad quieren hacer de esos pueblos crucificados unos consumistas más de los muchos que ya hay en este mundo absurdo que hemos organizado. Dicho de otra manera, los pobres no saben a qué agarrarse, y se agarran a cualquier cosa que les dé dignidad. Por eso crecen los movimientos carismáticos. Pero eso no hace desaparecer lo que hemos llamado el «peligro» de la oración o la «trampa» de los milagros. Es el peligro de «lo fascinante» y la trampa de «lo extraordinario».

Entre nosotros ese peligro lleva al «infantilismo» de los creyentes, como si no hubiese que estudiar la palabra de Dios para entenderla bien y no -como ocurre muchas veces- al revés. Por ejemplo, san Pablo dice que hablar en lenguas es sospechoso y peligroso; y sin embargo muchos piensan lo contrario. Se trata, entonces, del peligro que puede llevar derechamente a formas de «separatismo» o incluso de cierto «sectarismo», como si sólo en algunos de esos movimientos se realizara y existiera la verdadera Iglesia. Es el peligro, sobre todo, que lleva a algunas personas a alejarse de la realidad de la vida tal cual es o a menospreciar la importancia que tiene el compromiso en la política. En resumen, el peligro de algunas personas (profundamente «carismáticas») está en caer en un cristianismo que ayude a vivir en lo personal -lo cual es bien comprensible-, pero que no lleve a ver la verdad del mundo en que vivimos.

VI ¿DÓNDE ESTÁ EL ESPÍRITU SANTO?

A veces, los cristianos se preguntan: ¿cómo podemos saber dónde se encuentra el Espíritu de Dios? ¿Por dónde lleva el Espíritu Santo a las personas? ¿En qué se puede notar que la Iglesia se deja llevar por el Espíritu y es dócil al Espíritu?

Responder a estas preguntas, de manera que no quede duda alguna, exigiría escribir, no un libro, sino muchos libros muy complicados. De todas maneras, me parece que hay algo sobre estas cuestiones que se puede decir brevemente y con suficientes garantías de acertar. Hoy está fuera de duda que el libro de los Hechos de los Apóstoles es la primera y la más grande teología que tenemos los cristianos sobre el Espíritu Santo. Pues bien, en este libro hay tres signos muy claros que nos indican dónde está el Espíritu de Dios y por dónde lleva el Espíritu a los que se dejan conducir por él. Estos signos son: la comunidad, la libertad, la audacia.

Según el libro de los Hechos de los Apóstoles, el primer fruto de la presencia del Espíritu en un grupo humano es la formación de la comunidad. En este sentido, hoy está demostrado que el capítulo segundo de los Hechos tiene una orientación muy concreta y una finalidad bien definida: mostrar que el efecto inmediato que produce el Espíritu entre las personas es la formación de la comunidad. Es decir, cuando el Espíritu se comunica, de verdad, a los seres humanos, enseguida surge entre ellos la comunión. En este sentido, es elocuente el hecho de que, lo mismo en el capítulo segundo que en el capítulo cuarto, a la venida del Espíritu sigue inmediatamente el relato de la vida comunitaria (Hech. 2,42-47; 4,32-35). Por otra parte, sabemos que se trata de la comunión humana en el sentido más fuerte de la palabra: comunión de creencias y prácticas (Hech. 2, 42), de pensamientos y sentimientos (Hech. 4, 32), y sobre todo comunión de bienes (Hech. 2, 44-45; 4, 32.34-35). Se trata de la utopía (el ideal) del Reino de Dios, la

nueva sociedad que el Espíritu crea y recrea entre las personas cuando se comunica auténticamente a ellas. Y aquí se debe destacar que la comunicación del Espíritu no se traduce simplemente en términos de caridad o beneficencia, sino de solidaridad y puesta en común.

Pero, para comprender lo que esto lleva consigo, es necesario hacer dos observaciones importantes: 1) Para que pueda haber comunidad, en un grupo de personas, se tienen que dar tres condiciones: a) que haya «estima» mutua; b) que haya «respeto» de unos a otros; c) que exista en todos la elemental «sensibilidad» para sintonizar cada cual con lo que preocupa o hace sufrir a los demás. 2) El Espíritu se nos comunica para hacernos «solidarios», no para hacernos «virtuosos». La diferencia está en esto: el que es solidario, mira al bien de «los otros»; el que es virtuoso, mira a la perfección de «sí mismo». Y, por desgracia, sabemos que entre gentes religiosas abundan (a veces) más los «virtuosos» que los «solidarios». Es decir, personas que andan más preocupadas por «santificarse» que por «aliviar el sufrimiento» humano y las causas que lo provocan.

2. DONDE HAY ESPÍRITU HAY LIBERTAD

Frente a la estrechez religiosa y legalista de los cristianos que seguían apegados al judaísmo de aquel tiempo (Hech. 11, 3; 10, 13-14; 15, 1. 5; 21, 20-21), el Espíritu se hace especialmente presente en el grupo de los creyentes de origen griego (Hech. 6,3.5. 10; 7,55; 11,24; 13,2), que mostraban una notable libertad frente al templo y sus ceremonias (Hech. 7,48-50) y a la ley religiosa con sus observancias (Hech. 15,1). Por eso, sin duda, Esteban (el primer mártir cristiano) afirma que los judíos más fanáticos «resistían al Espíritu Santo» (Hech. 7,51). Porque el Espíritu impulsa hacia la libertad de la que carecía la religiosidad judía de entonces (Hech. 10, 47; 11, 12-17; 15, 8. 20). Es verdad que estas afirmaciones del libro de los Hechos se deben situar en el contexto y

en la situación de aquellas primeras generaciones de cristianos, que vivieron un fuerte enfrentamiento con la religión judía. Hoy sería enteramente necesario matizar este tipo de posturas, que denotan un fuerte antisemitismo. De todas maneras, lo que el libro de los Hechos nos quiere decir es que, como afirma san Pablo, «donde hay Espíritu del Señor, hay libertad» (2 Cor. 3,17).

Seguramente, el mayor peligro, que tenemos los cristianos, en este momento, es perder la libertad o, por lo menos, sentirnos demasiado limitados y coaccionados en ese sentido. Por otra parte, es importante caer en la cuenta de que las limitaciones más fuertes a la libertad no son las que nos vienen de fuera, de parte de las autoridades que nos mandan. Las mayores limitaciones a la libertad son las que nos imponemos nosotros mismos, cada cual a sí mismo, por causa del miedo que nos paraliza o por evitarnos complicaciones en la vida. Por eso, ahora más que nunca, hay que insistir en que donde no hay libertad no puede estar el Espíritu del Señor. Lo cual a mucha gente le cuesta comprenderlo. Y mucho más practicarlo. Porque la obra maestra del poder (sobre todo cuando se trata del poder religioso) consiste en hacerse amar. De manera que muchas personas llegan a persuadirse de que el sometimiento es lo mejor, lo más grande que un cristiano puede hacer en la vida, incluso por encima de la lucha por la justicia, la defensa de los derechos humanos y la solidaridad con los pobres. Podemos estar seguros de que cuando en un cristiano se instala el deseo constante de sumisión incondicional, el Espíritu de Jesús se ausenta de nuestra vida.

3. DONDE HAY ESPÍRITU HAY AUDACIA

La palabra griega que utiliza el Nuevo Testamento para hablar de la «audacia» es el sustantivo griego *parresía*. Esta palabra significa literalmente libertad. De manera que era, en aquellos tiempos, uno de los términos más propios y específicos para hablar de la «democracia», el gran invento político de la sociedad

griega desde varios siglos antes de Jesucristo. Exactamente como lo hacía Jesús, se trata de decir sin ambigüedades, sin titubeos, con toda claridad, lo que se tiene que decir. De tal forma que la gente lo entiende y es algo transparente para todo el mundo. Y hasta con el matiz particular de decir eso en condiciones adversas, cuando la seguridad personal y hasta la vida se ven amenazadas.

Esto es lo que hizo Jesús durante su vida. Porque fue el gran defensor de la vida y de la libertad. Y hacer eso, en una sociedad que comete agresiones constantes contra la vida y la libertad, es algo que sólo se puede poner en práctica a base de mucha parresía, es decir, de mucha audacia. Por eso, cuando el Espíritu Santo se hace de verdad presente en una persona, en un grupo, en una institución, el efecto inmediato de su presencia es la audacia, en el sentido indicado. Es lo que cuenta el libro de los Hechos de los Apóstoles, a este respecto. Es algo que resulta apasionante: en cuanto viene el Espíritu Santo, se anuncia el Evangelio con parresía (Hech. 2, 29; 4, 13. 29. 31; 9,27-28; 13,46; 18,26; 19, 8; 28, 30-31). Lo mismo ocurre en la vida de san Pablo (2Cor. 3,12; 7,4; Ef. 6, 19-20; Thes. 2, 2). En definitiva, todo esto nos viene a decir que, cuando se predica el Evangelio entero (no la parte que a cada cual le interesa), eso supone y entraña un peligro. Y la prueba está en que se trata de situaciones o de decisiones a las que hay que echarles mucha parresía, o sea: libertad, valentía y atrevimiento.

Sin duda alguna, el Evangelio es «peligroso», para el que lo anuncia. Si es que lo anuncia sin recortarle nada.

Hay muchas maneras de «recortar» el Evangelio para ahorrarse la parresía que siempre supone una amenaza. Una manera (muy frecuente) es predicarlo de forma que no moleste a nadie, ni a los ricos ni a los pobres, ni a los que mandan ni a los que son mandados. Eso suele hacerse por «prudencia». Y a los predicadores, profesores y catequistas se les dice que deben ser «prudentes». Otra manera de «recortar» el Evangelio es decir cosas tan «espirituales»

que, en realidad, con esas cosas no se dice nada relacionado con lo que pasa en esta vida, por ejemplo lo que sufre la gente y, sobre todo, las causas por las que se sufre tanto en este mundo. Y otra manera, que también se da con frecuencia, es decir cosas tan «generales» que todo el mundo las oye sin sentirse interpelado, por ejemplo cuando se dice que tenemos que ser buenos, justos, caritativos, amantes de los pobres, etc., etc. Cosas así, las dicen todos los días los gobernantes, incluso los que causan el sufrimiento de los más débiles. Está claro que quienes presentan así el Evangelio demuestran claramente que el Espíritu no anda con ellos. Y la prueba más clara es que jamás se complican la vida. Aunque digan que dicen lo que dijo Jesús, es seguro que dicen otras cosas. Porque a Jesús se le complicó mucho la vida. De sobra lo sabemos.

CONCLUSIÓN

¿Humanizar a Dios? ¿Qué queremos decir cuando afirmamos semejante cosa? ¿Es que vamos a rebajar a Dios a la condición de nuestra pobre y limitada humanidad? Al decir eso de Dios, ¿no le estamos faltando al respeto debido a su santidad intocable? Más aún, ¿no estamos destruyendo su infinita trascendencia?

Quien haya leído estas páginas con atención y sin prejuicios, habrá podido advertir que en ninguna parte se dice aquí que la expresión «humanizar a Dios» signifique alguna de esas cosas que acabo de apuntar en mis preguntas. El Dios en el que creemos los cristianos es trascendente y conserva su personalidad. De manera que cuando en la oración nos dirigimos a Él, estamos hablando con un «Tú», que, por la fe, sabemos que nos escucha y nos quiere.

Lo que ocurre es que, cuando hablamos de la trascendencia de Dios, tenemos el peligro de imaginarnos eso como la realización

sin medida, es decir, infinita (sin fin) de nuestras apetencias y nuestros deseos más humanos. Nosotros deseamos poder. Y por eso decimos que Dios es omnipotente, o sea, que lo puede todo. Nosotros deseamos saber. Y por eso decimos que Dios es omnisciente, o sea, que lo sabe todo. Nosotros deseamos durar, no acabar de vivir nunca. Y por eso decimos que Dios es eterno. Y así sucesivamente. Pero, si somos honestos, tendríamos que preguntarnos: realmente, ¿Dios es así? Más aún, ¿no hacemos de esa manera un Dios a nuestra imagen y semejanza? O lo que es peor, ¿no nos montamos un Dios «a la carta»?, dicho sea con todo respeto. Un Dios a nuestra medida y como a nosotros nos interesa o nos conviene.

¡Por favor!, un poco más de respeto al santísimo nombre y al divino concepto de Dios. Razón tenía el evangelio de Juan cuando nos dice que a Dios «nadie lo ha visto jamás» (Jn. 1, 18). Los cristianos afirmamos que sabemos de Dios lo que Jesús nos ha enseñado de Él. Y deberíamos tener siempre en cuenta que, si Dios es Dios, incluso con la revelación que de Él nos hizo Jesús, tampoco así podemos abarcar todo lo que es Dios y cómo es esa realidad tan profundamente misteriosa e inalcanzable. Entonces, ¿es que el tema de Dios no tiene salida y no nos queda otro remedio que resignarnos a la ignorancia?

Lo primero, que debemos decir, es que, precisamente porque el misterio de Dios nos rebasa a todos, por eso todos los que (de la manera que sea) creemos en Dios, podemos y debemos ayudarnos mutuamente unos a otros. Porque todos tendremos algo que decir sobre Dios que los demás no saben o no pueden decir. De ahí, la apremiante necesidad y urgencia del diálogo entre todos los creyentes del mundo. Para enriquecernos mutuamente en nuestra fe en Dios.

Pero, dicho esto, hay que recordar que Jesús nos dijo a los cristianos que Dios es Padre. Es tal y como los humanos lo hemos podido ver, oír, tocar, palpar y sentir (cfr. 1 Jn. 1, 1-2) en el Hijo

que es Jesús. Y es el Espíritu, que tiene una profunda y misteriosa coherencia con el espíritu humano. Ahora bien, nosotros sabemos todo esto a partir del profundo misterio de la encarnación, que es el misterio de la humanización de Dios. A Dios, en efecto, lo comprendemos a partir de lo que es la relación con el padre, una experiencia profundamente humana. A Dios lo comprendemos a partir de lo que fue la vida de un hombre concreto, aquel judío genial que fue Jesús de Nazaret. Y a Dios lo comprendemos a partir del Espíritu que tiene una misteriosa coherencia con lo más hondo de nuestro espíritu, del espíritu de cada ser humano.

La conclusión a que nos lleva todo esto es que el medio y el camino para encontrar a Dios no es el saber los dogmas de la religión. Ni el cumplimiento de las normas y rituales que imponen los hombres de la religión. Todo eso, si ayuda a lo esencial, es bueno, justo y necesario. Y lo esencial es que el camino y el medio para encontrar a Dios es llegar a ser profundamente humanos, ser cada día más humanos. Lo cual quiere decir que a Dios se le encuentra en la bondad, en la honradez, en la transparencia, en la sinceridad, en el aguante y la paciencia. Y también en la impaciencia de los que no soportan las desigualdades, las injusticias, los atropellos y las violencias que cometemos los mortales. Fuera de eso, ni la fe más firme, ni la observancia más sólida, ni la sumisión más incondicional nos van a servir para encontrarnos con Dios. Esto es lo que ha querido enseñar este libro. Por eso es un libro, aparentemente muy simple y sencillo. Pero, al mismo tiempo, es (o quiere ser) un *manual de la sospecha*. Para todos aquellos que se sienten muy seguros en sus creencias y en sus prácticas, pero luego resulta que van por la vida haciendo daño y contagiando malestar. Por ahí, sin duda alguna, no se encuentra al Dios que nos enseña el Evangelio de Jesús.